

116
M. Fernández y González

La Princesa de los Ursinos

Nº 297



35

Centros

Tomo tercero

LA PRINCESA
de los Ursinos



OTTO FORTZIO

R-43.546



M. FERNANDEZ Y GONZÁLEZ

S-Z-601/16

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

TOMO TERCERO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42
MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante. E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aurevilly.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Menstófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganzá, G. le Faure.
- 223 a 231.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 235 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero).—284.—El Año Terrible.

Colección Tolstói.

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azu-

- las.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
- 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos

Mayne Reid

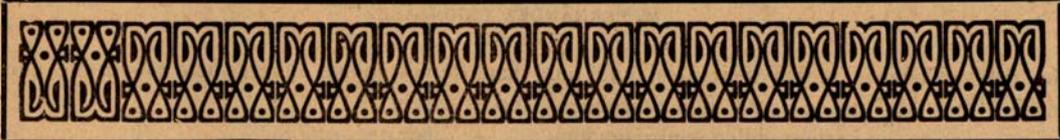
- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
- 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos
- 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
- 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
- 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



La Princesa de los Ursinos

CAPITULO PRIMERO

UNA TRANSFORMACIÓN QUE ASOMBRA Á POMMEFERRE

Se fastidiaba Antolín paseándose por la parte de afuera de la puerta de Santa Bárbara, porque ya habían pasado tres cuartos de hora desde que esperaba que aquella singular beata que se había enamorado de él de una manera tan repentina, y de quien tan repentinamente se había enamorado, hasta el punto de no acordarse ya ni aun del nombre de Petra Pica, que tenía dobles de á ocho, y los daba tan fácilmente, no había aún llegado.

Antolín empezó á creer que era víctima de un engaño, que á la falsa beata la convenía mucho no ser encontrada por monsieur de la Chaumiere, y que le había dado aquel doblón para confiarle, separarle de sí y perderse tan bien perdida que no pudiese encontrársela.

Esta deducción, que no dejaba de ser lógica, desesperaba á Pommeferre; porque tenía tan hermosos ojos Ursula, tan negros y tan dulces, tan bella la nariz, tan inmejorable la boca, y adivinaba Pommeferre tales encantos ocultos, á juzgar por las apariencias, que se había enamorado de veras: por otra parte, en la situación en que se encontraba, le era de todo punto necesario el amor de aquella mujer, que parecía tener buen trapillo, y era el único recurso que le quedaba; porque buenamente no podía presentarse á su amo sin exponerse á ser desollado vivo á causa de su torpeza, dejando que se le escapase aquella dama tan buscada por su amo.

Dando estaba vueltas tras sus cavilaciones Antolín, cuando le sacó de ellas una voz de mayoral que dijo:

—¡Ehl apartaos sí no quereis que el tiro os pase por encima.

Apartóse Antolín y vió una especie de carro-

za, un armatoste inmenso, tirado por cuatro mulas con campanillas, de gran delantera y de gran zaga.

Llevaba echadas las cortinillas de sus grandes portezuelas.

La carroza pasó, y á poco espacio se detuvo.

—¿Por qué se habrá detenido?—dijo Pommeferre.

Se levantó entonces la cortina de la portezuela que correspondía al lado donde se encontraba Antolín, y asomó una hechicera cabeza magníficamente peinada.

Trabajo le costó á Pommeferre reconocer á Ursula.

—¿Qué hacéis ahí como un palomino atontado—dijo Ursula—; ó será necesario que se os suplique que entreis?

Pommeferre no se lo hizo decir dos veces.

Adelantó rápidamente hacia el carruaje, abrió la portezuela y puso el pie en el estribo para entrar.

—No, no, señor mto—dijo Ursula—: decid antes al cochero que siga todo el camino adelante hasta que se le mande parar.

Pommeferre dió la orden al cochero, entró y cerró la portezuela.

El pesado carruaje se puso en marcha.

El interior era cómodo y hasta cierto punto de lujo.

Pommeferre se hundió en los anchos almohadones.

—¿Qué es esto, señora?—dijo—: habéis soltado vuestra estameña y vuestras tocas y os habéis convertido en una dama noble y rica á juzgar por el traje.

—¿Os parezco bien?—dijo con una perfecta coquetería Ursula.

—Siempre me parecísteis bien, señora; pero ahora me pareceis una divinidad.

En efecto, Ursula era en aquellos momentos

una de esas buenas mozas incitantes, que no pueden verse sin que se sienta algo desconocido, una especie de vértigo dulce, embriagador.

Blanca, blanquísima, sus abultados y brillantes cabellos negros determinaban un enérgico contraste de un efecto inmejorable.

Desembarada además de la toca, dejaba ver una garganta mórbida, redonda, rodeada por una ancha gargantilla de dobles vueltas y de gruesas perlas que no perjudicaban á lo nacarado de la garganta.

Además de esto, la especie de pañoleta de seda y encaje que cubría sus hombros y su seno, dejaba ver la voluptuosa forma de éste.

Las manos no podían ser más bellas, y estaban á más, cuajadas de ricas sortijas.

—Pero ¿quién sois? ¿quién sois? —dijo Pommeferre aturdido.

Ursula se echó á reír.

—¿Por qué os reís, señora? —dijo algo picado Pommeferre.

—Porque os veo encogido, turbado, hecho un tonto; como que se os figura que, en vez de ser mi novio, sois mi criado.

—Algo hay de eso, señora; traéis tan rica mantilla, tan rico traje y tan buenas alhajas, que parecéis una grande de España.

—¡Bah! si yo fuera grande de España no me hubiérais encontrado en un cuarto tan pequeño, ni aunque me hubiera enamorado de vos, os hubiera dicho que el único fin que podían tener nuestros amores era el matrimonio.

—Pero en vos hay un misterio, señora—dijo Pommeferre—á quien el trato, aunque de criado á señor, con gente noble y rica, había hecho culto.

—No sé si puedo fiarme de vos—dijo Ursula—, porque no sé si vuestro enamoramiento es deseo ó verdadero amor.

—Qué, ¿no veis que estoy temblando todo?

—Eso nada prueba.

—¿Qué sabéis vos, que nunca habéis amado?

—He visto enamorados de mí á muchos hombres; los he tenido á mis pies, llorando desesperados; y cuando les he dicho que el único medio de tenerme era casarse, se les ha pasado el amor.

—Pues yo os juro que estoy dispuesto á casarme con vos.

—Eso nada prueba: vos sois un bribón, y sin embargo os quiero: ¿por qué? porque me enamoraís, y porque creo que si os casaís conmigo,

haré de vos lo que quiera; pero es posible que no os caseis.

—¿Y por qué, señora?

—En primer lugar, porque me creéis rica, y yo no lo soy; esta gargantilla, el joyal que pende de ella, las arracadas, las sortijas, valen muchos miles de ducados; pero no son más; ni esta mantilla, ni este traje: son prestados; de una amiga mía que no quiero que conozcáis, porque ella sí que es hermosa de veras: el coche en que vamos se ha alquilado: todo mi caudal se reduce á unos cuantos doblones de á ocho.

—¿Y qué me importa á mí eso, si yo no he visto ninguna mujer tan hermosa como vos?

—¿Y la dama á quien vuestro señor buscaba?

—Ni aun la he visto.

—Puede ser; pero á mí me pareció muy hermosa, cuando pasó: sólo una mujer hermosa puede tener aquel aire, aquella majestad: siento que no la conozcáis, porque me alegraría de saber cómo era; ¿y la ama mucho vuestro amo?

—¡Oh! ¿y qué os importa á vos?

—¡Vaya si me importa! si la amase mucho, se habría olvidado de mí.

—¿Y lo sentiríais?

—Me alegraría; porque, sabedlo, he tenido que perderme y que empozarme en una casa de vecindad para que monsieur de la Chaumiere no me persiguiese, en fin, es el único hombre á quien yo he dicho: casaos conmigo, antes que á vos, y se ha hecho atrás asombrado.

—¿Y por qué, señora?

—Porque mi padre es un personaje muy alto, muy alto, que hace cosas terribles y á quien todo el mundo teme.

—Pues qué, ¿no sois sobrina de un canónigo de Sigüenza?

—En su casa me han criado, porque ese buen señor tenía grandes obligaciones con mi padre; pero murió, me quedé sola y sin recursos, y para vivir de la mojigatería y del empeño de los enamorados, como me aconsejaron algunas buenas comadres, no quise quedarme en Sigüenza y me vine á Madrid, que es un gran charco, y donde vive mi padre.

—Y si vuestro padre vive en Madrid, ¿por qué no vivís en su compañía?

—Porque hubiera tenido que casarme con alguno de los amigos de mi padre, y no me tiene cuenta.

—Pero los amigos de vuestro padre, si es tan alto, deben ser muy altos.

—Son muy buena gente, y tal y tan respetable, que nadie quiere tratarse con ella.

—Pero ¿quién es vuestro padre?

—Vamos á verle, amigo mío.

—¿Dónde?

—En una hacienda que tiene á media legua, sobre este mismo camino.

—Pero... su nombre...

—Esperad: voy á contaros una historia: ¿conocéis al tío Manzampulas?

—Creo haber oído alguna vez ese nombre.

—Es el verdugo jurado de la villa y corte de Madrid.

—¿Y á qué acordarse ahora del verdugo?

—Porque concierne á la historia que os voy á contar.

Ursula se reclinó sobre el ángulo del carruaje, y mirando á Pommeferre con los ojos adormecidos, empezó de esta manera:

—Dicen que una noche de Diciembre muy obscura, hace treinta años, un eclesiástico que iba montado en un macho, y acompañado de un mozo de espuela, se detuvo en una casucha junto á la cárcel de corte; echó pie á tierra y llamó: abrieron, y dijo que tenía necesidad de hablar con el amo de la casa.

El amo de la casa era Manzampulas, el verdugo, á quien no llamaban tío, como ahora, porque entonces tenía veintidós años.

El eclesiástico que iba á visitarle, tenía, cuando más, treinta, y era ya canónigo de la catedral de Sigüenza.

Se encerraron el canónigo y el verdugo, á petición del primero, y sacando éste una bolsa llena de oro, la puso sobre la mesa.

—Esto es para vos—le dijo—si me servís.

—¿Y en qué he de servir á vuesa merced?—contestó el verdugo.

—Hay en la cárcel de corte un preso en capilla que debe ser ahorcado mañana.

—Sí, un bandolero de camino real—contestó Manzampulas—, que ha hecho contra la justicia más muertes que yo por la justicia.

—Debo grandes atenciones á ese bandolero—dijo el canónigo—: llevábase robada una hermana mía un caballero á quien había desdeñado por amor á otro, y ese desgraciado salió al camino para robarle: el caballero, indigno de su cuna, huyó ante el bandido, y éste salvó á mi hermana: Bartolomé Barbadillo fué generoso: vió una pobre niña que lloraba desesperada, y aunque es muy hermosa mi hermana, no la

afrentó, ni aun se la llevó á sus guaridas para pedir por ella rescate; la montó en su caballo y se arriesgó á entrar con ella en Sigüenza, á llamar á las puertas de mi casa y á devolvérmela; yo le agradecí tanto esto, que le propuse se quedase oculto en mi casa para enviarle después á una de mis haciendas de la sierra, donde podría vivir oculto y apartado de los crímenes.

—Es inútil, señor canónigo—me dijo—; mi cabeza está pregonada en tres mil ducados, soy muy conocido, y aunque me metiese en un monte, con tal de que sólo hubiese á mi lado una persona, esta persona me vendería por avaricia del precio de mi cabeza; yo no sé por qué he tenido compasión de esa señora y la he traído; quedad con Dios, y no me dé vuesa merced dinero, porque no lo tomaré.

—Es muy buen muchacho el Barbadillo—dijo el verdugo.

—Salió de mi casa—continuó el canónigo—, no le volví á ver, ni á saber de él, hasta hace cuatro días que me escribió diciéndome que la misma noche en que entró en Sigüenza á llevar á mi hermana, le prendieron; que le había reclamado la sala de alcalde de casa y corte, ante la cual había sido sentenciado á muerte en rebeldía, por crímenes cometidos en su jurisdicción; que su causa iba á verse el día siguiente; que le meterían en capilla, y quería verme para que hiciese por él lo que pudiese.

Yo pregunté antes de ponerme en camino lo que podía hacerse por ese desgraciado, y un criado mío, que alíá en sus tiempos tuvo mala vida y que oyó esta pregunta, me dijo:

—Lo único que puede vuesa merced hacer por ese mal hombre, es que el verdugo le dé buena muerte.

—A eso vengo y por eso os doy ese bolsillo; haced lo que podiereis por aliviar el martirio de ese infeliz.

Manzampulas tomó el bolsillo y prometió al canónigo que ahogaría en un instante á Barbadillo, aunque se expusiera á disgustar al público, porque ahogándole al momento, patalaría poco.

Al día siguiente muy temprano, el canónigo entró en la capilla y ayudó á los agonizantes á auxiliar al sentenciado.

Pasaron dos años.

Otra noche, lóbrega y tempestuosa, cuando el canónigo don Hipólito de Arango iba á tomar

su colación, porque era día de vigilia, resonaron dos fuertes golpes á la puerta de su casa.

Asomóse un criado á ver qué era, y le contestaron que una persona á quien el canónigo había visitado en Madrid una noche, muy tarde, hacía dos años, necesitaba hablar á solas con él.

El canónigo se apresuró á hacer entrar á su visitante.

Este había cambiado de traje y no le quedaba de verdugo más que lo sombrío del rostro y lo sesgado de la mirada; llevaba bajo la capa un bulto, que descubrió dejando ver una niña como de un año.

—Vuesa merced me pidió un favor, ó por mejor decir, me pagó un servicio hace dos años—dijo Manzampulas—, y yo di buen cumplimiento á aquello á que me obligué; ahora, señor, vengo á ver á vuesa merced, porque en aquello que hizo por el pobre Bardadillo conocí yo su mucha caridad, y yo necesito toda la caridad de vuesa merced para esta pobre niña.

—¿No tiene padres?—dijo el canónigo.

—¡Ojalá no los tuviera, señor!—contestó Manzampulas—, porque es mi hija...

Ursula dejó caer estas palabras sobre el alma de Pommeferre, pronunciándolas con marcada acentuación.

Pommeferre se puso pálido.

—Apostaría—dijo Ursula con acento tranquilo, que, á pesar de todo lo que os enamoro, no queréis ya casaros conmigo.

—Sí; no digo yo siendo, como sois, hija de un verdugo, sino aunque fuéis hija del diablo—contestó Pommeferre, que creyó que toda aquella historia no era otra cosa que una prueba á que Ursula le sujetaba.

—Lo veremos—dijo Ursula—; ahora dejadme continuar.

—¿Y qué puedo yo hacer por vuestra hija—contestó el buen don Hipólito.

—Lo que podéis, señor—contestó mi padre—es curarla de la enfermedad mortal de ser mi hija.

—Explicaos—dijo el canónigo.

—Señor—contestó Manzampulas; tenía yo diez y seis años y era hijo de una familia honrada, cuando vi un día en los toros una mujer, una niña de quince años que me volvió loco; empecé á querer muy pronto, señor; pero á los diez y seis años, las mujeres nos aturden, nos cazan, y Francisca me cazó, porque me casé con ella. Mis padres, que tenían la industria de una

tienda de comestibles, me maldijeron y me arrojaron de su casa y me negaron por hijo, porque me había casado con una hija del verdugo. Yo no podía ir ya á ninguna parte de donde no me hubiesen echado; no podía estar más que en la casa de mi suegro, y éste me dijo lo que yo sabía, esto es, que por haberme casado con su hija, me sería obligado á ser verdugo cuando él muriese ó cuando por viejo ó por inútil no pudiese ocuparse de altas obras. Las leyes mandan que el que se case con la hija del verdugo sea verdugo; pero no mandan que el hijo del verdugo sea verdugo, porque los hijos no eligen padres, y el que se case con la hija del verdugo lo sabe. Se murió mi suegro un año después de haberme casado con su hija, sin haber tenido tiempo de acabarme de enseñar el oficio, y á los diez y ocho años me encontré maestro jurado de altas obras de la villa de Madrid. Dios me ha dado hace un año esta niña, y como no la puedo meter monja, ni ella dejará de hacer lo que quiera cuando sea moza, yo no quiero que su marido sea verdugo, y se la traigo á vuesa merced para que nadie sepa que es mi hija, sino una pobrecilla que han dejado á vuesa merced á la puerta: basta con que yo sepa que es mi hija para mirar desde lejos por ella; no hay temor de que tenga otra hermana, porque su pobre madre murió al darla á luz, y yo no me volveré á casar.

Don Hipólito me acogió en su casa: hizo que un primo suyo me adoptase, y en su casa he vivido hasta hace ocho años que murió, cuando ya había cumplido yo veinte, conocida con el nombre de Ursula Quiñones, que era el apellido de mi padre adoptivo, y sabiendo todos que era hija de padres desconocidos, á pesar de lo cual, me llamaban la sobrina del canónigo.

Cuando don Hipólito conoció que llegaba su última hora, me llamó y me lo reveló todo.

Cuando yo vine á Madrid, por no estar enteramente desamparada, escribí á mi padre, desde el mesón en que me había aposentado, diciéndole que acababa de llegar á Madrid la sobrina del canónigo don Hipólito de Arango.

Mi padre me contestó mandándome que fuese á aposentarme á casa de una señora, cuyas señas me dió.

Esa señora es madre de la amiga de quien son estas alhajas y este traje.

Sabéis, pues, lo que nadie sabe, más que monsieur de la Chaumiere; lo que no creerán

aunque lo contéis, por cuya razón os lo he contado, que de otro modo yo no os lo contaría.

Calló Ursula, y Pommeferre se atrevió á asirla una mano.

—Respetad á la hija del verdugo—dijo severamente Ursula, retirando de una manera brusca su hermosa mano.

—Tan hija del verdugo como yo—contestó Pommeferre, sonriendo maliciosamente.

—¿No queréis creerlo?—dijo Ursula—; pues dentro de poco vais á tener la seguridad de ello; porque ya estamos cerca de la haciendilla que mi padre posee en el camino de Fuencarral, y donde la sala de alcaldes le consiente vivir mientras no haya ejecución de justicia.

—¿Y quién cobra el cuarto en los puestos?—dijo Pommeferre sonriendo incrédulamente—: yo he visto muchos días al verdugo con su escalera en el sombrero, yendo de puesto en puesto; señal de que no vive siempre fuera de Madrid.

—Tiene un caballo, en el que va á Madrid todas las mañanas, y cuando ha recogido el cuarto, se vuelve á su hacienda.

—¡Ah! de ese modo...

—Cuando está enfermo, ó el día es muy crudo en el invierno, cobra por él su compadre el pregonero: ¿qué os parece de la familia en que yo quiero que os metáis? Pero ved, ya hemos llegado; esa casita blanca que se ve á la derecha, rodeada de álamos negros, es la casa de mi padre: ¡parad!—añadió asomando la cabeza por una de las portezuelas.

El carruaje paró.

Pommeferre abrió la portezuela, bajó y presentó su mano para que se apoyase en ella á Ursula.

Pero ésta, sin aceptar la mano de Pommeferre, saltó en limpio desde lo alto del carruaje.

—¡Ah! decís que me amais y no queréis ni aún tocar mi mano—dijo dolorosamente Pommeferre.

—Cuando nos casemos, amigo mío, cuando nos casemos.

Y rápida, gentil, admirable, tomó el camino de la casa de labor.

Un hermoso mastín adelantó saltando y se echó á los pies de Ursula, colmándola de caricias; lo que probaba que Ursula iba con frecuencia á la hacienda.

Un labriego apareció en la puerta.

—¡Ah! ¿qué es esto, hermana Ursula?—exclamó, mirándola con extrañeza: ¿ha dejado vue-

sa merced su hábito y sus tocas? En verdad, en verdad, que habéis hecho muy bien, porque estais así mucho más hermosa, y si no que el amo no pueda veros, porque se alegraría.

—¿Pues dónde está el tío Manzampulas?—dijo Ursula: ¡y yo que necesitaba de toda necesidad para esta noche un poco de unto de ahorcado!

—Por eso no quede—dijo el labriego—; que yo sé dónde está el bote y os daré lo que querais.

—No era eso solo: este hidalgo tiene un mal muy grave de que sólo puede curarle el tío Manzampulas.

—Mi mal es incurable, señora—dijo Pommeferre—comprendiendo la intención de las palabras de Ursula.

—Estoy casi segura de que os curará el tío Manzampulas.

—¡Y vaya si curará á vuesa merced!—dijo el labriego—: mi amo es más médico que muchos médicos, y cuando mata, mata pronto, porque no mata más que á los que están sanos, que lo que es á los enfermos, los cura.

Pasó un escalofrío por Pommeferre.

No tuvo ya duda de que se encontraba en la casa del verdugo.

—Entremos, entremos—dijo Ursula—. El tío Manzampulas no tardará en venir.

—No sé yo qué deciros—dijo el labriego—siguiendo á Ursula y á Pommeferre por una gran cocina que era el recibimiento de aquella casa.

—Pues qué, ¿hay algo de particular, tío Cipriano?—dijo Ursula—entrando en una salita bastante bien amueblada.

Una de las ventanas de aquella sala daba á un corral.

Pommeferre miró por acaso al través de aquella ventana, y vió en medio del corral una horca de la que pendía un enorme perro.

Otro escalofrío acometió á Pommeferre.

—¿Qué es aquello?—dijo señalando con un dedo tembloroso la horca—sin dar tiempo á que el tío Cipriano contestase á la pregunta de Ursula.

—¡Ah!—dijo Cipriano—: aquello es un ajusticiado.

—¡Dios mío! ¡pobre Moreno!—exclamó Ursula—poniéndose pálida: ¿por qué se ha hecho eso con el pobre viejo? ya extrañaba yo que no hubiese venido á hacerme una caricia: vamos, esto es terrible, esto me disgusta.

—¡Cal!—dijo el tío Cipriano—: era reo de ase-

insato: ha matado no sé cuántos polios, además de eso, estaba ya muy viejo; era regañón, mordía, lo ensuciaba todo: ha servido además para dar lección á Malavida, y el muchacho promete; le despenó en un instante, y él se lo hizo todo; como que el amo dijo que ya podía ahorcar á un cristiano, y que iba á retirarse y á recomendarle para que le diesen la plaza.

—¿Y quién es ese Malavida?—dijo Pommeferre.

—Un sobrino político del tío Manzampulas—dijo Ursula—hijo de una hermana suya; nieto y bisnieto de verdugo.

—Es decir, príncipe de la sangre—dijo Pommeferre—que había adelantado y miraba por otra de las ventanas de la sala al campo.

—Sentaos—dijo Ursula—; estais en vuestra casa; porque yo puedo llamar esta casa mía.

Pommeferre se sentó aturdido.

—¿Por qué decís vos que no sabéis decirme si vendrá pronto ó no el tío Manzampulas.

—¡Bah! porque iba á negocios, á negocios gordos; como que llevaba un arcabuz é iba disfrazado; es decir, no llevaba su vestido.

En aquel momento se oyó fuera una voz áspera.

—¡Eh! ¿Quién está ahí, Cipriano?—dijo aquella voz.

—Ahí tenéis al tío Manzampulas—dijo Ursula á Pommeferre.

—Es la señora Ursula—dijo el tío Cipriano yendo á la puerta de la sala—: entrad, entrad, viene desconocida; yo no la he visto así nunca.

Entró un hombre agigantado, como de cincuenta y dos ó cincuenta y cuatro años, cano, de semblante angular, de mirada dura y sesgada, de boca de expresión desdeñosa, pero con un desdén brutal, membrudo, fuerte, velloso; vestido como un hombre de la clase media de aquel tiempo, con ancho sombrero, capa ligera de verano, revuelta con ella una espada.

Al ver á Ursula, la durísima tensión de su semblante se dulcificó, y su mirada dejó de ser por un momento acre, dura, aviesa. Su boca perdió su contracción, dejando ver una sonrisa que tenía algo de dulce.

Pero aquella humanización del semblante del verdugo pasó como un relámpago.

—Hemos sido vendidos—dijo arrojando su sombrero en una silla, desenvolviéndose de su capa, que colgó en un clavo, y poniendo su larga y ancha espada de cruz en un rincón—: el pá-

caro del padre guardián de capuchinos de la Paciencia tiene la culpa: como yo le coja... y bien, no es nada, no he dicho nada—añadió, notando en Pommeferre á un extraño—; hay que tener cierta paciencia con los que nos deben; porque todo el mundo está muy pronto para pedir; pero para pagar... vete fuera, Cipriano: quita el arcabuz de la jaca; desensíllala y métela en la cuadra: en seguida te marchas á tomar el aire: por lo que veo, que me parece muy extraño, tengo que hablar largo: tú eres muy curioso y no quiero que escuches: con que dentro de cinco minutos quiero yo verte desde aquí sentado al pie del olmo.

El tío Cipriano salió refunfuñando.

El tío Manzampulas cerró la puerta, cogió una silla, se sentó, estiró las piernas, y dijo, con los puños cerrados sobre los muslos, mirando de una manera sombría á Pommeferre:

—¿Queréis decirme, galán, que me estais oliendo á lacayo, por qué estais en mi casa, acompañado de está, que no sé por qué se me presenta como nunca se me ha presentado?

—En cuanto á lacayo—dijo Pommeferre, á quien no se le ocurría otra cosa mejor que constestar—, os equivocais.

—Bueno, ayuda de cámara.

—Tampoco.

—Peluquero.

—Menos.

—¿Pues qué sois vos?

—Yo soy monsieur Antolín Pommeferre, francés picardo, hidalgo, mosquetero negro del señor rey Luis XIV, asistente del capitán de dichos mosqueteros monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¡Ah! parad: entonces ya sé cómo venís; monsieur de la Chaumiere os ha mandado sin duda...

—Nada—dijo Ursula interrumpiendo vivamente al tío Manzampulas, como si hubiese temido que por ignorancia de la situación dijese alguna inconveniencia—: lo he traído yo; monsieur Pommeferre está huído de su amo, y ni aun sabía que yo conocía á su amo hasta que yo se lo he dicho.

—Bien, bueno—dijo el tío Manzampulas con acento severo—: veamos por qué has hecho tú eso; pero antes respóndeme: ¿por qué has dejado tu apariencia de beata?

—Porque me caso, padre.

—¡Cómo!—dijo levantándose bruscamente el

tío Manzámpulas: ¿has dicho tú á este "cualquiera" que eres mi hija, cuando así delante de él me llamas padre?

—Sí, sí, señor; porque con quien yo me caso es con monsieur Pommeferre.

—¡Tú! ¿que te casas tú con ese! ¿y dónde tiene ese ropa ni sangre para casarse contigo? Vaya, que se te quite eso de la cabeza; eso no puede ser, y cuenta que no sospeche yo que te has comprometido, porque te descomprometo, aunque me comprometa yo á que me cuelguen.

—Pues esto es bueno—dijo Pommeferre, que de lo que menos tenía era de cobarde—: hago yo el sacrificio de cerrar los ojos, por enamorado, á lo que sois, y todavía os parezco yo indigno de ser su marido.

—¿Y qué soy yo?—dijo el tío Manzámpulas.

—Ahí en el corral tenéis la muestra de vuestra casa: debéis ponerla á la puerta.

—Vamos, se lo has dicho todo, Ursula.

—Sí, sé que sois el verdugo jurado de la villa de Madrid.

—¿Y sabéis vos quién es ella?

—Sé que nadie sabe que es vuestra hija, y esto me basta: vos tenéis también interés en que no se sepa, adelante: sólo la conozco desde hace dos horas, y en ese tiempo me ha vuelto loco, me ha hecho quererla como no he querido á ninguna.

—Pues idos preparando á tener paciencia, y creedme, idos y no la volvais á ver; por si acaso es verdad que ella os quiere, que yo lo dificulto, y para no dar ocasión á que haga algún disparate, que os costaría caro á los dos.

—Vos, padre, no os opondréis, porque lo que quiero es justo, lícito, me conviene; y luego, ¿qué mejor marido queréis que yo tenga?

—¿Por qué? porque eres hija del *buchi* (1).

—Padre, sí.

—¿Y si no fueras mi hija?

—¡Yo! ¿que no soy yo vuestra hija!

—¡Bah! si hubieras sido mi hija, te hubiera yo dicho: ponte al paso de los grandes señores; eres muy hermosa, Ursula: tu aspecto de beata te hará más deseable; pero guártate de enamorarte; no cometas ningún desacierto; puede ser que alguno se enamore de tí de tal manera, que se case contigo. ¿No has sospechado nada cuando yo te he dado estos consejos?

Sólo he creído que yo os parecía tan hermosa, que para vos era un asunto fácil el casarme con

(1) Verdugo.

un gran señor locamente enamorado de mí.

—Yo no podía meterte en la corte, en las grandes casas: como sobrina de un canónigo no hubieras podido entrar en ellas; además de esto, yo no podía revelar tu nombre más que á un hombre tan poderoso y tan enamorado de tí, que se atreviese por tí á todo: en fin, no quiero decirte más, bastante he dicho, y lo he dicho delante de éste, para que te respete, para que comprenda que es una persona de muy poco fuste para atreverse ni aun á pensar en ser tu marido: ¡diablo! pues qué, ¿un verdugo no es un hombre? ¿no puede haber hecho algo bueno y haber inspirado por ello tal confianza, que le hayan encarado una niña, y hayan depositado en él un gran secreto? ¡Bah! ¿hija mía tú! nadie lo diría al vernos á los dos: ¿crees tú que un hombre tan feo y tan abrutado como yo, puede ser padre de una dama tan hermosa y tan delicada como tú? Señor mosquetero, blanco ó negro, aquí estais demás: yo no acostumbro á decir las cosas dos veces: idos.

Pommeferre miró de una manera indecisa á Ursula. No se atrevía á tomar por sí mismo una resolución decisiva. Era valiente y le había irritado aquella indicación.

Pero se había enamorado de una manera grave de Ursula, había acabado de enamorarle el misterio de que la había rodeado el verdugo, y no se atrevía á emprenderla con él por temor de disgustar á Ursula.

La mirada de Pommeferre á ésta había equivalido á una pregunta.

—Idos—dijo Ursula—, pero como podrá suceder que os necesite, y como andáis huído de vuestro amo, id todos los días para que yo sepa de vos á la casa número 15 de la calle del Arco de Santa María y preguntad por doña Magdalena: no vayáis hasta mañana; tenéis dinero; antes de que se os acabe, se os dará más.

—Bueno, bien—dijo el tío Manzámpulas—; el hombre propone y Dios dispone: tú has dispuesto lo que te ha parecido; yo dispondré lo que me parezca: ya lo oís—añadió dirigiéndose á Pommeferre—; id mañana á buscar á doña Magdalena á la casa número 15 de la calle del Arco de Santa María; será posible, muy posible, que os encontréis con la casa desalquilada.

—Id de todos modos—dijo Ursula.

—Bueno, bien, allá lo veremos—exclamó ya demasiado impaciente el verdugo.

—Adiós—dijo Pommeferre.

Y salió altivo, provocador, sin decir una sola palabra al tío Manzampulas.

—Tentaciones me dan—dijo éste—de salir y acogerle antes de que llegue al camino.

—¿Qué diablo será esto?—dijo Pommeferre, saliendo de muy mal humor de la casa y alejándose á gran paso por una vereda que conducía al camino; el diablo que les entienda: ¿quién es esa mujer? ¡bahl me arman una zancadilla: ¿quién ha de ser más que la hija del verdugo? Lo que quiere ese tunante es que me case con ella de balde; pues no, eso no.

Y continuando su soliloquio, pasó junto al olmo, en el cual, hecho una víctima, estaba sentado el tío Cipriano.

—Le echan—dijo éste al verle pasar—, y no le echan muy amorosamente, porque va dado á los diablos: ¡y yo que no me atrevo á menearme de aquí! ¿qué diablos tendrá que decir el amo á la señora Ursula? ¿estará enamorado de ella y le habrá sentado mal el que venga con otro?

Esto demostraba que el tío Cipriano no sabía que Ursula creía su padre al tío Manzampulas.

Apenas salió Pommeferre, Ursula dijo al verdugo:

—No me habéis comprendido; pero me alegro de ello, porque me habéis hecho una revelación que necesito que se complete de todo punto.

—¡Bahl pues quiérello mucho, Ursula, porque cuanto más lo quieras, más en respeto estarás por el misterio que he roto á medias: lo he dicho de buena fe porque te creía á punto de hacer un disparate, pero he dicho la verdad: no eres mi hija.

—Sepamos entonces el nombre de mi padre.

—No, y de una vez, para cuando llegue el caso de decírtelo, no.

Ursula sabía que el tío Manzampulas era firme de voluntad hasta lo infinito.

No insistió, pues, en la pretensión de saber lo que el verdugo no quería decirle.

—Decidme á lo menos qué clase de personas eran mis padres.

—No tengo inconveniente: altos, muy altos, altísimos.

—¿Soy hija legítima?

—No, hija natural; pero eso no le hace: ahora dime tú: ¿por qué te has enamorado de ese perdido?

—Yo no puedo amar más que una vez, y ya sabéis á quién amo.

—Con disgusto mío: monsieur de la Chaumiere es un hombre hasta despreciable; pero en fin, ocupa una alta posición, y casado contigo la ocuparía más alta.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho? ¿por qué no me habéis permitido que yo le deje entrever que yo convendría á su ambición?

—Porque yo no quiero que se casen contigo por otra ambición que la de ser amado por tí.

—Monsieur de la Chaumiere está loco.

—Sí, te ha dado dos mil ducados, como otros tantos: debes tener un buen escondrijo, Ursula.

—Yo no he tomado nada de nadie; de nadie más que de vos; y si he tomado de monsieur de la Chaumiere, ha sido porque los sacrificios que hacía por mí, me probaban lo enamorado que de mí estaba: vos tenéis esos dos mil ducados y se le devolverán.

—Por supuesto que se le devolverán; pero vengamos al asunto: si tanto amas á monsieur de la Chaumiere, ¿cómo diablos has puesto á un criado suyo en el caso de que él crea que le amas?

—Por lo mismo que es criado de monsieur de la Chaumiere; en cuanto lo supe, dije: utilicemos á este hombre: tenía dos razones para pensar así; la primera, que yo he conocido á Pommeferre porque fué á mi casa siguiendo á una dama que se había escapado de su amo, y por orden suya; lo que demostraba que monsieur de la Chaumiere se interesa mucho, cualquiera sea la razón, por esa dama fugitiva: yo pensaba hacer de modo que Pommeferre, que no se atreve á volver á la casa de su amo, temeroso de su cólera, porque se le había escapado por el pasaje la dama seguida por él, volviese al servicio de monsieur de la Chaumiere, averiguase, descubriese quién era aquella dama; además de eso, estoy segura de que la única mujer á quien ha amado de veras monsieur de la Chaumiere, soy yo; que le desesperaría saber que iba á casarme con otro, y singularmente con un criado suyo, que le obligaría á determinarse, y para esto, y sólo para esto, he engañado á ese pobre hombre.

Bueno, bien, corriente: hoy intriga todo el mundo; me parece bien tu proyecto: Dios quiera que no fracase, como el otro gran proyecto; pero no importa que no hayan podido ser hoy presos el duque y la duquesa de Anjou: no tienen ni armas, ni hombres, ni dinero, ni persona de quien fiarse: el rey de Francia abandona á su nieto porque tiene que atender á sus propios negocios, y el

rey nuestro señor Carlos III adelanta rápidamente: el principado de Cataluña es nuestro, nuestra Galicia; nuestro Portugal: hemos tomado a Gibraltar; los ingleses se esfuerzan en ayudarnos con la esperanza de conservar aquella plaza fuerte: si nos hubiéramos apoderado hoy del duque de Anjou y de Luisa Gabriela de Saboya, hubiera sido mejor, mucho mejor: hubiéramos acabado de una vez.

—Pero ¿qué ha sucedido?—dijo Ursula, que estaba pálida y cuidadosa—: ¿han preso á alguien?

—Sí, al marqués de Leganés, que ha cometido la tontería de ir á palacio, creyendo que así disimulaba, y le han metido en una carroza, se le han llevado, han ido á su casa y se han apoderado de los papeles.

—¿Y á nadie más que al marqués de Leganés han preso?

—A nadie más.

—Pero pueden prender á otros.

—Nada de la conspiración se ha abierto ni se cómo han preso al marqués de Leganés.

—Afortunadamente no ha escrito ni una sola carta al marqués: el bueno del bachiller Marcos Calderón creía que las unas cartas eran de amoríos, y las otras peticiones de limosnas: por él no hay que tener cuidado: nada sabe: yo estaba segura de que podía fiarme de él; pero ¿cómo se ha deshecho una conspiración tan bien tramada?

—¡Traiciones! ¡infamias! ¡el pícaro del guardián de capuchinos de la Paciencial la gente á cuya cabeza habla de ponerme yo, debía haberla buscado él: me disfracé esta mañana y me fué á Madrid; dejé el caballo en un ventorrillo de las afueras, me eché el sombrero á la cara, me subí el embozo á los ojos para que no me conociesen, me entré por el convento, llegué á la celda del guardián, llamé á su puerta, me abrió un lego, y cuando le dije que quería ver al padre fray José de Tordehumos, me respondió el animalote del lego: —Para ver está á Dios nuestro padre, más que para ver á nadie, hermano: su paternidad está muy enfermo, mucho. Decidle, le respondí, que aquí está el hermano "Deodato", y sabed que nuestro padre se enojará mucho con vos si no le avisais. Entró el lego cerrando la puerta y dejándome fuera, y volvió y me dijo:—Ni para el hermano "Deodato" ni para nadie más que para el médico está visible nuestro padre: su enfermedad, desgraciadamente, es

muy grave: Dios se apiade de nosotros.—Y me dió con la puerta en las narices. Era inútil insistir: salí y me encontré con Ratavieja, que estaba enseñando su pierna tullida y pidiendo limosna al son de la guitarra: me incliné sobre su oído y le dije: —¿Sabes de qué está enfermo el padre Tordehumos?—De miedo, me contestó: todo se lo ha llevado el diablo: se ha vendido y nos ha vendido: hace tres noches le vi yo hablando en la huerta del Renegado con la princesa de los Ursinos; pero basta de secretillos, vete, que hay peligro.—Me fuí y me pasé por la calle del Arenal, donde debía yo de haberme apostado con la gente que se me hubiese dado, y encontré la calle cubierta por un regimiento de dragones; desde allí á palacio se tendía el regimiento infantería del Rey: no había ni uno solo que tuviese traje de conspirador entre los curiosos: estando cerca de palacio vi sacar entre guardias de corps al marqués de Leganés, sin espada, pálido, aterrado: con él se metió en la carroza un exento de guardias, y la carroza marchó con una escolta de caballería: yo me fuí de prisa á casa del marqués de Leganés á ver lo que sucedía, y llegué á tiempo que entraban en la casa un alcalde de casa y corte y un escribano; lo que quiere decir que había embargo y registro de papeles: esperé aún hasta que vi entrar en el palacio del Retiro al duque y á la duquesa de Anjou: nada había ya que hacer: me salté de Madrid, tomé la jaca y llegué á tiempo, porque no me fio de ti, Ursula: ¡las mujeres!... ¿quién fia en ellas? y ese pillastre es buen mozo y parece hombre de mundo; yo venía ya prevenido, colérico; había visto una carroza en el camino: ¿quién podía haber venido en aquella carroza, tú? pregunté al cochero, y me dijo que había traído á una señora muy hermosa á quien acompañaba un galán.

—Os juro por la salvación de mi alma y por la de mis padres, que supongo habrán muerto, que no es engaño, que estoy pura de toda mancha, y qué, ¿habría yo de haberme enamorado de un sirviente cuando, porque convenía al servicio del rey nuestro señor, he conocido tanto personaje que se ha enamorado de mí?

—Las mujeres adolecen de tales rarezas.

—Pero yo no, creedme; no hablemos más de esto: no os enojéis si insisto en lo que más me importa: ¿han muerto mis padres?

—Sí.

—¿Sabéis que cuando me habéis dicho que

no soy vuestra hija se me ha ocurrido que doña Magdalena podía ser mi madre?

—No, hija mía, no; doña Magdalena fué doncella de tu madre; pero nada la preguntes, nada la digas, porque perderías el tiempo.

—Y decidme, ¿se aclarará algún día el misterio que envuelve mi nacimiento?

—Sí.

—Entonces vos tenéis pruebas.

—Sí.

—Y si yo soy muy alta persona, ¿cómo es que consentís en que procure unirme á monsieur de la Chaumiere?

—Eso es cuenta tuya: si le amas, como eres capaz de amar, nada habrá que te separe de él: si tu amor no es como yo supongo, cuando sepas quién eres sobrepondrás á tu amor tu ambición.

—¿Y por qué no me habéis colocado en la situación que me corresponde?

—Porque no tengo dinero bastante para ello.

—Daréis lugar á que sueñe locuras, aumentando, á medida que habláis, el misterio.

—Supón que eres tan alta como cualquier dama por alta que sea, y no te engañarás.

—Y bien: ¿monsieur de la Chaumiere no se asombraría del solo pensamiento de casarse conmigo si conociese mi origen?

—No, y cien veces no: ¿para qué quiere casarse una mujer con un hombre que no es capaz de sobrepujarla á todo?

—Es verdad—dijo tristemente Ursula.

—Oye: si te ama como tú crees; vi te has apoderado de su corazón, hasta el punto de que su corazón domine á su cabeza, el recurso en que has pensado es ingenioso: cuando una mujer ha llegado á convertirse en la vida, en el alma, en la eternidad de un hombre, este hombre, antes de verla de otro, mata ó muere, se atreve á todo, llega á todo: cuando llegue ese caso, dile francamente, es decir, de una manera que parezca franca: —Señor mío, yo no puedo ser manceba de nadie porque no quiero humillarme á mis propios ojos; no puedo tampoco vivir sola dando ocasión á la maledicencia, expuesta á mil contrariedades; necesito casarme y me caso por necesidad: hay un hombre que todo me lo sacrifica y le acepto: si vos os doléis tanto de que yo me case con otro, casaos vos conmigo, me es todo punto indiferente, con tal de que me case, y es natural que si me encuentro en el caso de elegir entre vos y vuestro criado, os elija á vos.

—Se prestará á casarse conmigo, no lo dudéis,

en cuanto tenga la certeza de que voy á casarme con otro.

—Pues bien: si acepta, le dices: —Aún no me conocéis bien; vos creéis que yo soy sobrina de un canónigo, hija de un primo suyo porque yo os lo he dicho: os he engañado, porque mi origen es un secreto que no debe conocer más que el hombre que se enlace conmigo: soy hija de Juan Diego, conocido con el sobrenombre de Manzampulas, verdugo jurado de la villa de Madrid.

—¡Oh! esto es demasiado—dijo Ursula.

—Nada es demasiado para saber si se nos ama ó no se nos ama: el amor, si es verdadero, es una locura, y no ve nada más que su logro.

—Se negará, se irá.

—Vaya en buena hora: harás muy bien en no detenerle, en olvidarle, en sentir únicamente el tiempo que hayas perdido pensando en él, consagrándote á él con tu alma: no, Ursula, no; el que reniega de una mujer, sea cualquiera la causa, no la ama; como el que reniega de su Dios, nunca ha creído en él: dejemos esto, y dime, porque necesito saberlo: ¿qué estatura tenía la dama que se escapó por el pasadizo de la casa de vecindad, del seguimiento del criado de monsieur de la Chaumiere?

—La misma que doña Magdalena y mayor gallardía, porque sin duda es más joven.

—¿Y quién la acompañaba?

Un hombre con un bulto debajo de la capa.

—¿Qué señas?

—Las de un soldado viejo: talante bravo, mirada audaz, piel curtida y bigotes blancos.

—¿Dónde vive monsieur de la Chaumiere?

—En la calle Ancha de San Bernardo, número 15.

—¡Bah! pues bien: nada tienes ya que hacer aquí: métete en tu coche, vuélvete á casa de doña Magdalena, y esta noche iré yo á verte, porque probablemente tendré que decirte algo.

Ursula se levantó, se despidió del verdugo, salió de la casa, recorrió la vereda, y al pasar junto al tío Cipriano, éste la dijo:

—¿Puedo ya moverme de aquí?

—Indudablemente; el tío Manzampulas se queda solo.

—¿Pero no os ha dicho que me digáis que vaya?

—No, nada me ha dicho.

—Pues entonces no me muevo.

—Haced lo que queráis.

Y Ursula se alejó, llegó al carruaje, entró en él, y mandó al cochero la llevase á la calle del Arco de Santa María.

El tío Cipriano, violento porque estaba sujeto al pie de un árbol, contra su voluntad, esperó en vano algunos minutos á que su amo le llamase.

El tío Manzampulas se había olvidado de él.

Me litabundo y sombrío se ocupaba en quitar-se el traje con que se había disfrazado, después de lo cual se vistió su infame traje negro de verdugo.

Mientras hacía esta operación, decía:

—¡Casarse! ¡casarse ella! ¿Y yo? Los viejos no existen; el hombre es el alma, no el cuerpo: el cuerpo envejece, pero el alma no: el alma es más joven á medida que más desea, que más imposible la es llegar á su deseo, ¿por qué la amo yo? ¿por qué la sola idea de que puede ser de otro me enloquece, me aturde, me mata?... ¿Por qué, si ella no puede amarme?... ¡Bah! no se casará, no. ¿Y por qué no ha de casarse si le ama? ¿por qué la he de hacer desventurada? ¿Por qué mi sufrimiento no ha de ser completamente un martirio? ¡Oh! sí, sí, el amor es el sacrificio sin condiciones, inmenso, infinito: ella no ha podido ni aun adivinar este amor que me devora, este amor que es la expiación de la infamia: yo era otro hombre: había estudiado, había aprendido; yo soy un verdugo ilustre: el amor, sí, el amor nos vuelve locos; ¡era tan hermosa Francisca, tan buena, la amaba yo tanto... tanto como amo ahora á Ursula! Yo creía que la posesión de Francisca era la compensación de la infamia del crimen que aceptaba; casándome con ella, yo sabía que había de heredar á su padre, al verdugo; no habría verdugos si no hubiese lobos humanos: os entregan un hombre robusto lleno de vida, aterrado, desesperado, agonizando, mirando con ansia, con odio, con rabia, á una multitud de miserables que acuden á verle morir, y le estrangulais ante toda aquella gente; llegáis á acostumbraros á esto, á esta cosa horrible sobre todo lo horrible, y acabáis por comer y dormir bien, el mismo día, la misma noche en que habéis matado un hombre que ningún mal os ha hecho, sin cólera, á sangre fría, como si os bebiérais un vaso de agua. ¡Ah! el hombre es inmenso: no se sabe hasta qué punto puede ser un demonio ó hasta qué punto puede ser un ángel; ¡ah, sí! ¡la Providencia de Dios! el hombre es una fiera que piensa, que tiene corazón, concien-

cia, y, sobre todo, Dios le ve, Dios le sentencia y su sentencia es horrible: amo y ni aun puedo decirlo: soy un condenado.

El tío Manzampulas acabó de vestirse y silbó.

Aquel silbido llenó de alegría al tío Cipriano.

Le llamaba su amo, podía al fin levantarse del pie de aquel árbol, junto al cual había estado como preso.

Se apresuró á acudir.

—Ensilame al momento la jaca, Cipriano— le dijo el tío Manzampulas.

Cinco minutos después, Cipriano sacaba la jaca ensillada.

—Me voy á Madrid—dijo el verdugo—; si no vuelvo esta noche, no pases cuidado; será que tengo que hacer.

Y arrancó con la jaca en dirección á Madrid.

CAPITULO II

DE CÓMO EL TÍO MANZAMPULAS ERA UN PERSONAJE MUCHO MÁS IMPORTANTE DE LO QUE PARECÍA

El verdugo dejó su cabalgadura según costumbre en una casilla de las afueras, situada cerca de la puerta de Santa Bárbara.

Se entró por la calle de Fuencarral, siguió hasta la de las Infantas, torció por ella, llegó á la esquina de la calle del Clavel, y se inclinó hasta poder hablar al oído de un mendigo paralítico, asqueroso, que dejaba ver una pierna hinchada y pustulenta.

Aquel mendigo era Ratavieja.

—A ver si corres, lisiado—le dijo el verdugo.

—¿Y qué voy ganando?—respondió Ratavieja.

—Cuatro ducados.

—¿Qué hay que hacer?

—Saber dónde se ha metido una dama encubierta con un manto, de buen cuerpo, gallarda, á la que acompañaba un hombre embozado con un bulto debajo de la capa que se ha perdido escapando por la casa de paso de la calle de los Jardines.

—Bueno, bien, ¿y dónde te llevo la razón?

—En dos horas se puede averiguar todo lo que haya; dentro de dos horas estaré aquí.

El verdugo se enderezó, y retrocedió para meterse en el convento de capuchinos de la Paciencia, que estaba enfrente del lugar donde se encontraban.

El mendigo se levantó con sumo trabajo, cogió sus muletas, adelantó arrastrándose, torció

por la calle de San Bartolomé, se metió al fin de ella en un casucho, se quitó la pierna de cera, admirablemente contrahecha, que aparecía hinchada y pustulenta, se arrancó su asquerosa peluca, se lavó el rostro, que tenía admirablemente pintado, se vistió un traje de hombre del pueblo, cogió bajo la capa una espada, quedó convertido en un hombre robusto, como de cuarenta y cinco años, y se lanzó á la calle.

Entre tanto, el tío Manzampulas había entrado en el convento de capuchinos de la Paciencia, y decía con acento respetuoso, descubierto y humildemente inclinado al lego portero:

—Perdone, hermano, si le hablo; pero vengo aquí para servir á Dios y en descargo de mi conciencia: hacedme la merced de decir al respetable padre guardián que el maestro ejecutor de altas obras de la villa de Madrid se ve obligado á hablarle de un asunto importantísimo: ya sé que su paternidad está enfermo, de lo que me duelo mucho; pero es tan grave el asunto que me trae, que no tiene espera: dígalo así á su paternidad. Aquí aguardo, hermano.

El lego, escandalizado de que el verdugo se atreviese á hablarle, pero dominado por un no sé qué imponente que del verdugo se desprendía, se fué á cumplir con el encargo que acababa de dársele, pero murmurando, y con muy mal talante y muy mal gesto.

Escandalizóle doblemente el ver que después de haber recibido el recado, el padre guardián consentía en recibir al verdugo.

Fué á decirsele, y poco después el tío Manzampulas se encontraba á solas con el padre fray José de Tordehumos, que estaba metido en la cama haciéndose el enfermo.

Allí desapareció la humildad del verdugo.

De pie, rígido, sombrío, junto á la cama del guardián, fijaba en él una mirada profunda, amenazadora, terrible.

—¿Dónde estuvisteis hace tres noches, padre Tordehumos?—dijo el verdugo con el mismo acento de un superior que interroga á un inferior que ha faltado á su deber.

—Estuve en la quinta de Pozofrío—contestó el padre guardián.

—Yo creo, padre, que la quinta de Pozofrío no está junto á las tapias del Buen Retiro: se os ha visto: estuvisteis en la huerta del Renegado con la intrigante princesa de los Ursinos: en la huerta estaba también el gitano Bizarro; nos habéis vendido, padre Tordehumos; os habéis

metido de miedo en la cama; esta mañana vine á veros disfrazado para que me diésteis los hombres con los cuales debía yo haber preso al duque y á la duquesa de Anjou, y os negásteis á recibirme; me fué despedido á ver lo que había, y encontré la calle de Arenal cubierta de tropa: me dirigí al alcázar, y al llegar vi que sacaban preso al marqués de Leganés; volví á recorrer la calle del Arenal, seguí por la Puerta del Sol, por la Carrera de San Jerónimo, por el Prado, hasta el Buen Retiro, y por todas partes vi infantería, caballería, cañones; he andado por Madrid, y he visto en las puertas de las casas de muchos de nuestros enemigos la convenida cifra blanca y roja; nadie ha sido preso más que el marqués de Leganés, y es extraño que habiendo habido traidores, la conspiración sólo se haya descubierto á medias: no sé cuántos han sido los traidores; pero conozco uno, y ese traidor sois vos.

—¡Yo!—exclamó el padre Tordehumos—: vos estáis loco, Juan Diego.

—Y si no sois traidor, ¿por qué no me habéis dicho: ir á tal parte, donde encontraréis cincuenta hombres dispuestos á todo?

—Porque estoy enfermo, Juan Diego.

—¡Enfermo, y tenéis el mejor color del mundo!

—Es que me sofocáis, me irritáis.

—Pues preparaos, padre, porque vais á sofocaros más: ¿no sabéis que el rey nuestro señor avanza sobre Madrid con un ejército de cincuenta mil hombres, compuesto de austriacos, ingleses y holandeses?

—¡Cómo! ¡Qué!—exclamó el guardián, incorporándose violentamente—: no hay ninguna noticia de eso.

—Porque los correos del rey nuestro señor corren más que los de los partidarios del duque de Anjou. Esta noche ha llegado á mi casa de campo un jinete, y me ha dicho:—Haced cuanto podáis, no perdonéis esfuerzo alguno; es necesario que os apoderéis de los duques de Anjou, y sobre todo, de la princesa de los Ursinos, Aquí tenéis un libramiento de diez mil ducados; gaced que los cobren; pagad cuanta gente fuere necesaria para que se proclame en Madrid al rey nuestro señor, que no tardará ocho días en llegar á la corte. Todo lo habéis vos dificultado, padre Tordehumos: se ha perdido el golpe; está avisada la princesa de los Ursinos, y asustados están nuestros amigos: al hacernos traición, vos habréis contado con alguien, ó por

lo menos sabréis cuáles son los otros traidores: ¡sus nombres, padre José! porque es bueno saber quién es nuestro amigo ó nuestro enemigo.

—De la extraña situación en que yo me encuentro frente á vos—dijo con un enérgico desprecio el guardián—, tienen la culpa los que no han encontrado reparo en valerse del verdugo.

—¡El verdugo! ¡el verdugo! es verdad; y decidme, padre José: ¿quién sino el verdugo puede disponer de la canalla, de la gente dura, capaz de todo? ¿Quién conoce á los ladrones, á los espías, á los mendigos, á los bribones que saben meterse en todas partes, oírlo todo, observarlo todo? El verdugo es el rey de la canalla: llegan momentos en que el rey ilustre, el príncipe, el señor, tiene necesidad del rey infame; le busca, le paga, se sirve de él; esto es lo que ha sucedido, y esto es lo que me pone en la situación de interrogaros severamente.

—Pero vamos á cuentas: ¿qué más os da á vos servir á Carlos III ó á Felipe V?

—¿Que qué más me da? Nada, es cierto; ahorcar, azotar, atormentar: he aquí todo; verdugo, siempre verdugo con el uno ó con el otro; siempre ese hombre á quien todos miran con horror, de quien todos se apartan, á quien nadie da la mano, que mancha todo lo que toca; pero ¿sabéis vos lo que se oculta en mi corazón? ¿Sabéis vos hasta qué punto puede convenirme servir á la casa de Austria? Vos la habéis hecho traición, y yo quiero que me digáis los nombres de vuestros cómplices: quiero saber con quién se puede contar y con quién no; porque con lo que ha sucedido, me veo obligado á desconfiar de todo.

—Yo no he hecho traición; he sido sorprendido y preso cuando volvía de haber auxiliado al difunto marqués de Castroviejo: yo traía unos papeles que acreditaban el origen de una dama que nos servía en gran manera: esos papeles me fueron arrebatados; tuve miedo: no he revelado nada; pero no me he atrevido á buscar los hombres que debían ponerse bajo vuestras órdenes, ni me he atrevido tampoco á avisaros de ello.

—Y decid, padre guardián, ¿qué dama es esa que tanto servía al rey nuestro señor?

—Es un secreto que no me pertenece.

—Yo puedo comprometeros, padre guardián; estáis entre dos fuegos: si de miedo os habéis prestado á servir á la princesa de los Ursinos, no sé por qué no hayáis de servirme á mí también de miedo.

—Vivimos en unos tiempos calamitosos—dijo con irritación y como hablando consigo mismo el padre Tordehumos.

—Si os habuierais estado quieto en vuestro convento, sin meteros en asuntos políticos, no tendríais que quejaros de lo calamitoso de los tiempos, porque para los frailes no hay calamidades; mande Juan, ó mande Pedro, siempre ha de haber quien les dé, y siempre han de tener casas donde se les reciba; pero vos os habréis propuesto sin duda ser obispo, padre guardián, y para ello habéis tomado parte en los asuntos públicos; no os quejéis, pues, del compromiso en que os encontráis; no se cogen truchas á bragas enjutas, ni á nadie se le da lo que no gana; reveladme, pues, ese secreto.

—¿Qué secreto?—dijo el padre Tordehumos, haciéndose el olvidadizo.

—El de esa dama, á cuyo origen se refieren los papeles que os quitaron cuando os prendieron; á propósito, ¿quién os prendió? ¿Es también otro secreto su nombre?

—Decididamente os engañáis en comprometerme—dijo de muy mal humor el guardián.

—Más comprometido de lo que lo estáis, no podéis estarlo; os habéis propuesto mascar á dos carrillos y se os atasca el hueso; vos tenéis la culpa, no os quejéis; tened en cuenta que soy muy frío de corazón, y que tengo tan poco que perder, que puedo atreverme á todo; además, sabedlo: por cosas que me suceden, estoy desesperado; si os negáis á responderme en verdad á lo que os pregunte, presento ciertos papeles vuestros, que son demasiado graves, á la princesa de los Ursinos, y por otra parte aviso á los agentes ocultos que sirven en la corte al rey don Carlos III, de que le habéis hecho traición.

—¿Y si un día, Juan Diego, puedo hacerlos pedazos?

—En buen hora, padre; tendré paciencia, pero por ahora la ventaja es mía.

—Pues bien: el hombre que me prendió fue el gitano José Díaz el Bizarro.

—Muy señor mío y mi amigo—dijo el tío Manzampulas—; hace mucho tiempo que nos conocemos y que él anda en peligro de que me lo entreguen para que lo despache; él acabará de decirme lo que haya en la traición que nos habéis hecho; ahora decidme quién es esa dama.

—No la conocéis; ha vivido oculta.

—Pero ¿quién es?

—Mucha persona.

—Sepamos.

—Hija natural de un rey de España.

—¡Hija natural de un rey de España!—exclamó el tío Manzampulas—; ¿de qué rey?

—Del señor rey don Carlos II.

—Pues ¿cuántas hijas naturales tuvo ese rey, que no pudo tener ni un solo hijo legítimo?

—Qué, Juan Diego, ¿conocéis vos alguna otra hija natural de Carlos II el Hechizado?

—Yo no he dicho eso; pero he oído hablar de cierta hija del rey habida en una cómica.

—¿Cómo se llamaba esa cómica?

—No lo sé, padre guardián; pero vos debéis saber cómo se llamaba la madre de esa otra infanta desconocida.

—Os juro por mi alma que no lo sé: en los documentos que yo traía y que me quitó el gitano Bizarro, no se hacía mención de la madre.

—¿Y quién tiene esos documentos?

—Habiéndose apoderado de ellos Bizarro, claro está que debe tenerlos la princesa de los Ursinos.

—¿Y cómo se llama esa dama?

—Doña Esperanza de Ayala.

—¡Cómo! ¿Esa joven tan hermosa, que se ha presentado hace cinco días en la corte, á la que el duque de Anjou ha hecho marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y la duquesa dama de honor?

—No, Juan Diego, no; esa es otra doña Esperanza.

—Pero, señor, ¿cuántas Esperanzas tenemos en juego?

—Dos, á lo que parece.

—Pues yo diría que tres—dijo el verdugo.

—¿Se llama también Esperanza esa hija que tuvo en la cómica el rey don Carlos II?

—Tan desdichado era aquel pobre rey—dijo el tío Manzampulas—, que por lo que se ve, siempre estaba soñando con la esperanza; y decidme: esa doña Esperanza de Ayala, no la marquesa, sino la otra, ¿por qué servía al rey nuestro señor?

—Porque esperaba ser su esposa.

—¡Su esposa! Cuando sabéis eso, debéis poseer la confianza de esa señora.

—Era su confesor.

—Pues qué, ¿ya no lo sois?

—No, porque doña Esperanza de Ayala ha desaparecido.

—¿Será esa la dama á quien busca monsieur de la Chaumiere?

—Puede ser.

—Eso quiere decir que vos sabéis que monsieur de la Chaumiere y esa dama se conocían.

—Estoy seguro de que doña Esperanza es la que nos ha hecho traición por amor á monsieur de la Chaumiere.

—Pero señor, yo me embrollo—dijo el tío Manzampulas: ¿no pretendía esa doña Esperanza ser esposa del rey?

—Sí; pero las mujeres tienen corazón y ambición.

—Padre guardián, una mujer perdió al mundo, y estamos hablando de tres mujeres, que si se las pone en situación de ello, son capaces, á lo que creo, de perder á España: ¿dónde vivía esa doña Esperanza?

—En la calle del Nuncio, en la casa vieja del almirante.

—Pero si esa casa está deshabitada y aún hay quien dice que tiene duende...

—Deshabitada parecía, porque toda su parte principal que da á la calle del Nuncio estaba cerrada y con telarañas en la puerta y en los balcones; pero se entraba en ella por el postigo del jardín que da á la calle del Almendro.

—Gracias, padre, porque en la calle del Almendro tengo yo muy buenos conocidos que podrán darme noticias; pero decidme vos: ¿quién acompañaba á esa doña Esperanza? ¿quién la seguía? ¿de quién se valía?

—Debéis conocerle, porque es cofrade de todas las hermandades religiosas de Madrid, y por consecuencia, hermano de la Caridad.

—¿Y cómo se llama?

—Lucas Cabezudo.

—¡Ah! el buen Lucas Cabezudo; muy señor mío y mi amigo.

—¡Cómo! ¿también es vuestro amigo ese hombre?

—Ya lo creo: como que es uno de los mejores cofrades de la única hermandad á que yo puedo pertenecer.

—¿Y qué hermandad es esa, Juan Diego?

—La hermandad de la garra y del puñal.

—¡Execración!—dijo el padre guardián—: ¡condenación para vuestra alma, Juan Diego! ¿cómo siendo vos el ejecutor de la justicia, debiendo escarmentar en los otros, pertenecéis á una hermandad horrible de ladrones y asesinos?

—Tan acostumbrado estoy á la horca, padre, que la he perdido el miedo; pero no desviemos

la conversación: ¿qué era de esa señora Lucas Cabezudo?

—Mas que su criado, su amigo.

—Pues tenía buen amigo doña Esperanza, os lo aseguro; porque Lucas Cabezudo es un hombre que vale.

—¿Quién había de creer lo que me habéis revelado de él? ¡tan religioso, tan humilde, tan cristiano!

—Pues mirad, padre guardián, es un lobo: necesito entenderme con él: ya no podéis decirme más de lo que me habéis dicho y me voy: os deseo que os curéis pronto... del miedo.

—Espero que no me comprometeréis, Juan Diego.

—¡Eh! descuidad: ¿cómo diablos he de comprometeros yo más de lo que vos mismo os habéis comprometido? guardaos vos de tomar mi nombre para nada, que yo por mi parte no tomare en boca el vuestro; pero si abusáis...

—¡Ah! no, no, descuidad.

—Pues adiós, padre guardián, y salud.

—Juan Diego, adiós, y que él os toque el corazón y os quite de vuestra mala vida.

El verdugo salió.

Tomó hacia la calle de Hortaliza, ganó la Red de San Luis, recorrió la calle de Jacometrezo y la plazuela de Santo Domingo, y se detuvo en la calle Ancha de San Bernardo, delante de la casa de monsieur de la Chaumiere.

Malegarde que salta, al ver al verdugo parado delante de la casa, se fué á él resueltamente y le dijo:

—Si te atreves á mirar un segundo más a la casa de mi señor, cuervo infame, te abro de un tajo y tiro la espada por haberse manchado con tu sangre.

—Perdonad, hidalgo—dijo el tío Manzámpulas—; pero yo tenía que decir á vuestro señor algo que le importa mucho.

—¿Y qué tienes tú que decirle, lobo?

—Que su criado Antolín Pommeferre se ha perdido, y según me han dicho, va á casarse con la beata Ursula.

—¡Cuerpo de Cristo!—dijo Malegarde—que estaba en los secretos de su amo, porque generalmente él era el que le servía de correo amoroso: ¿que la señora Ursula va á casarse con Antolín? tú estás loco, aprieta-pescuezos, ó si no lo estás, Antolín tira la vida por la ventana, espera, espera.

Malegarde se metió para adentro, y el tío

Manzámpulas quedo inmóvil á alguna distancia, al frente de la puerta de la casa haciendo dar un rodeo á los que pasaban por la calle y que no querían pasar cerca de él.

Al fin apareció Malegarde.

—Da la vuelta por esa calle y encontrarás el postigo del jardín: espera allí.

Malegarde volvió á meterse para adentro, y el tío Manzámpulas se encaminó al lugar que le habían indicado y se detuvo junto á un estrecho postigo.

A poco, aquel postigo se abrió y apareció Malegarde.

—Entra, muerte andando, le dijo, y sgueme.

El verdugo entró, cerró Malegarde, y luego se encaminó, atravesando el jardín, á una sala baja muy fresca y bellamente adornada en la que introdujo al verdugo.

Este se quitó respetuosamente el sombrero al entrar, aunque en la sala no había nadie.

—Espera aquí—le dijo Malegarde—y cuenta con que no te lleves alguna de las buenas cosas que hay sobre las mesas.

Tras esto salió, dejando solo al verdugo.

Poco después entró monsieur de la Chaumiere.

Miró con un altanero desprecio el verdugo y le dijo:

—Repite me lo que has dicho á uno de mis criados.

—Palabra por palabra, señor: Ursula, que se os había perdido, vivía en la casa de vecindad por donde se le ha escapado una dama que vos buscáis, á vuestro criado Antolín Pommeferre: Pommeferre y Ursula se han visto, se han enamorado el uno del otro, sin duda porque Dios ha querido que se enamorasen á primera vista, y piensan en casarse: á mí no me conviene que Ursula se case con un lacayo; y como sé que vos la amais con las entrañas, v sois un señor poderoso, os aviso para que impidais ese casamiento que, os lo repito, me desagrada.

—Y qué tienes tú que ver con Ursula—dijo pálido y alterado monsieur de la Chaumiere.

—Vamos claros, señor: no reparéis en que yo soy el ejecutor de la ley: consideradme como un hombre cualquiera, y respondedme, si queréis que yo os responda.

—Esto es muy singular—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Singularísimo: pero yo creo que sois bastante hombre de mundo para no asombraros del verdugo; yo soy una infamia pública, es verdad;

pero hay infamias secretas, que no por serlo, dejan de ser infamias; por ejemplo, un noble capitán de mosqueteros negros sirve bajamente al rey de Francia, se viene á España de espion del rey don Felipe V; engaña á Luis XIV, engaña al rey de España, se doblega á todo, es capaz de todo, y pueden sacarse á relucir sus bajezas...

—Veamos adónde va á parar todo eso—dijo con voz concentrada monsieur de la Chaumiere.

—Francamente, señor—continuó el tío Manzampulas—vos tampoco me convenís para marido de Ursula.

—Esto es ya llevar la avilantez, la audacia, la locura, hasta lo infinito: ¡casarme ye con Ursula y ser tú quien viene á hablarme de ello, empujando por desvergonzarte conmigo!

—Pero el caso es que os tragáis admirablemente mis desvergüenzas, monsieur de la Chaumiere; en cuanto á lo que os escandaliza lo de casaros con Ursula, no comprendo por qué habéis de escandalizaros; su hermosura es la de una diosa, y su recato el de una santa; ¿qué habéis visto en ella que la deshonor? ¿No la han perseguido á muerte por su belleza todos los señores libertinos de la corte?

—Sí, es cierto—dijo monsieur de la Chaumiere—, y á todos los ha desesperado.

—¿Ha tomado ella regalos ni dinero de ninguno?

—Lo ha tomado mío.

—Favoreciéndoos: por probar si la amábais tanto que os arruinábais por ella.

—Sin duda quería un gran precio por su amor.

—Cualquiera de los grandes de España la hubiera hecho rica; además, vos no sabéis que si Ursula ha tomado ese dinero, no ha usado de él: me lo ha entregado, y estoy dispuesto á devolvérselo.

—Pero si eso ha hecho Ursula, me ama.

—Os ama tanto, que porque no muriese consentiría yo en que se casase con vos; porque creer que Ursula puede llegar á ser vuestra esposa, es lo mismo que pensar en tocar con la mano al cielo.

—Y si me ama tanto—dijo vivamente sobreexcitado monsieur de la Chaumiere—¿cómo ha podido enamorarse de un lacayo mío?

—Como se enamora un hombre valiente de una espada.

—Explícate.

—Ursula quiere saber si os atrevéis á verla ser la esposa de otro.

—¡Ah! ¡un ardid!

—Es que Ursula, si vos no la amáis, en vez de ahorcarse desesperada, ó de pedirme que yo la ahorque por sufrir menos, será capaz de casarse sólo porque os desesperéis y por morir desesperada.

—Nunca he conocido en ella una mortal como la que me estáis manifestando.

—Porque nunca la habéis propuesto más que medios infames.

—Esto es un delirio; yo no comprendo esto.

—Ursula cree que la amáis con toda vuestra alma; que no podéis vivir sin ella; que si no la habéis propuesto un enlace ha sido porque crefais que llegaríais á obtenerlo á fuerza de oro; otra de las razones que ha tenido para tomar vuestro dinero, era para os convenciérais que vuestro dinero era inútil; pero sabía que no érais rico, que hacíais un sacrificio dándola lo que la dabais: tuvo lástima de vos y adoptó otro medio para probaros: se os perdió; vos la habéis buscado; ella lo sabe, porque yo tengo medios para saberlo todo, y ella se ha valido de mí; y cuando se encontró con vuestro criado Pommeferre, que no la conocía, y que se aturdió al verla, como se aturden todos, se decidió á hacer la última prueba.

—¡Ah! ya comprendo por qué la conocéis: las mujeres enamoradas suelen valerse de medios muy extraños, bien: aseguradla que yo la amo con toda mi alma; que es la única mujer que he amado, y que antes que verla, no ya de un criado mío, sino de un rey, me doblego á su voluntad, me caso con ella.

—¿No es esto ganar tiempo, monsieur de la Chaumiere?

—No—respondió éste con grande aplomo.

—Ahora bien, monsieur de la Chaumiere: cuando un hombre piensa en casarse con una mujer, necesita conocer su origen.

—Sé que es sobrina de un canónigo.

—Os ha engañado: es hija de un padre mucho más notable.

—¡Ah!—dijo monsieur de la Chaumiere—¿es hija de alguna familia ilustre, tal vez hija natural?

—Sí, hija natural de un rey.

—¡Cómo!—exclamó monsieur de la Chaumiere.

—Sí, hija de un rey que ocupa un trono ante el cual todos tiemblan.

—¿Qué tronos ese?—exclamó con ansia monsieur de la Chaumiere, que como había encontrado dos damas que habían pasado por hijas naturales de un rey, no creía extraño dar con otra que, en efecto, lo fuese.

—Ese trono terrible, monsieur de la Chaumiere, ese trono que á todos espanta, es el patíbulo.

—¡Es hija vuestra!—exclamó monsieur de la Chaumiere con los ojos dilatados de espanto—; ¡hija vuestra!

Sí, hija de Juan Diego, *Manzámpulas*, maestro ejecutor jurado de altas obras de la villa de Madrid.

Y adelantaba hacia monsieur de la Chaumiere, que retrocedía.

Y así, avanzando el uno y retrocediendo el otro, monsieur de la Chaumiere llegó á una puerta, abrió una mampara y desapareció tras ella.

El tío *Manzámpulas* se puso el sombrero, lanzó una larga carcajada, una carcajada de loco y exclamó:

—¡Ah! no se casará con ella; y si se casa, la amará tanto, la hará tan feliz, que me alegraré de mi desesperación y de mis celos.

Y tras esto salió, atravesó el jardín, abrió el postigo y se encamió á buen paso á la calle del Clavel.

CAPITULO III

DE CÓMO LOS MENDIGOS, LOS VAGOS Y LOS LADRONES ERAN UNA EXCELENTE POLICÍA

Ratavieja se fué á una taberna de la calle de San Antón, y en una de sus lóbregas habitaciones encontró una multitud de esos seres asquerosos que vienen á ser los gusarapos del lodo social.

—Aquí todos—dijo al entrar—: á la orden

De los ángulos tenebrosos de aquella denegrida estancia se destacaron mujeres, hombres, viejos y niños.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Qué se necesita?—dijeron cada uno de por sí.

—A recorrer los puestos—dijo Ratavieja—; á correr la orden siguiente: es necesario saber adónde ha ido á parar una dama que se ha perdido: esta dama es gallarda y hermosa, y la acompaña un hombre embozado, con un bulto debajo de la capa.

—¿Y no hay más señas?—dijo un pillete de catorce años.

—No, señor; no hay más señas—dijo Ratavieja—;

pero con éstas bastan: á correr la orden, y á correrla bien: ¡ea! fuera.

Salieron unos veinticinco ó treinta perdidos de ambos sexos y de todas edades, que se diseminaron por el barrio de San Antón, entrando cada uno de por sí, ya en una taberna, ya en una casa de vecindad.

De cada uno de estos lugares salían, con el que había llevado la orden, tres, cuatro, cinco y á veces diez perdidos que se diseminaban á su vez y producían en otras tabernas y en otras casas de vecindad el mismo resultado.

Aquello se aumentaba, se extendía, se ramificaba: antes de una hora, Madrid estaba invadido por esta canalla, cuya presencia no se notaba, porque estaba completamente diseminada.

Todos los mendigos y todos los ociosos de cierto género, estacionados en la vía pública y fuera de puertas, alrededor de la ronda de Madrid, habían escuchado una rápida pregunta.

Al fin, una hora después, Ratavieja, que había esperado en la taberna de donde había partido la orden, supo que por la puerta de Recoletos habían salido dos horas antes, una dama envuelta en un manto de sarga, acompañada por un hombre que llevaba bajo la capa un pequeño bulto al parecer muy pesado: que iban muy deprisa: que se les había seguido al olor de lo pesado que llevaba debajo del brazo el embozado, que por la ronda habían ganado el camino de Hortaleza, que le habían seguido, y que se habían metido en el pueblecillo de Maudes en el caserón de las brujas.

—Pues señor—dijo para sí Ratavieja—: esa dama y ese hombre conocen á alguno de los nuestros, porque se han metido en nuestra jurisdicción y en nuestra casa.

Dió algún dinero á aquellos miserables para que lo repartiesen entre todos los que habían trabajado, se fué á su casa, se puso de nuevo sus harapos de mendigo, se pintó, se calzó la pierna contrahecha, y cogiendo las muletas, salió á la calle y se dirigió casi á rastras á la esquina de la calle del Clavel, á la que llegó al mismo tiempo que llegaba á ella el verdugo.

—Y bien—le dijo éste—, ¿qué has averiguado?

—La dama y su acompañante—respondió Ratavieja—, están en la casa de las brujas, en Maudes.

—¿En nuestra casa?—dijo *Manzámpulas*.

—Sí, en nuestra casa.

—Pues que se lleve esta nueva orden: que se les considere como presos; que no se les deje salir, sea quien fuere el que allí los haya enviado, y que se apoderen de esa cosa pesada que llevaba el hombre debajo del brazo.

Tras esto, el tío Manzampulas se separó del mendigo, se encaminó al portillo de Santa Bárbara, salió por él, tomó su jaca, montó, se volvió a su casa de campo, comió, se acostó a dormir la siesta, y dijo a Cipriano:

—Llámame a la puerta del sol.

Después se durmió profundamente.

A la caída de la tarde le llamó el tío Cipriano.

—Dame el vestido de ronda—dijo el tío Manzampulas.

Cipriano trajo un traje oscuro, una capa parada y un gran sombrero.

Las noches empezaban ya a refrescar.

El tío Manzampulas, cuando se hubo vestido, se ciñó una espada, se aseguró por los ganchos en el cinturón dos lasgas pistolas, mandó a Cipriano pusiese un retaco en la concha de la silla de la jaca; montó en ella, y por una trocha campo traviesa, tomó al galope el camino de Maudes, cuando empezaba a obscurecer.

Llegó a Maudes ya cerrada la noche.

Maudes es hoy un pueblecito de cuatro casas, que en aquel tiempo era un conjunto de paredones, triste, medroso, deshabitado, en medio de los cuales se alzaba un caserón rojizo, desconchado, corroído, polvoriento, viejo, con la cubierta rota en algunas partes y en otras llena de jaramagos y hierbas parásitas.

Maudes tiene una reputación deplorable, y en aquel tiempo era espantosa.

Se dice ahora, por tradición, y se afirmaba entonces, que las brujas de la provincia de Madrid celebraban en él, presididas por el gran macho cabrío, sus conventículos los sábados.

Así, pues, nadie se atrevía a pasar de noche junto a aquel lugar maldito, por temor de ser cogido por las brujas.

El tío Manzampulas adelantó tranquilo, porque sin duda las brujas le conocían, se metió por entre los paredones, se detuvo a poca distancia del caserón, y silbó.

Poco después, sin saberse de dónde había salido, adelantó un bulto.

CAPITULO IV

LOS TRES COMPADRES

—¡Hola, Juan Diego! ¿eres tú?—dijo el bulto que se había acercado, dejándolo conocer en su voz a Lucas Cabezudo.

—¡Rabo del diablo!—dijo el tío Manzampulas—: ¿qué haces tú aquí? ¿te has venido al olor?

—¿Al olor de qué?—dijo Lucas Cabezudo.

—Al olor de cierta cosa que traía debajo del brazo un embozado que acompañaba a una dama que está aquí—dijo el tío Manzampulas.

—Con lo que traía ese embozado no hay que contar—dijo Lucas Cabezudo—: nadie tocará a ello mientras yo viva.

—¿Y que es ello, compadre?—dijo el tío Manzampulas.

—Cien mil ducados en oro y otros cien mil en alhajas.

—¿Y dices tú que no hay que tocar a eso?

—No; a no ser que nos robemos los unos a los otros, lo cual ni es justo ni puede ser, porque yo no me dejo robar.

—¿Y qué tienes tú que ver con eso?

—¡Calla! ¿pues qué no sabes tú lo que es mío, la dama que está aquí y de quién es ese dinero?

—¿Y qué es tuyo esa dama, Lucas?

—Más que si fuera mi hija.

—¡Diablo! ¡diablo! entremos y expliquémonos, Cabezudo.

—Te advierto que dentro vas a encontrar a otra persona a quien no esperarías encontrar aquí, como tampoco esperábamos encontrarte.

—¿Y quién es esa persona?

—Nuestro compadre José Díaz el Bizarro.

—¡Calla! ¿él también ha oído el dinero?

—No; a él le ha traído una persona a quien tiene obligada, y que sabía por mí que aquí se encontraba la dama a quien pertenece ese dinero: este es un enredo de los diablos, Juan Diego; la cosa más rara que puede pensarse: entra, entra, que estamos perdiendo el tiempo.

El tío Manzampulas echó pie a tierra, y llevando su caballo de la brida entró con Cabezudo en el caserón, cerró la puerta, ató el caballo al cerrojo, y a oscuras, como quien conocía bien la casa, entró con Lucas Cabezudo en una habitación baja, en la que había algunos viejos y pobres muebles, y sobre una mesa renegrida, en un candelero de cobre, una vela de sebo que producía una luz turbia y débil.

En aquella sala se paseaba Bizarro.

Al ver al tío Manzampulas se detuvo y dijo de muy mal talante:

—¿Tú también estás aquí? ¿por qué estás?

—Creo que no hay nada en el mundo que nos haga perder nuestra buena amistad—dijo el tío Manzampulas sentándose junto á la mesa—; sea cualquiera la causa que aquí nos haya traído, acabaremos por entendernos, tan obligados estamos los unos á los otros, que no podemos reñir por nada. Sepamos, Bizarro, ¿por qué estás aquí?

—Porque monsieur de la Chaumiere me ha dicho que aquí estaba doña Esperanza de Ayala.

—¿Y qué te importa á ti esa doña Esperanza de Ayala?

—Mucho: porque hay otra doña Esperanza de Ayala á quien monsieur de la Chaumiere tiene comprometida.

—Sí—dijo Lucas Cabezudo—; y es el caso, que monsieur de la Chaumiere no se casará con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Será lo que Dios quiera—dijo Bizarro—; por lo pronto, yo he hecho encerrar á monsieur de la Chaumiere, y le he puesto de guardia á Cor tezón y á Relámpago.

—Has hecho bien—dijo el tío Manzampulas—; con eso podremos hablar libremente sin que nadie intervenga en nuestra conversación.

—Ha más de veinte años que te conozco, Juan Diego, y más de quince desde que te conozco á ti, Lucas; nos unimos porque nos convenía unirnos: siempre hemos sido buenos compadres; espero que no dejaremos de serlo ahora; en todos nuestros negocios nos hemos ayudado, y siempre hemos partido las ganancias y los peligros: el asunto que tenemos entre manos es el más grave, el más importante de cuantos hemos tenido hasta ahora; yo os juro deciros la verdad; juradme vosotros que no pretenderéis engañarme.

—Te lo juramos—dijeron á un tiempo los otros dos.

—Pues veamos—dijo Bizarro—: Lucas viene aquí por una mujer, por doña Esperanza de Ayala, hija natural del difunto almirante don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, que engañó al rey don Carlos II, haciéndole creer que doña Esperanza era hija suya. Yo vengo por la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, que ha pasado por mi hija, que es hija de la princesa de los Ursinos, que le ha hecho creer al rey Felipe V que su hija es hija natural reconocida del rey

don Carlos II: ya sabes por qué estamos aquí, Juan Diego: ahora es necesario que nosotros sepamos por qué estás tú.

—Yo estoy aquí por otra mujer—dijo el tío Manzampulas.

—¿Y qué mujer es esa?

—Esa mujer es muy conocida por su hermosura, por lo que la han pretendido las más ricas y los más poderosos señores de la corte, y por la virtud con que ha rechazado sus ofrecimientos.

—¿Y cómo se llama esa mujer?—preguntó Bizarro.

—Ursula Quiñones.

—¡Ahl la famosa beata—dijo Bizarro—; ¿qué tienes tú que ver con ella, Juan Diego?

—¡Ahl esa es una historia.

—Que nos has tenido guardada...

—Como vosotros habéis tenido secreta para mí la historia de esas otras dos damas; yo creía de buena fe que la hermosísima María de la Azucena era tu hija, como creía de buena fe que Lucas Cabezudo era mayordomo de doña Esperanza.

—En cambio, nosotros ignorábamos—dijo Cabezudo—que tú te interesases tanto por la hermosísima Ursula Quiñones.

—Más os maravillaría cuando sepáis quién es Ursula.

—¿Hija tal vez de algún personaje?—preguntó Bizarro.

—Hija, si no legítima, verdadera del rey don Carlos II—dijo el tío Manzampulas—; y ved qué rareza: su nombre propio es doña Esperanza.

—Tenemos, pues, tres Esperanzas—dijo con disgusto Bizarro.

—Sí—dijo el tío Manzampulas—; se conoce que el rey don Carlos II era tan devoto de Nuestra Señora de la Esperanza, que mandó poner su nombre, no sólo á su hija verdadera, sino á la otra que le emplumaron.

—Pero sepamos cómo ha venido á tu poder esa hija de rey—dijo Bizarro.

—Sepamos también, cómo han ido al vuestro esas otras dos.

—Por supuesto—dijo Bizarro—, entre nosotros no puede ni debe haber secretos; pero tú eres el más viejo, Juan Diego, y debes empezar.

—¿Podrán escucharnos?—dijo el tío Manzampulas.

—No—contestó Cabezudo—; doña Esperanza duerme tranquila en el otro lado de la casa; monsieur de la Chaumiere se desespera encerra-

do en la torre, y los muchachos están vigilando fuera: nadie nos escucha; puedes hablar sin temor, Juan Diego.

—Pues oid—dijo éste, acercando su silla y poniéndose en medio de los dos.

—Es una historia muy sencilla: los dos habréis conocido ú oído hablar de la famosa comediante Carlota Cabrero.

Representaba por los años de 1680 en el corral de la Pacheca: no tenía padres conocidos, y había estado sin apellido, llamándose simplemente Carlota la Rubia, hasta que se apoderó del apellido de su primer amante: de un viejo indiano, riquísimo, que se llamaba don Julián Cabrero.

En cuanto á los padres de Carlota, nada pudo averiguarse, á pesar de que lo tomó con grande empeño don Julián Cabrero; porque amaba tanto á Carlota, que si hubiera podido encontrarla unos padres honrados, se hubiera casado con ella.

Sólo se pudo saber, que una mañana muy temprano se la encontraron recién nacida en el cajón de los expósitos de la catedral de Toledo, Pedro Muñoz Canseca, autor de una compañía de cómicos de la legua, y su mujer Catalina Gómez, que aunque algo desenvuelta y envanecida por hermosa, era muy buena cristiana.

No habían tenido hijos: se compadecieron de aquella criatura abandonada, la recogieron, la prohijaron y la criaron.

A los cuatro años empezó á ganarse el pan la pobre Carlota, haciendo de angelito en las comedias.

A los ocho, bailaba que no había más que pedir.

A los quince, cantaba como un ruiseñor, representaba á la perfección, y tan dama de teatro se hizo, que la llamaron para que representase en Madrid.

Habla tenido muy mal ejemplo en su madre adoptiva y en la desenvoltura de los otros comediantes, no había conocido el pudor ni la vergüenza, y si se conservaba corporalmente pura, era porque, enamorada de sí misma, había desafiado á todos los que la galanteaban, porque ninguno de ellos había sido bastante rico para satisfacer su ansia de acabar de pasar trabajos por medio del oro.

Una tarde la vió representar, cantar y bailar el mejicano don Julián Cabrera, que había venido á Madrid por un pleito de mucha cuantía

que estaba en las Mil y Quinientas, y se enamoró de ella.

Preguntó al que tenía al lado, que le conoció el interés, y le descorazonó diciéndole que la Carlota era una virtud á machamartillo, y esto interesó más á don Julián, cuya vanidad se empeñó tanto ó más que su deseo; porque como era inmensamente rico, y con el dinero se conseguía todo, estaba acostumbrado á conseguir cuanto quería. Por una razón de interés consiguió también á Carlota; porque tanto la dió y tanto la ofreció, que ella y sus padres adoptivos echaron la honra por la ventana para que cupiese el indiano en la casa.

Y no fué esto solo: sino que don Julián la llevó, la paseó, la llevó en carroza al Prado de San Jerónimo y á los toros, y merendaba con ella públicamente, y sin que nadie los acompañase, en las huertas de Atocha, llevándola vestida como una reina y cubierta de alhajas.

Pero lo que no pudo conseguir, fué que Carlota abandonase el teatro.

La escena era para ella lo que el mar para los pescados, ó el aire para la sangre: no podía vivir sino representando.

Don Julián tuvo que tener paciencia, y esperó á que, cuando terminado su negocio se volviese á Méjico, Carlota le siguiese por el cebo del interés.

Ganó el pleito, no sé yo si por justicia ó por unto de su tierra, y cuando dijo á la Carlota que iba á irse, ésta le contestó tranquilamente:—Id con Dios.

Yo estaba delante, y vi el trastorno que causó esta respuesta en el indiano.

Se puso primero pálido, luego azul; por último verde.

Tenía celos, rabia: su soberbia se había revuelto.

Os diré por qué estaba yo delante, y á propósito de esto os diré algo de mí, que nunca os he dicho, porque me he hecho cuenta de que morí el día en que por el amor de mi pobre mujer me obligué á ser maestro de altas obras.

Fueron mis padres unos ricos é hidalgos labradores de Fuenlabrada.

No tuvieron más hijo que yo.

Ya sabéis que las familias acomodadas de los pueblos tienen á grande honor el contar entre sus parientes á un sacerdote.

Mis padres y mis parientes determinaron que yo lo fuese, y á los diez años me enviaron con

un dómine, que era un bribón hipócrita, á la universidad de Alcalá.

Lesmes Camueso, que así se llamaba mi ayo, empezó á pervertirme desde niño, acostumbrándome á engañar á mis padres, que me adoraban, para que me enviasen dinero, del cual se quedaba con la mayor parte.

En cambio, me hacía estudiar mucho para que mis padres estuviesen contentos con las certificaciones que de mi aplicación y de mis adelantos les daban los maestros.

No conocí á Lesmes Camueso más vicio que la sensualidad.

Comía mucho y bien, bebía mejor, y se desvivía por las mujeres; pero éstas habían de ser gitanas.

Todas las noches pasábamos algunas horas entre esta gente, oyendo sus cantares livianos, viendo sus bailes deshonestos, bebiendo, embriagándonos, sumergiéndonos en un repugnante lodo al que acabé por acostumbrarme, hasta el punto de hacerme una necesidad su mal olor.

Así crecí perdiendo mi alma.

De tiempo en tiempo hacíamos excursiones á Madrid, cuando la largueza de mi padre, que estaba muy contento de mí, nos permitía los gastos del viaje y de la permanencia.

Acababa yo de cumplir los diez y ocho años y estaba á punto de ser ordenado *in sacris*, cuando hicimos uno de estos viajes, convidados por un gitano chalán para las bodas de la hija de un compadre suyo que debían verificarse en Madrid.

El compadre del tío Matillas, que así se llamaba el gitano, era el tío Abejorro, pregonero de la Villa de Madrid.

Llegamos, y como era natural, en las bodas de la hija del pregonero el convidado más importante era el tío Culebra, maestro ejecutor jurado de la villa.

Nada de esto nos impidió á mi ayo y á mí el que asistiésemos á las bodas, en las cuales se comería y se bebería por largo, se cantarían mucho y bien, y se bailarían por alto.

La novia, que se llamaba la Avispa, era linda, y había otras muchas mujeres lindas también, pero que venían á ser las estrellas de un sol que resplandecía en la fiesta.

Este sol era una niña de diez y seis años, blanca, rubia, atractiva, de tal manera, que no se la podía ver sin que se encendiese la sangre.

Se llamaba Curra la Pajarita, y era hija única del verdugo.

¡Pobre Francisca mía!

Me enamoré de ella, cegué, lo olvidé todo.

Enamoróse ella perdidamente de mí, y en vez de ordenarme *in sacris*, me casé con la hija del verdugo.

Abandoné el altar para tomar posesión del patíbulo; porque el tío Culebra era ya viejo, y en cuanto me adiestró haciéndome ahorcar dos docenas de gatos y otras dos docenas de perros, y maniobrar algún tiempo sobre el muñeco de paja, pidió al ayuntamiento le dejasen retirarse, porque en ello no perdía nada la justicia, puesto que yo sabía ya azotar, atormentar, engarrotar, ahorcar y descuartizar.

Como aquí se ahorca tanto, no tardé en acostumbrarme; porque á todo se acostumbra el hombre.

Ahora bien: don Julián el indiano era muy aficionado al canto flamenco, y siempre andaba buscando las mejores "guillabaoras" para que la luz de sus ojos aprendiese el canto gitano, la soleá, las fatigas, y á sentir como sienten los gitanos cuando están solos.

Carlota por su parte se desvivía por aquellas fiestas, ó más bien, por aquellas bacanales, en que el indiano gastaba el oro á manos llenas, y á las que asistían muy buenos mozos y muy buenas hembras, que hacían lucir más á Carlota, porque era mejor hembra que ellas, excluyendo á mi Frasquita, que no iba á estos escándalos.

Carlota, que no se había enamorado de nadie, se enamoró de mí, y de tal manera, que perdió la prudencia, dió lugar á que el indiano se encelase, y como era tan soberbio, me esperase una noche con otros tres, con intención de matarme.

Yo no sé cómo sucedió; pero por la mañana se encontraron á don Julián con todas las tripas fuera; y como si esto no hubiera sido bastante, con una puñalada en el corazón.

Debieron hacer esto los que con él iban, por equivocación y á causa de lo obscuro de la noche; porque aun cuando yo tiré del cuchillo y me fui sobre los bultos á puñaladas, no me remuerde la conciencia el haber matado á don Julián, que era muy buen sujeto.

¡Dios le haya perdonado!

Se lo dije á Carlota para estuviese sobre aviso, y como ella vivía públicamente con el indiano, antes de que fuese la justicia y embargase

por el abintestado, hizo noche algunos grandes cofres en que había mucho dinero, muchas alhajas y mucha ropa y muy rica, y la justicia se contentó con embargar los muebles y con decirle á Carlota que se fuese de la casa, porque no siendo mujer del difunto no podía permanecer en ella.

Carlota se fué tranquilamente á casa de sus padres, y aquella tarde, que era día de fiesta, cantó, bailó y representó como si tal cosa en el corral de la Pacheca.

Entre tanto, el indiano estaba de cuerpo presente en la parroquia de San Sebastián.

Aquella tarde había ido al teatro el rey, que era muy joven, y aunque de constitución delicada, todavía no enfermo.

No sé yo si por insinuación del rey, ó porque los cortesanos que le acompañaban habían notado algo de complacencia en el monarca hacia Carlota, don Luis Portocarrero la envió con su mayordomo una rica sortija, y el mensaje de que había agradado mucho á su majestad lo bien que lo había hecho.

Carlota nada de esto me dijo hasta un año después.

La había ensoberbecido aquella distinción del rey, y me engañaba.

Un día fui á buscarla á su casa y no la encontré.

Sus padres me dijeron:

—Señor Manzámpulas, podéis hacer lo que queráis con nosotros; pero no sabemos dónde está Carlota; cuando mi mujer ha ido esta mañana á llevarla el vaso de leche que acostumbra tomar, se encontró la jaula sin pájaro; puede ser que vuelva; pero yo no la espero, porque cuando ella ha hecho esto, no piensa en volver; ella no tenía por qué ocultarse, porque nosotros se lo consentíamos todo; si se esconde es por vos.

En efecto, pasó el tiempo; ni Carlota volvió, ni se supo de ella.

Yo me alegré; tenía remordimiento de hacer traición á mi Francisca, á quien adoraba.

Pasó un año, y ya me había yo olvidado de Carlota, cuando un joven, padre de misa de los capuchinos de la Paciencia, llamó de noche á mi puerta y me dijo:

—Juan Diego: un moribundo os llama desesperado, y me envía á mí, á un sacerdote, para que os mueva en caridad á que acudáis; no os detengáis, hermano, que el moribundo se va por la posta.

Me puse la capa y el sombrero, bajé, seguí al fraile, á quien acompañaba con una luz un lego, y el fraile me llevó á una gran casa en la calle Real de la Almudena.

Este fraile era fray José de Tordehumos, guardián hoy del convento de capuchinos de la Paciencia.

Cuando se abrió la puerta y vi criados con librea y portero, y aparato de gran casa, me maravillé.

¿Para qué la persona que allí moría necesitaba al verdugo?

Atravesando hermosas cámaras, siempre guiado por el padre Tordehumos, llegué á un magnífico dormitorio.

En él, en un ostentoso lecho, había una mujer, á quien por el momento no reconocí: tan desfigurada estaba; fué necesario que me hablase para que yo reconociese en ella á Carlota.

Nos habían dejado solos.

—Has hecho bien—me dijo—en no traer ni el sombrero ni la capa de tu oficio; del padre Tordehumos no hay que tener cuidado, porque es todo del cardenal Portocarrero; bueno es evitar que las gentes se escandalicen.

—¿Pero qué es esto?—dije.

—Esto es que ayer he dado á luz una niña, y los médicos dicen que estoy en peligro de muerte: yo no hago caso de los médicos, porque son unos bestias; que cuando una enfermedad es grave y no la entienden, recetan el Santo Oleo; yo no me siento tan mal; pero por lo que pueda suceder, quiero arreglar mis asuntos; el único asunto que tengo es mi hija; siéntate, hombre, y escúchame; te he jugado una mala pasada; pero qué quieres: cuando un rey se enamora de una mujer... vamos, no te incomodes; pero la ambición es la cosa más natural del mundo, y nada tiene de extraño que una mujer lo dije todo por un rey; yo no sabía lo que era esto, y me he arrepentido tarde; pero ya no tenía remedio: te había hecho una mala acción, y te tenía miedo: me escondí, y aguanté á mi rey soso: ¡qué rey, Señor, qué rey! ¡más tímido que una doncella, hablándome siempre del infierno, de que íbamos á condenarnos, de que yo era su demonio! ¡Dios mío, si yo hubiera estado segura de que tú no me matabas de una paliza, le envió al diablo, mi querido Juan Diego! Y luego ¿qué ventaja he encontrado yo con ser la querida de un rey? Buena casa, buena mesa, criados, gente que me adula, algunas alhajillas

de mala muerte; pero dinero, hijo mío, dinero... por las nubes; es un rey tonto, al que le comen lo que tiene los que le rodean; ¡cuánto mejor estaba yo contigo! al menos estaba á gusto y me divertía.

—Pero no te fatigues, Carlota—la dije—; eso puede serte funesto.

—No, hijo mío, no—me contestó—; yo no me muero; y sin embargo, me moriré.

—Ya lo creo, no somos eternos.

—No; me moriré ahora sin morirme.

—Pues no te entiendo.

—Vas á entenderme: lo he arreglado todo con Portocarrero; ni Dios pasó de la cruz, le he dicho, ni yo paso de aquí; estoy cansada, cargada, estomagada con su majestad; si continuo oyéndole y viéndole, me muero; ya que á su majestad le han dicho que estoy de mucho peligro, que le digan que he muerto, y que rece mucho por mi alma, ya que no ha nacido para otra cosa que para rezar; y cuenta que si no se hace así, en cuanto me levante del lecho me escapo y me pierdo, y el rey ha de sentir mucho más el que yo le deje, que el que me muera; en fin, he hablado tan resueltamente á Portocarrero, que se ha convenido en decirle que he muerto.

—¿Y para qué me llamas?—la dije—: ¿crees que después de lo que has hecho, he de volver yo á las andadas?

—Vaya si volverás—me dijo—: no tienes razón para incomodarte; lo que yo he hecho es lo más natural del mundo: á cualquiera mujer á quien le dieran á elegir entre un rey y un verdugo, haría lo que yo he hecho; pero no todas dejarían al rey para volver al verdugo; además, que yo no te he llamado para esto, sino para un asunto mucho más importante: siéntate.

Yo me senté.

—Tengo una hija—me dijo Carlota—, que ha nacido ayer; la naturaleza tiene cosas muy raras; amais con toda vuestra alma á un buen mozo, y ni Dios ni el diablo os dan hijos; os vendéis esclavas á un señor enteco, á quien no amais ni podéis amar, y allá va eso; vamos, es para desesperarse.

—Y el rey—la dije yo—, ¿ha reconocido á sa niña?

—Sí—me respondió—; mete la mano debajo de la almohada y encontrarás unos papeles con muchos sellos y muchas firmas: es el reconocimiento del rey á mi hija, que me han entregado para que esté tranquila, para que muera á gus-

to, porque creen que me muero: la niña está señalada: tiene tres círculos marcados en la espalda, y así lo dice en esos papeles; dicen también esos papeles que tiene los ojos y el pelo negros, porque ha nacido con pelo, y que es blanca; ha salido á mí: dicen también esos papeles que se llama doña Esperanza de Austria, porque el rey, que es muy devoto de Nuestra Señora de la Esperanza, ha querido que se llame así.

—Es decir, ¿que han bautizado á la niña?—la dije yo.

—Sí; la bautizó anoche delante del rey y de mí, siendo padrino un camarero del rey, el cardenal Portocarrero: se la llevaron, pero yo sé dónde ha ido á parar: está en Alcobendas, casa del médico: ¿no adivinas lo que quiero, Juan Diego?

—No lo sé, mujer.

—Pues quiero que robes á la niña, porque yo creo que se la han llevado para que yo no la vuelva á ver; y es mi hija y la quiero: ¿lo entiendes? Pues naturalmente, ¿qué madre no quiere á sus hijos? Sé también, aun cuando sepan que me muero, que me quitarán esos papeles; por eso quiero que te los llesves y los guardes.

Metí la mano bajo la almohada, encontré los papeles y me los guardé en el bolsillo.

—Ahora vete—me dijo—: han consentido en que vengas, en que te quedes á solas conmigo, porque á los moribundos se les da gusto. Nadie quería ir, pero el padre José de Tordehumes, mi confesor, ha ido en caridad, porque los sacerdotes pueden tocarlo todo sin mancharse.

—Menos la sangre—dije yo.

—Pero tú no eres sangre: la viertes cuando te lo mandan, pero no es lo mismo: vete ya: antes de tres días salgo de esta casa; le dicen al rey que me he muerto, cambio de nombre, me escondo y te aviso; quiero que para entonces mi hija no esté ya en casa del médico de Alcobendas.

Salí, y al día siguiente busqué algunos buenos muchachos, les di dinero y les encargué que robasen la niña: fuera del pueblo debía quedarse un ama de cría que iría con ellos: eran tres: uno se disfrazó de fraile de misa y los otros dos de legos, y el de misa, fingiendo que padecía de continuos retortijones de estómago, y aleccionado por un médico amigo nuestro, se fué al pueblo y también engañó al médico, haciéndole creer que había ido á buscarle para que le curase por la fama de su ciencia, que envanecido el

mata sanos, no permitió que el bendito padre ni sus dos legos parasen en otra parte que en su casa: ya supondréis que aquella noche, en cuanto todos estuvieron durmiendo, se levantaron el fingido de misa y los no ordenados, trincaron al médico, le taparon la boca, así como á su mujer, hicieron lo propio con los mozos y con el ama de cría: aliviaron al médico y á su mujer de guardar su dinero y sus alhajas, y se trajeron pacíficamente la niña á Madrid, que con su nueva ama, fué á vivir con unos conocimientos míos en una casa de la Morería: la niña tenía todavía sobre la espalda las listas que se le habían puesto sobre las tres señales que se la habían hecho con un instrumento cortante.

Cuatro días después, una vieja vino á decirme que un grande amigo mío, con quien yo había hablado hacia cuatro noches, me esperaba en una casa de la calle del Soldado, y me esperaba al momento.

Este recado que venía embozado, por no causarme un disgusto con mi mujer; pero tenía tan mala facha la vieja, que aunque mi Francisca nada me dijo, en cuanto salí se plantó el rebolillo y me siguió sin que yo la sintiese.

Encontré á Carlota levantada y en tan buen estado de salud como si nada hubiera pasado por ella.

—Ya estoy libre—me dijo—: me han contado que el rey nuestro señor ha derramado por mí cinco lágrimas, y la sexta se ha quedado á medio salir; que ha mandado que digan por mi alma cien misas, y que se ha quedado todo tranquilo: el cardenal Portocarrero no quería que yo me muriese, porque yo entretenía mucho al rey, tenía sobre él mucho dominio, y le ayudaba en lo que quería, por supuesto, por su dinero; pero yo dije al cardenal que me aburría de estar encerrada sin ser monja; que yo no podía ya sufrir al rey; que perdonaba todo lo que pudiesen darme; y que si no me ponían en libertad, y por el contrario me guardaban de manera que no pudiese escaparme, hablaría mal de ellos al rey.

Esto bastó para que el cardenal consintiese en engañar á su majestad, y aquí estoy: he determinado llamarme Magdalena Sánchez; yo conozco un matrimonio muy viejo y muy pobre que me reconocerá por hija, con que se le de algún dinero: ahora es menester que tú busques alguien que se haga cargo de la niña, y que la críe, porque yo no quiero que sepa que soy su madre y me pregunte un día por su padre; ya

se lo diremos cuando sea mujer, si conviene decirselo.

Yo me acordé entonces de un canónigo de la catedral de Sigüenza á quien había hecho un favor, del cual estaba muy agradecido: el favor consistía en haberle ahorcado bien, haciéndole penar lo menos posible, á un ladrón que había salvado á una hermana del dicho canónigo.

Vino á buscarme para esto de Sigüenza á Madrid, cuando supo que el ladrón estaba en capilla: yo conocía que aquel buen señor estaba muy caritativo, y dije para mí: ya tengo padre para la niña.

Y pedí licencia al ayuntamiento y junta de señores alcaldes; me fuí con el ama y la cría; pregunté dónde vivía el canónigo, y por la noche cogí la niña, llamé, me abrieron; hablé con aquel buen sacerdote: le dije que era mi hija la niña que no quería que se cubriese con la infamia de ser mi hija: que se hiciese cuenta de que la habían dejado á la puerta de su casa, y la criase por caridad.

El canónigo se prestó á esto con toda su alma: yo le dije que la niña se llamaba Ursula.

Pasé la noche casa del canónigo, salí de ella por la mañana, recogí de la posada el ama, y me vine á Madrid.

¿Sabéis lo que encontré cuando llegué á mi casa? Mi Francisca estaba presa.

Me había visto entrar y salir casa de Carlota; se había enterado dando dinero á las vecinas, y aprovechando mi ausencia, loca de celos, cogió uno de mis puñales, se fué casa de Carlota, la hirió levemente, y mató á la criada, que quiso defender á su señora: vamos, no me gusta recordar lo pasado, porque es horrible. Seis meses después, el maestro de altas obras de la ciudad de Toledo engarrotó á mi mujer, porque la sala de señores alcaldes conoció que era una impiedad el que yo la matase.

Carlota se había ido á Sigüenza para estar cerca de su hija, y todos los años se venía á Madrid dos ó tres meses, para estar cerca de mí: he sido un infame: cuando se ha cometido la primera infamia, no es difícil recoger la segunda.

Carlota, es cierto, no había tenido la culpa de que mi pobre mujer, siempre celosa, la hiriese y matase á su criada.

Pero al fin, había sido la causa de ello, y yo debí separarme de Carlota para siempre jamás.

Pero me amaba, me arrastraba; y por último,

á los muertos se les llora mucho, y luego menos, y después nada.

Los hombres valemos muy poco.

Carlota, bajo el nombre de Magdalena, se avecindó en Sigüenza, pasando por viuda de un mercader.

Entabló relaciones con la familia del canónigo, y vió crecer á su hija, sin que ésta ni nadie supiesen que era su madre.

Hace ocho años murió el canónigo, y en su última hora tuvo la debilidad de revelar á Ursula su origen, según él lo creía: esto es, que era mi hija.

Ursula, agobiada por esta noticia, se vino á Madrid y me buscó.

Carlota se vino también, y Ursula vivió con ella hasta que murió su padre el rey don Carlos II.

Empezó entonces la guerra de sucesión, y yo dije á Carlota:

—Tan hermosa es tu hija, que ya sabes hasta qué punto la persiguen y la solicitan los principales señores de la corte: gracias á que ella es pura, honrada y altiva, y no nos ha dado un disgusto: porque pensar que desconociendo su origen ha de casarse con ella ninguno de esos grandes señores, por enamorado que esté, es pensar en un disparate: fácil sería casarla revelando su origen y valiéndonos para probarlo de los documentos indudables que tenemos; pero para la hija reconocida de un rey, es poca cosa un grande de España. El archiduque aún es soltero, y podría ser, si se ponen bien los medios, que Ursula case con el archiduque y llegue á ser reina de España. Pero para eso es menester que el archiduque venza, lo que no es seguro, porque el duque de Anjou tiene en su favor todo el poder de su abuelo Luis XIV. Debemos ayudar al archiduque, haciéndonos ciegos partidarios suyos, conspirando por él; yo respondo de toda la canalla y de toda la gente dura de Madrid, y nuestra hija puede ayudarnos grandemente con su hermsura y con su talento; es necesario que sin revelarla su origen la intereseamos por el archiduque, haciéndola comprender la justicia de la corona de España en un príncipe de la casa de Austria. ¿Y qué puede hacer Ursula? ¿No están locos por ella una multitud de grandes señores? Puede entretenerlos, fascinarlos, seducirlos, ponerlos de parte del archiduque; ser el medio por el cual podamos entendernos de una manera secreta y segura; pero para esto es ne-

cesario que viva sola, que represente un papel por ejemplo, un papel de beata metida en todas las hermandades piadosas, de cada una de las cuales es hermano mayor un grande de España, ó por lo menos un título de Castilla.

—Es exponer á nuestra hija—me contestó Carlota.

—Tiene ya treinta y cuatro años—respondí—: está bien educada, y es además buena, altiva y de mucho genio. Se prestará á ello, porque por instinto la gustan las cosas grandes. La nobleza española ve con sobrecejo en el trono á un príncipe francés, sometida España á las miras y á la influencia de Luis XIV; una conspiración bien urdida producirá muy buenos resultados, y Ursula puede ser y lo será uno de los principales agentes de esta conspiración.

Se hizo como yo lo había pensado: Ursula, con su hábito y sus tocas de beata, se fué á vivir sola á una habitación de una casa de vecindad.

Sin embargo, ni su madre ni yo la hemos perdido ve vista durante cuatro años, ni hemos dejado de hacer que sea espiada, para acudir al remedio en caso de necesidad.

Ursula ha sabido convertir en conspiradores á sus enamorados, y ha sido el centro por donde han pasado correspondencias importantísimas, avisos, instrucciones, hasta el punto de que sólo una casualidad imprevista, la traición de uno de nuestros agentes, que es otra hermosa mujer, tu protegida, Lucas Cabezudo, ha podido impedirnos apoderarnos hoy de Felipe V y de María Luisa Gabriela de Saboya, con lo cual habría terminado la guerra de sucesión.

—Sí—dijo Bizarro—; si no hubiese intereses contrarios bravamente defendidos.

—Prescindamos de eso—dijo el tío Manzámulas—, porque ninguno de los tres podemos ser enemigos: estamos demasiado ligados los unos á los otros, y es lástima, Bizarro, que tú te hayas decidido por Felipe V, cuando Cabezudo y yo nos hemos decidido por Carlos III.

—¿Se pueden acaso hoy reunir tres españoles—dijo Bizarro—sin que cada uno de ellos pertenezca en cuerpo y alma á un partido distinto?

—Nos has guardado el secreto.

—No; vosotros sois los que me le habéis guardado á mí; sabéis que yo pertenecía y pertenezco en cuerpo y alma á la princesa de los Ursinos, que es de hecho la reina, por la influencia que tiene sobre Felipe V.

—Por lo mismo nada te hemos dicho—dijo el

tío Manzámpulas—: si hubiéramos triunfado, hubiéramos sido generosos contigo, como tú lo serás con nosotros hoy, que por el momento nos vemos vencidos.

—Indudablemente—dijo Bizarro—; pero no es exacto que tú y Cabezudo hayáis sido leales el uno respecto al otro: los dos os habéis reservado el secreto del origen de las dos damas á quienes servís.

—Hemos venido al fin de la cuestión—dijo Lucas Cabezudo—: los tres estamos aquí consagrados cada cual á una mujer, en la situación más extraña en que pueden encontrarse tres hombres: las tres se llaman Esperanzas; las tres son hijas del misterio; una de ellas pasa ante Felipe V, por las intrigas de la princesa de los Ursinos, por hija natural reconocida de Carlos II; la otra, la mía, que no sabe de quién es hija, pasa también por hija natural de Carlos II, á los ojos de Carlos III, y entre ellos se han cruzado cartas serias, proyectos de matrimonio; por último, la que es verdaderamente hija natural del rey Carlos II, lo ignora, y lo ignoran también Felipe V, la princesa de los Ursinos y Carlos III; estas tres mujeres, sin conocerse, se unen en un mismo hombre, en monsieur de la Chaumiere; la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, sin amarle, tiene comprometida su honra por él: mi doña Esperanza le ama, y dolorosamente desengañada, le huye; y cuando tú estás aquí, Juan Diego, es porque tu Ursula le ama también.

—De modo que—dijo el tío Manzámpulas— es necesario cortar este nudo.

—Espero—dijo Bizarro—que no me obligaréis á que sea vuestro enemigo.

—¿Y por qué has de ser enemigo nuestro, Bizarro?—dijo el tío Manzámpulas.

—Yo amo como si fuera mi hija á mi María de la Azucena, que para mí no se llama de otro modo la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y no he de consentir que su honra quede en lenguas: en la corte se cree, aunque es completamente falso, que ha sido amante de monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere, y es necesario que sea su esposa.

—Yo amo más que á mi alma á doña Esperanza—dijo Lucas Cabezudo—; la he criado, y no consentiré en que monsieur de la Chaumiere la destroce el corazón casándose con otra.

—¿Y creéis que yo no amo á Ursula?—dijo el verdugo—; ¿creéis que yo puedo tolerar que Ur-

sula vea esposo de otra al hombre á quien ama?

—¿Y qué hacemos?—dijo Lucas Cabezudo—: los tres tenemos razón.

—Lo que hay que hacer es obedecerme como se me ha obedecido siempre; comprender que por una tenacidad inútil podemos llegar á funestos extremos, y demostrar en esta prueba que somos amigos.

—No encuentro la solución de este conflicto—dijo el tío Manzámpulas—, á no ser que pudiéramos hacer de ese hombre tres hombres.

—Hay otro medio—dijo Bizarro—: dejarlas á las tres iguales; no podemos satisfacer el amor de las tres; pues bien, dejémoslas con un mismo dolor; afortunadamente monsieur de la Chaumiere no ha sido el amante de hecho de ninguna: quitemos de en medio á monsieur de la Chaumiere, y hemos concluido; al amor muerto se le llora, pero luego se le olvida.

—Convenido—dijo el tío Manzámpulas—: tratemos á monsieur de la Chaumiere.

—Después que se haya casado con la única de esas tres mujeres cuya honra ha comprometido—dijo Bizarro.

—Oid—dijo el tío Manzámpulas—: se me ocurre un medio para que se curen de su amor nuestras hijas á causa del desprecio: reunámoslas á las tres, y pongamos en medio á monsieur de la Chaumiere.

—Siempre después de casado con Azucena.

—Convenido—dijo Lucas Cabezudo—; pero con la condición de que muera monsieur de la Chaumiere.

—Convenido—dijeron el tío Manzámpulas y Bizarro.

—¿Ha visto monsieur de la Chaumiere á doña Esperanza?—dijo el tío Manzámpulas.

—No—contestaron Bizarro y Lucas Cabezudo.

—Pues que no la vea—dijo el tío Manzámpulas—; que se vuelva con Bizarro á Madrid; que se case, y después convendremos en los medios para remediar el daño que ha hecho á nuestras hijas ese miserable: tú, Lucas, llévate á Madrid á doña Esperanza: yo procuraré que Ursula no haga ningún disparate: en cuanto á ti, Bizarro, llévate á monsieur de la Chaumiere, y apresúrate á casarle con la marquesa, para que podamos concluir nuestro negocio; porque los aliados marchan sobre Madrid, Felipe V no tiene fuerzas para resistirles, y sabe Dios dónde estaremos

cada uno de nosotros dentro de ocho días. Adiós, y avisadme con lo que haya.

Tras estas palabras y después de haber estrechado las manos de sus dos compadres, el verdugo salió, desató su caballo, abrió la puerta, montó y se puso en marcha.

—Es verdaderamente terrible la situación en que nos encontramos, Bizarro—dijo Lucas Cabezudo—; parece que esto lo ha enredado el diablo; ¿amas tú á esa niña como amo yo á doña Esperanza?

—Tú amas como un demonio; tú amas hasta el punto de sacrificarte porque sea feliz doña Esperanza; tú estás enamorado de ella como Juan Diego esta enamorado de la otra; los dos os engañais cuando creéis que podéis verlas sin cometer una atrocidad en los brazos de otro nombre: por eso os habéis prestado dócilmente á mi proyecto de que se le mate.

—Proyecto que tú no has concebido sino porque estás también enamorado de Azucena.

—¡Yol ¡Enamorado de ella! No, yo la amo como si fuera mi hija, con un amor puro, inmenso, infinito: ¿por quién me he unido yo á vosotros? ¿Por quién he partido con vosotros el robo y la sangre? ¿Por quién soy yo un bandido invisible, un bandido en quien nadie sospecha el crimen? Por ella; porque para su porvenir no podía yo contar con su madre: su madre ¡que es ahora su enemiga! ¡su madre, que vió en ella un instrumento que está arrepentida de haberla elevado! ¡que la aborrece!

—¿Y por qué aborrece la princesa de los Ursinos á su hija?

—¿Crees tú que si yo amara á Azucena como tú amas á doña Esperanza no me pasaría yo al partido del archiduque?

—¡Ahl ¡El rey ama á Azucena y Azucena ama al rey!

—Sí, Cabezudo, sí.

—Y por eso la princesa aborrece á su hija.

—Sí; y por eso la ha comprometido; por eso ha determinado esta situación, que nos obliga á matar á un hombre: de todos modos, aunque no hubieran sobrevenido estas complicaciones, yo mataría á monsieur de la Chaumiere: Azucena es un ángel; se sacrifica á su madre y á su honra; sería muy desgraciada si viviera unida á monsieur de la Chaumiere, y sin embargo, se obstina en casarse con él: tiene la seguridad de que apenas se case será separada de la corte por la influencia de su madre, y ella lo desea, porque

esto la apartará del rey, á quien la arrastra su corazón: Felipe V ha cegado ante la hermosura de Azucena, y Azucena se ha deslumbrado con el resplandor de la majestad: ella nada me ha dicho, pero yo le he adivinado todo; puede ser que esta sea una fascinación que pase: Dios lo quiera; quedará joven, viuda, hermosa, pura y en posición de ser feliz si un día encuentra un hombre digno de ella. Concluyamos, Lucas: es ya tarde: quédate aquí con doña Esperanza; yo voy á llevarme á Madrid á monsieur de la Chaumiere; que saquen los caballos afuera. Adiós, y ya te avisaré.

Bizarro saltó, atravesó un corredor oscuro, llegó á una puerta, la abrió con llave, y entró en una habitación alumbrada por otra vela de sebo, en la que no había más muebles que dos sillas y una mesa, y en la cual se paseaba impaciente y contrariado monsieur de la Chaumiere.

—¿Hemos concluido ya?—dijo.

—Sí—contestó Bizarro—; he encontrado por vuestro medio á esa doña Esperanza de Ayala, he hecho lo que he debido hacer: os doy las gracias, y podemos volvernos á Madrid.

—¿Y qué ha sido de doña Esperanza?

—Creo que lo que más os importa, monsieur de la Chaumiere, es la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, de la que seréis esposo antes de tres días.

—Indudablemente, Bizarro; la adoro, estoy loco por ella; pero desearía saber si habíamos salido de complicaciones.

—Doña Esperanza de Ayala marcha para no detenerse sino muy lejos de aquí: va á buscar al archiduque.

—En buen hora—dijo tranquilamente monsieur de la Chaumiere.

—No la ama—dijo para sí Bizarro; y luego añadió alto—. La beata Ursula partirá también; creo que se casa.

—¡Cómo!—exclamó palideciendo monsieur de la Chaumiere: ¿conocéis vos á Ursula Quiñone? ¿decís que se casa?

—Morirás—pensó Bizarro— y luego añadió alto—; y qué os importa á vos que esa muchacha se case ó no?

—Quiero ser franco con vos—dijo monsieur de la Chaumiere, que había logrado dominarse—; yo no amo á esa Ursula, pero es un empeño mío, una de esas mujeres que nos irritan, porque por cálculo, sin duda, se nos hacen difíciles.

—Empeño que, sin embargo, habrá pasado,

cuando os habéis enamorado de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Indudablemente, Bizarro, indudablemente: ¿pero cómo sabéis vos que yo tenía contraído un empeño por Ursula?

—Yo lo sé todo, amigo mío, cuando me conviene saberlo.

—¿Y quién es Ursula? yo no he podido averiguarlo.

—Mucho preguntáis por ella para que no os interese.

—Curiosidad, Bizarro, curiosidad.

—¿No os ha dicho ella quién es?

—Sí, me ha dicho que es sobrina de un canónigo de la catedral de Sigüenza; pero yo no lo he creído: he adivinado por instinto un misterio en el origen de Ursula.

—Y no os habéis engañado; en su origen hay un misterio, y un misterio terrible: un misterio que cuando Dios le aclare, os hará avergonzados de haberos empeñado por ella: es hija de un terrible personaje, que por librarla de las consecuencias de su nacimiento, la ha apartado de sí: si como es posible, la veis, porque ella os busque, preguntadla si conoce á Juan Diego, sobrenombrado Manzampulas: sois perspicaz; observad su semblante cuando le hagáis esa pregunta.

—¿Y quién es ese Juan Diego?

—Su padre.

—Y bien, ¿qué es en el mundo su padre?

—Ya os lo he dicho: un personaje terrible.

—Eso nada explica: se puede ser terrible de muchos modos.

—Por ejemplo, azotando, ahorcando, descuartizando.

—¡Ah! es hija de un verdugo!—exclamó monsieur de la Chaumiere.

Y pasó por sus ojos y por su semblante una expresión de agonía.

—Sí, del maestro ejecutor jurado de altas obras de la villa y corte de Madrid—dijo Bizarro—; supongo que después de saber esto, os pesará, no sólo haberos empeñado por esa mujer, sino aun de habérla conocido; pero marchemos, monsieur de la Chaumiere, marchemos: estoy haciendo falta en Madrid.

Bizarro salió.

Le siguió monsieur de la Chaumiere.

Fuera de la casa encontraron los caballos que tenían del diestro dos hombres, á quienes no podía reconocerse á causa de la oscuridad.

Montaron, atravesaron los paredones de Maudes, llegaron al camino, y se arrojaron al galope hacia Madrid.

CAPITULO V

EN QUE SE VE QUE ÚRSULA TENÍA TAL INFLUENCIA SOBRE POMMEFERRE, QUE LE OBLIGABA Á ARROSTRAR SIN MIEDO UNA PALIZA DE SU AMO

Antolín Pommeferre, después de haberse separado de Ursula, no atreviéndose á penetrar en el centro de Madrid por miedo de ser encontrado por su amo ó por alguno de sus compañeros de la servidumbre, se había escondido en una posada al principio de la calle de Fuencarral.

Estaba tan enamorado de Ursula, que se le hacían los minutos años, las horas siglos: ansiaba que llegase el día siguiente para acudir á la casa número 7 de la calle del Arco de Santa María, donde esperaba volver á ver á Ursula.

Le importaba muy poco que Ursula fuese hija ó no lo fuese de un verdugo: se sentía capaz por ella de ahorcar á la humanidad entera.

Lo que no podía sufrir era la incertidumbre.

La expectativa del momento en que hubiese de ser suya Ursula, le atormentaba de una manera insoportable.

No comió, ni bebió, ni durmió.

Pasó al fin el tiempo, y llegaron las diez de la mañana del día siguiente, hora en que creyó podía ir sin oportunidad á casa de doña Magdalena.

Estiróse y arreglóse el traje lo que pudo, pagó únicamente la estancia, porque no había hecho gasto alguno, y en cinco minutos, tan deprisa le hacía andar la impaciencia, llegó á casa de doña Magdalena.

Llamó, se asomó á un ventanillo de la puerta una criada, y Pommeferre le dijo:

—Decid á vuestra señora que aquí está, para lo que guste mandarle, su criado Antolín Pommeferre.

La criada estaba sin duda prevenida, porque abrió la puerta é introdujo á Antolín en una alegre salita brillantemente amueblada.

Nadie había en la sala.

Poco después de haber entrado en ella Pommeferre, se abrió una puerta vidriera, y adelantó una mujer, que á pesar de sus cincuenta años, parecía aún hermosa, vestida como hubiera convenido á una dama, y con muy buenas maneras, lo que no desconoció Antolín.

Era Carlota, la madre ignorada de Ursula, la amante del verdugo.

—Sentaos—dijo con afabilidad á Pommeferre, señalándole un canapé de caoba con forro de damasco amarillo—: sentaos y dejad el sombrero, porque estimándoos tanto como os estima Ursula, y siendo yo tan su amiga, estáis en vuestra casa.

Antolín dejó el sombrero sobre un sillón.

—¿Conque decís—contestó turbado—que la señora Ursula me estima?

—He dicho poco—contestó Carlota—: Ursula os ama: ¿cómo os habéis compuesto para que os ame en tan poco tiempo, ella, á quien nunca se le han conocido amores?

—Yo tampoco he querido hasta ahora á ninguna mujer—dijo Pommeferre—, y creía que el amor era una de las más grandes tonterías en que puede dar un hombre; pero si eso es cierto, yo soy el mayor tonto del mundo, porque no deseo otra cosa que la señora Ursula, ni en otra cosa pienso, ni nada vea ni oigo más que á ella.

—Me alegro: vais á ser muy felices, porque ella os ama del mismo modo.

—¿Y dónde está, señora, que no viene á darme el contento de que yo la vea y la oiga?

—Ha ido á sus devociones de obligación y de costumbre, porque Ursula es muy buena cristiana, un tesoro: habéis tenido suerte en encontrarla, y en que ella se enamore de vos como vos os habéis enamorado de ella: no tardará en venir: ¡ah! ya está ahí.

En efecto: había sonado un campanillazo, se había abierto la puerta, y poco tiempo después entró Ursula con su hábito y sus tocas y su manto de beata.

Antolín Pommeferre se puso pálido de emoción.

Ursula le sonrió de una manera encantadora.

—No me había engañado—le dijo—, y he acabado hoy más pronto que otros días mis devociones y mis obligaciones piadosas: estaba segura de que vendrías, y no quería haceros esperar: te doy gracias, Magdalena, por haberle recibido en mi ausencia.

—¿Y cómo no—dijo Carlota—, siendo una persona por quien tú tanto te interesas?

—Me parece que estoy soñando—dijo Pommeferre—: yo creía que no iba y volver á veros.

—¡Oh! Habéis hecho mal en desconfiar, muy mal: os voy á dar una prueba de lo que os quiero.

—¿Y qué prueba es ésa, señora?

—Voy á escribir una carta.

—¿Para mí?

—Sería inútil, puesto que os estoy hablando: ¿no sois vos soldado, señor Antolín Pommeferre?

—Sí, señora: mosquetero negro de su majestad el rey Luis XIV, destinado junto á mi capitán monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—Y como soldado, necesitáis licencia para casaros.

Se puso pálido hasta la lividez Pommeferre.

—Sí, señora, es verdad—dijo—; pero quien debe darme la licencia es mi capitán, y mi capitán...

—Es monsieur de la Chaumiere.

—Cabalmente; y monsieur de la Chaumiere os ama, señora.

—Por lo mismo me complacerá.

—Mi capitán me romperá la cabeza.

—No, vuestro capitán creará, porque no puede menos de creerlo, al ver que yo le escribo acerca de este asunto, que mi casamiento con vos no es otra cosa que un medio para encubrir mis amores con él.

—¿Y es eso verdad, señora?—dijo Pommeferre sofocado.

—No seáis imbécil, amigo mío: para eso me hubiera casado con mi maestro de gramática, Marcos Calderón; pero, dejadme, dejadme escribir.

Ursula, que se había quitado el manto, fué á una papelera, la abrió, se sentó delante de ella, y se puso á escribir.

Entre tanto, guardaban silencio Carlota y Pommeferre.

Este estaba realmente preocupado. Un color se le iba, otro se le venía, y sudaba.

Carlota se mostraba completamente impasible.

Ursula tardó cinco minutos en escribir la carta.

—Oid—dijo á Pommeferre—lo que digo á vuestro capitán.

—Os escucho—dijo Pommeferre con voz apenas inteligible.

Ursula leyó lo siguiente:

“Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere:

Estoy tan segura de lo que me estimais, que me atrevo á pedir os un favor, sin temor de que

me lo negueis. Os vais á asombrar cuando os diga que al fin me he enamorado, y que solamente en vos consiste se satisfagan honestamente mis amores. Os ruego deis la licencia que necesita para casarse conmigo al mosquetero negro del rey de Francia, Antolín Pommeferre. Me apresuro á daros las gracias por ese favor que cuento de vos como recibido.—Vuestra humilde y afectuosa servidora, Ursula Quiñones."

—¿Y he de llevar yo esa carta á mi amo?—dijo Pommeferre.

—Indudablemente, á no ser que renunciéis á casaros conmigo.

—Podríamos casarnos sin ese requisito.

—Es que yo no me caso sino con todos los requisitos necesarios.

Y Ursula cerraba aquella especie de carta de "Urtas."

—Pero mi amo me va á rajarse de alto á bajo, señora: en primer lugar, ayer fui torpe y se me escapó una dama que debía seguir; mi amo no perdona las torpezas; en segundo lugar, vos me habéis dicho que mi amo está enamorado de vos, y no sabéis lo que mi amo será capaz de hacer cuando sepa que yo me atrevo á casarme con una mujer á quien él ama: tened compasión de mí, señora, y no os expongáis á no poder casaros conmigo, porque mi amo me haya enviado al otro barrio.

—Vuestro amo no se atreverá á haceros el menor mal, sabiendo que yo os amo—dijo Ursula, mientras ponía el sobrescrito á la carta.

—¡Ah, señora!—dijo Pommeferre:—¿cómo se conoce que vos no conocéis á monsieur de la Chaumière!

—Tomad—dijo Ursula dándole la carta—, y no más pretextos: si no queréis llevarla, idos y no volváis á acordaros ni aun de mi nombre; si no me traéis al momento la contestación, no volváis tampoco; yo quiero que se me obedezca, aunque para obedecerme se corra un gran peligro.

—Iré, aunque me mate mi amo; y si no vuelvo, será porque no pueda volver—dijo Pommeferre tomando la carta.

—Pues id, id y volved cuanto antes—dijo Ursula.

—Adiós, señora, y mientras vuelvo que me parece difícil, rogad por mí á Dios.

Y Antolín salió.

—Vendrá, Magdalena, vendrá—dijo Ursu-

la—; vendrá desesperado; tú no sabes cuánto me ama: será capaz de arrostrar por todo.

—Pero ¿por qué amas tú tanto á ese hombre, hija mía, si es un miserable?—dijo Carlota.

—El amor es una locura que no deja lugar ni á una vislumbre de razón: yo no sé lo que ese hombre me ha dado, te lo aseguro; y si no he sido suya, ha sido por temor de que me abandonase; pero si se atreve á casarse conmigo, cuando yo le diga de quién soy hija, entonces no me abandonará.

—Pero no sabes tú de quién eres hija.

—¡Hija de un rey!...—dijo Ursula—: una mentira de que se ha valido mi padre para apartarme de estos amores: por el momento lo creí, pero después he meditado mucho; he pasado la noche en vela, y he acabado por comprender que es increíble que la hija de un rey hubiera ido á parar á las manos de un verdugo; y luego, ¿quién era mi madre? ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿Por qué me ha asegurado que vos tampoco me lo diréis? ¡Ah! ya lo creo, porque mi madre era la mujer del verdugo.

—Ursula—dijo Carlota mirando profundamente á la joven—: ¿me juras que estás tan enamorada, que necesitas para no morir, casarte con ese hombre?

—Te lo juro, Magdalena.

—¿Y si fueras, realmente, hija natural reconocida del rey don Carlos II, te casarías también?

—No, si él no consentía en casarse antes con la hija del verdugo.

—Esa es una locura, Ursula: ¿cómo quieres tú que consienta en casarse con la hija de un verdugo, obligándose á ser verdugo, un gentil-hombre del rey?

—Pero sepamos antes si yo soy hija del rey don Carlos II: mi padre me ha hablado de documentos: ¿dónde están esos documentos?

—Tan decidida te veo, tan loca, que por ti arrostró la cólera de Juan Diego.

—Y si yo soy una casi infanta de España, ¿por qué Juan Diego, teniendo las pruebas de ello, no ha puesto en claro mi origen?

—Juan Diego no puede abandonar, por su oficio, la corte: no podía llevarte, presentarte á tu primo el archiduque Carlos: confía en tu hermosura; quería que te presentases engalanada, hermosísima al archiduque; que te solicitase como te han solicitado tantos; que le desesparas como á tantos has desesperado, y cuando llegase este caso, le presentases las pruebas de

tu nacimiento: Juan Diego querta y quiere hacerle reina.

—Y bien—dijo profundamente pensativa Ursula—: esas pruebas... ¿dónde están esas pruebas?

—Oyeme, Ursula: si te convences de tu alto origen, ¿renunciarás á ese hombre?

—Sí—dijo decididamente Ursula.

—Pues bien: vas á ver esas pruebas.

Carlota se acercó á la papelera que aún estaba abierta, abrió un secreto que Ursula no conocía y sacó unos papeles.

—He aquí—dijo—las pruebas de tu nacimiento.

Ursula asió con ansia los papeles que la entregó Carlota.

Eran el uno, el reconocimiento en forma hecho por el rey, de su hija natural doña Esperanza de Austria, y el otro la partida de bautismo de la misma, como hija natural del rey don Carlos II y de Carlota Cabrero, comedianta, expedida por el cardenal Portocarrero.

Ursula, que había leído esta partida antes que el otro papel, dijo á Carlota:

—Y bien, ¿qué tengo yo que ver con esto? Yo me llamo Ursula, y la contenida en este documento se llama doña Esperanza.

—Lee, lee el otro papel—dijo Carlota.

Antes de concluirle de leer, Ursula lanzó un grito de alegría.

—Aquí se indican como señas de reconocimiento, tres señales circulares en la espalda, hechas con instrumento cortante; tres pequeños lunares negros bajo el antebrazo derecho, y una señal natural, como de cicatriz, en la parte exterior del talón izquierdo; se dice que la doña Esperanza tiene el cabello y los ojos negros; que es blanca; yo tengo todas esas señales; yo soy doña Esperanza de Austria, infanta de España, reconocida por el rey su padre don Carlos II, y recomendada á sus sucesores.

Carlota se aterró.

Ursula, ó doña Esperanza de Austria, á la que seguiremos llamando Ursula, como un medio para la claridad de nuestro relato, se había erguido con una soberbia infinita; se había transformado.

—He sido débil, muy débil—dijo Carlota—; mi amor hacia tí me ha hecho cometer una imprudencia: dame esos papeles, Ursula.

Ursula ganó la puerta, y dijo desde ella:

—Estos papeles son míos; estos papeles hacen de mí una infanta; yo permaneceré en esta casa,

no; se pretendería arrebatarme estas pruebas; yo podría defenderlas de tí, pero no podría defenderlas de Juan Diego; adiós; cuando Juan Diego quiera evitarlo, ya no será tiempo.

—Escucha—dijo Carlota, adelantando hacia ella.

—No, no me detendré ni un solo momento; puede venir Juan Diego, y entonces lo habría perdido todo; me vería de nuevo reducida á la situación de esclava; yo no soy ya Ursula Quiñones; soy la infanta doña Esperanza de Austria; he dejado de ser lo que era, y no me veo reducida á usar de bajas intrigas, para obtener por marido á un miserable, elevado por malos servicios, á quien no he amado nunca, á quien no podía amar.

—¡Que no amas á monsieur de la Chaumiere!

—No.

—Parecías enamorada.

—Mentía, para que se me ayudase á casarme con él; pero, adós; ha de venir Juan Diego.

—Una palabra: Juan Diego no sabe que yo tengo esos papeles; que yo tengo tanto interés como tú en guardarlos.

—Sí, para imponerme condiciones, para venderme los.

—Una madre no vende nunca el porvenir de su hija—exclamó Carlota.

Ursula palideció.

—Tú no eres Magdalena—exclamó.

—No, yo soy Carlota Cabrero; yo, que he cambiado mi nombre porque convenía; yo soy tu madre.

—No lo digas nunca—exclamó con voz opaca y sombría Ursula—, porque existe Juan Diego.

Carlota, herida como por un rayo, cayó de rodillas y extendió los brazos hacia Ursula.

—Luego, luego—dijo Ursula—: yo te conozco, yo te amo; pero calla, calla, Magdalena, y no resucites á Carlota Cabrero. Esperanza de Austria sabe que eres su madre, y esto basta; adiós.

Y ganando rápidamente las escaleras, las bajó, llegó á la puerta de la calle, la abrió, la cerró violentamente y escapó, tomando el camino del alcázar.

CAPITULO VI

DEL RESULTADO QUE TUVO PARA POMMEFERRE
SU CARTA DE URAÍS

Antolín Pommeferre había dado muchas vueltas por el camino á la terrible carta que llevaba en la mano, mirándola con desesperación.

—Esta carta, decía, me favorece por un lado, y por otro es cuando menos una paliza á la vista: mi amo está enamorado de Ursula, no ha conseguido nada de ella, y no me perdonará el que yo me atreva á casarme con una mujer que le ha desdenado, por quien debe estar muy empeñado, porque es hermosísima; porque tiene un no sé qué que encanta, un no sé qué irresistible: es la primera mujer que se me ha subido á la cabeza, que me ha embriagado, y nada tendrá de extraño que haya embriagado también á mi amo: si todo se redujese á una paliza, aunque fuese de las buenas, podría atreverme: algo hay que arriesgar por las buenas mozas; pero yo conozco á mi amo, y la paliza puede ser de muerte: es necesario no cometer una imprudencia que puede costarme muy cara: decididamente, lo que hay que hacer con esta carta es quemarla y soplar las cenizas; pero si hago esto hay que renunciar á ella: yo no puedo casarme sin la licencia de mi capitán, y aunque esto podría arreglarse, ella no quiere casarse conmigo sin la licencia: si yo pudiera engañarla, presentarla una licencia falsa... pero mi amo la solicita, y ella debe conocer la letra de mi amo, porque la habrá escrito más de una carta: si yo me encontrase por ahí al gramático Marcos Calderón, podría suceder que éste supiese falsificar la letra de mi amo: ¿pero dónde diablos encontrar al bueno del bachiller? Cuando no lo necesite, me daré con él de narices.

Dice un refrán castellano, que en nombrando al ruin de Roma al punto asoma.

Cuando llegaba á las últimas palabras de su soliloquio Pommeferre, á la vista ya de la casa de su amo, vió salir de ella á Marcos Calderón accionando enérgicamente, gesticulando y hablando solo; lo que significaba que el bachiller estaba fuertemente impresionado.

—Contad con estos grandes señores, decía cuando se tropezó con Pommeferre; contaréis con el viento: ¡ahl! ¿sois vos, señor Antolín? Estoy de un humor diabólico; no me conozco: yo era humilde y dulce como una tórtola, y me he convertido en una fiera, y en una fiera terrible: yo devoraría, despedazaría, chuparía la sangre

á la humanidad entera; pero esto se queda en intención, porque me faltan dientes y garras: yo soy fuerte más que en latín, y con el latín sólo puede matarse el buen gusto: estoy desesperado, furioso, y no sé qué hacer ni qué partido tomar.

—¿Pues qué os sucede?—dijo suavemente Antolín, á quien importaba tener de su parte al bachiller.

—Me he quedado huérfano—exclamó con acento plañidero Marcos Calderón.

—Pues qué, ¿tenéis vos padres, mi buen amigo?—dijo con una conmiseración socarrona Pommeferre: pues ya debían ser viejezuelos.

—Yo tenía padre, madre, hermano, y creo que gloria (Dios me perdone) en el amor de una mujer; ¡qué digo en el amor! en la locura que una mujer me inspiraba: esa mujer me ha abandonado cruelmente; ha cometido contra mi una traición infame, y por eso digo que me he quedado huérfano.

—¡Ah, es verdad!—dijo Pommeferre—, retirando la carta que había pensado dar á Marcos Calderón para que la leyese y consultarle acerca de su situación: es verdad; tengo la cabeza hecha una olla de grillos: me había olvidado de que vos tenéis amores con Ursula Quiñones.

—No, no, precisamente; seamos claros, evitemos las ideas anfibológicas; la precisión no debe olvidarse nunca: cuando decís á un hombre, tenéis ó tenéis amores con una mujer, es como si le dijerais, os ama y amáis, ú os amaba y amábais á esa mujer; no es ese el caso en que yo me encuentro: ni ella me ha amado, ni me ama, ni me amará; todo el amor que podía haber entre los dos se lo tengo yo á ella, y ha crecido, ha crecido hasta hacerse infinito, cuando he sabido que vuestro amo la ama, y he deducido que ella ama á vuestro amo.

—Eso no es exacto, señor Marcos Calderón; á quien ella ama es á mí.

—¿A vos? ¿que os ama á vos? ¿que vos sois amado por ella? No puede ser—exclamó con acento concluyente Marcos Calderón.

—¿Que no?—dijo Pommeferre—: ¿y qué diríais si yo os presentase una prueba?

—Eso no puede ser.

—Tenéis razón; no puede ser que yo os presente esa prueba, porque no me servís.

—¿Y para qué había de serviros yo?

—Ya os he dicho que para nada.

—He aquí lo que se llama malgastar el pre-

cioso don del lenguaje: si para nada os sirvo, no tenéis necesidad de decirme; en cambio, porque os estimo, y porque sois buen cristiano y caritativo, os voy á dar un aviso: no os preseteis por el momento á vuestro amo, porque está de tal humor, que de seguro os sacude el polvo. A mí me ha dado, es decir, acaba de darme dos cintarazos que me ha hecho ver estrellas, y cuyo dolor no se me pasará en un mes.

—¿Y por qué eso?—dijo Pommeferre.

—Por qué eso, por qué eso... porque sí; porque yo soy más imbécil que un asno, y bien merezco ser apaleado como un asno; y si no juzgáis: me disteis en casa de Ursula una carta para que la trajese á vuestro amo, se la traje ¡funesta carta! "Llevadme á la casa de donde venís"—me dijo vuestro amo—, y echó á correr, haciéndome sudar y sacar un palmo de lengua: llegamos; Ursula y vos habíais desaparecido: yo me contristé cuando vuestro amo supo por una imprudencia confesión mía que yo estaba contristado por la desaparición de Ursula, que, en una palabra, la quería: se puso furioso, ó por mejor decir, seamos precisos, acreció en furia, porque furioso ya lo estaba, me echó con cajas destempladas y me prohibió que ni aun volviese á pensar en Ursula; y como una imprudencia produce otra, cuando yo me vi solo, hambriento, sin esperanzas de almorzar, metido en un portal de la casa de enfrente de la Ursula por ver si volvía, dije para mí: si vuelve, tanto da que yo espere aquí, como que no espere; sabré que ha vuelto, y mucho será que no pueda seguirla la pista, porque habéis de saber, señor Pommeferre, que para esto de seguir pistas me las puedo apostar con un sabueso; lo que me importa, añadí para mis adentros, es desarmar á ese gran señor, única esperanza mía para mi cátedra de gramática; desarmémosle cuanto antes: y me encaminé á casa de vuestro amo: no estaba ó me lo negaron; que para mí vino á ser una misma cosa; me fui al alcázar, porque me aquejaba el hambre; me subí á las cocinas, y un galopín amigo mío me dió un exiguo pedazo de pan y un fermentido hueso, al que pude roer unas partículas de carne, con cuyo casi alimento subsistí desde ayer. Paséme el día de la casa de Ursula al alcázar, y del alcázar á casa de monsieur de la Chaumiere; sin lograr ver á la una ni al otro; he pasado la noche con hambre, sin luz y sin sueño, y al fin esta mañana he encontrado á vuestro amo en su casa, y en mal hora me ha

recibido, porque lo primero que hizo al verme fué echar mano á su espada y decirme, cogiendo la puerta para que no escapase: "Os he recibido únicamente para dejaros sin ganas de volver á verme". Y me aplicó de una manera tan despiadada, tan bárbara, ésta es la expresión, dos cintarazos, que yo no sé por dónde he salido, y me he encontrado en la calle: sirvaos esto de aviso, señor Antolín, y adiós, que me voy al alcázar á ver si el pinche, mi amigo, me hace la caridad de un casi almuerzo.

—Id con Dios—dijo con una seca grosería Antolín, y cruzándose con el bachiller, que tomé hacia la plazuela de Santo Domingo, se entró casa de su amo, indeciso aún y dando vueltas á la carta de Ursula.

Ahora bien: Petra Pica, que había caído en gracia á monsieur de la Chaumiere, y que por invitación de éste se había quedado en la casa, había visto á Antolín, desde una ventana del piso alto, hablando con Marcos Calderón y con la carta en la mano.

Petra Pica se había bajado á la portería y puéstose en espera para caer sobre Antolín en cuanto entrase con todo el peso de su derecho, y pedirle estrechamente cuenta de su conducta.

Así es que al ir á poner Pommeferre el pie en el primer peldaño de la escalera, se sintió asido por la capa, y oyó una voz irritada y demasiado conocida que le decía:

—Por esta vez, señor mío, no se nos escaparéis, y sabed que me estima tanto vuestro amo, y de tal manera, que no os vais á poder llevar las manos á las narices si os negais á casaros conmigo, como os toca de obligación.

Al oír á Petra, al verla, Antolín quiso ocultar la carta que tenía en la mano; pero demasiado tarde.

Petra, con esa viveza, con esa habilidad peculiar de las mujeres, se había apoderado de la carta, y gritaba asida á Pommeferre que procuraba evadirse:

—¡Aquí, aquí! ¡detened á este bribón! detenle, para que el señor pueda ajustarle la cuenta.

Aconteció que monsieur de la Chaumiere bajaba de grande uniforme por la escalera para ir al alcázar.

La carroza que había de llevarle acababa de aparecer delante de la puerta; sus dos lacayos habían entrado en el zaguán.

—Detened á ese tuno—dijo monsieur de la Chaumiere en cuanto vió á Pommeferre.

No había ya escape: los dos lacayos habían cubierto la salida.

—¿Qué has hecho desde ayer?—dijo monsieur de la Chaumiere—: ¿dónde has estado, infame? ¿cómo has cumplido mis órdenes?

—Estoy decididamente de desgracia, señor—dijo Pommeferre, pálido como un cadáver.

—Es necesario que no le dejéis escapar, señor—decía Petra—; obligadle á que se case conmigo, á que me dote, y luego que se vaya si quiere; pero que me pague antes lo que me debe.

—¿Qué carta es esa que tienes en la mano, Petra?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Es una carta que este malvado traía para usía—dijo Petra—; y es letra de mujer.

A Pommeferre se le abrieron las carnes.

—Dame—dijo monsieur de la Chaumiere á Petra.

Esta le dió la carta.

Apenas la leyó monsieur de la Chaumiere, arrebató su propia espada á Antolín y la empuñó con él, furioso, sin que nadie se atreviese á interponerse.

Antolín aguantaba la paliza con un silencio y una inmovilidad de héroe, y sólo le veta hacer algún gesto.

—¡No me lo matéis!—decía Petra—: ¡mirad, señor, que tiene que ser mi marido!

Monsieur de la Chaumiere acabó por asir por el cuello á Pommeferre, le arrastró hacia la carroza, y le dijo:

—Entra ahí.

Antolín entró.

—¿Dónde está Ursula?—preguntó monsieur de la Chaumiere.

—Calle del Arco de Santa María, número 15—contestó Pommeferre con la misma naturalidad que si no hubiese acabado de ser apaleado.

—Arco de Santa María, 15—dijo monsieur de la Chaumiere al lacayo, dando al mismo tiempo su espada á Pommeferre.

Pommeferre envainó su espada, el lacayo cerró la portezuela, saltó á la zaga, y la carroza se puso en marcha.

Cuando llegó al número 15 de la calle del Arco de Santa María, monsieur de la Chaumiere hizo preguntar á uno de sus lacayos si vivía allí la beata Ursula Quiñones.

Respondieron que sí.

Monsieur de la Chaumiere pidió licencia para entrar.

Se la concedieron.

—Cuidad de que ese bribón no se os escape—dijo monsieur de la Chaumiere—; porque si él se escapa, vosotros pagaréis por él.

Y se entró decididamente en la casa.

CAPITULO VI

EN QUE SE VE QUE LAS PUERTAS SECRETAS PUEDEN VOLVERSE CONTRA QUIEN LAS USA

Monsieur de la Chaumiere subió las escaleras como si las hubiera tomado al asalto, y pálido, hosco, irritado, terrible, entró en la sala, donde Carlota, llorosa, aterrada, estaba de pie y temblando, delante del tío Manzampulas.

El verdugo había llegado media hora antes.

Iba á ponerse de acuerdo con Ursula; á revelarle la situación en que se encontraba monsieur de la Chaumiere, respecto á Azucena y á doña Esperanza de Ayala.

Al responderle Carlota que Ursula no estaba en la casa, lo hizo con tal turbación, que Juan Diego, temeroso de que Ursula hubiese tomado una decisión poco conveniente, montó en cólera, aterró á Carlota y la obligó á revelárselo todo.

—Conque es decir—exclamó Juan Diego—, que lo hemos perdido; que armada con esas pruebas se ha ido á buscar al rey; que el rey no podrá menos de reconocerla, puesto que los originales de esos documentos están entre los papeles reservados de la corona, y Ursula se nos habrá cambiado en doña Esperanza de Austria, infanta de España; es decir, la habremos perdido; que tú no tendrás hija, ni yo amante.

—¡Amante!—exclamó pálida de celos contra su hija, Carlota—: ¡has llegado hasta lo último de la infamia, de la impureza, de lo repugnante... ¡y ella me engañaba, ella, la hipócrita!..

—Amante, amante, sí, es verdad—exclamó Juan Diego con desesperación—; la amante de mi alma; pero sólo dentro de mi alma; ¿lo sabe ella acaso? ¿podría ella acaso amarme aunque yo la hubiera dicho no soy tu padre? Yo no la he criado; ha vivido veinte años apartada de mí: cuando murió el canónigo don Hipólito de Arango, y vino á buscarme y á decirme yo soy vuestra hija, porque así lo creía don Hipólito, que moribundo lo había revelado á Ursula, yo sólo vi un ángel, que era para mí un demonio tentador. ¡Ah, si yo hubiera podido parecerla hermoso y joven!.. Sí, la amo, la adoro, estoy loco

por ella; mataría al hombre que la poseyese; y si no le mataba, porque le amaba ella, me mataría yo; y la he perdidol... me creía su padre: como hija, me amaba; me amaba, en fin, de algún modo; pero ahora me despreciará; y si no me pide cuentas por haberla mantenido en una humillante oscuridad, será tal vez por desprecio; y tú eres la causa de todo esto, tú.

—No he querido que mi hija se case con un miserable; y el único medio de salvarla era revelar su origen, presentarla las pruebas.

—No se hubiera casado; yo hubiera matado á monsieur de la Chaumiere.

—¿Y aun amándole Ursula?—dijo con sarcasmo Carlota.

—¡Qué sé yo! como no sé si mataré al príncipe que se case con ella; porque aun cuando quiera casarse con monsieur de la Chaumiere, el rey, obligado á reconocerla como infanta de España, no se lo permitirá.

—¡Ah, que tú matarás á un príncipe! ¡tú, tú no puedes más que amenazar á mujeres!—dijo Carlota fuera de sí.

Juan Diego, llegando al colmo de la irritación, maltrató á Carlota, y no sabemos hasta qué punto la hubiera maltratado, si de improviso no se hubiera oído rodar un carruaje que se detuvo delante de la casa, y luego dos fuertes golpes que dieron á la puerta; era que llegaba monsieur de la Chaumiere.

Pero Juan Diego creyó que Ursula, habiendo hablado ya con el rey, volvía en uno de los carruajes de la real casa, y dejó de maltratar á Carlota.

Por eso, monsieur de la Chaumiere encontró al entrar en la sala, á Carlota llorosa, aterrada y temblando, delante de Juan Diego.

—Y bien, ¿qué venís á buscar aquí?—dijo Juan Diego á monsieur de la Chaumiere, que se estremeció al verle, porque veía en él una fatalidad.

—Vengo á buscar una mujer—dijo monsieur de la Chaumiere con voz trémula.

—¿Y sabéis si esa mujer está aquí? ¿si esa mujer os espera?—exclamó Juan Diego con voz ronca y concentrada.

—Acabo de recibir esta carta de esa mujer—dijo monsieur de la Chaumiere, entregando la carta de Ursula al verdugo.

Este la tomó, la leyó, y la devolvió á monsieur de la Chaumiere—diciéndole con acento frío:

—Y bien, ¿qué os importa á vos de esta carta?

—Ursula no se casará mientras yo viva—dijo con una gran decisión monsieur de la Chaumiere.

—¿Por qué no se casará, caballero? ¿porque ella no quiera casarse, ó porque vos no quereis que se case?

—Por esto último.

—De modo que vos pretendéis tener un dominio absoluto sobre Ursula.

—La amo.

—No digais eso, monsieur de la Chaumiere; no deis el escándalo de confesaros enamorado de la hija de un verdugo, de una hija mía.

—Ursula no puede ser vuestra hija: vos no sois más que lodo sangriento, y de tal lodo no puede haber nacido un arcángel.

—Os tengo lástima, monsieur de la Chaumiere—porque me parece que amais de veras á Ursula: sí, os tengo lástima; un casamiento entre un gentilhombre del rey nuestro señor, y la hija de un verdugo, es imposible: me agradaría ver á un hombre tal como vos bajar de las doradas habitaciones del palacio para subir las infames gradas del patíbulo; porque, debéis saberlo: el que se casa con la hija del verdugo, está obligado á ser verdugo.

—Repito que Ursula no es vuestra hija, porque de vos no ha podido provenir una criatura tan admirable.

—Pues peor para vos; porque si Ursula no es mi hija, es hija de un rey, y la hija de un rey no puede casarse con un hombre tan bajo como vos, como vos no podeis casaros con una hija mía, á pesar de que sois sobre poco más ó menos tan infame como yo.

Monsieur de la Chaumiere se puso pálido de cólera, y llevó instintivamente su mano al puño de su espada.

Pero la retiró y lanzó al verdugo una larga mirada de desprecio.

Carlota se había sentado en el canapé, y replegada en él, parecía no prestar atención á lo que sucedía junto á ella.

—Explicadme el misterio de vuestras palabras—dijo monsieur de la Chaumiere procurando dominar lo tembloroso de su voz—: habéis dicho que si Ursula no es vuestra hija, es hija de un rey: hija vuestra no es; lo juraría sobre mi alma sin temor de perderla: ¿de quién, pues, es hija?

—Id á preguntárselo al rey.

—¿Y el rey puede responderme?

—Vos, gentilhomme de su majestad, podeis entrar en su cámara: id á ella; estoy casi seguro de que en ella encontrareis á Ursula hablando mano á mano con su majestad.

Monsieur de la Chaumiere no esperó á oír más, y salió precipitadamente.

—¡Oh! si á pesar de todo—dijo Juan Diego—ella se obstina en casarse con él, y lo permite el rey, le mato.

Y rebozándose en su capa, salió violentamente, dejando aterrada á Carlota.

Al bajar por las escaleras oyó el ruido del carruaje de monsieur de la Chaumiere que se ponía en marcha.

Cuando salió á la calle vió que la pesada carroza tomaba la vuelta de la calle de Fuencarral.

Busquemos á Ursula.

Esta, con su hábito de estameña, con su toca blanca, con su manto de beata, había tomado á gran paso el camino del alcázar, al que llegó en poco tiempo.

Llevaba en una mano fuertemente cerrada las pruebas de su nacimiento.

Cuando penetró en el alcázar por la puerta de las Meninas, se encontró perpleja.

No conocía el alcázar, nunca había estado en él.

Comprendió que era difícil obtener inmediatamente una audiencia del rey, y que para ello necesitaba que alguien le ayudase.

No conocía á nadie en el alcázar, á no ser á los altos funcionarios, con quienes había conspirado contra Felipe V, y que sin embargo servían é este.

Es muy común que los palaciegos muerdan la mano que los protege.

Los reyes están rodeados de ambiciosos vulgares, siempre dispuestos á hacerles traición por mezquinos intereses.

Ursula conocía á algunos gentileshombres traidores, que encubriendo su traición, adulaban á Felipe V.

Pero ignoraba Ursula si alguno de aquellos gentileshombres estaba de servicio; y dado que lo estuviese, necesitaba un intermediario para poder llegar junto á él.

De improviso, una persona muy conocida de Ursula pasó junto á ella, la vió, se detuvo, y luego se acercó á ella anhelante.

Aquella persona era el bachiller Marcos Calderón.

—¡Ah!—exclamó—; ¡gracias a Dios que os veo! Creí que os habíais perdido de todo punto para mí. ¿qué os he hecho yo para que me tratéis de ese modo?

—Dejaos de impertinencias—respondió secamente Ursula—, y respondeme en verdad á lo que voy á preguntaros: ¿podéis hacer vos, que sois un ratón del alcázar y conocéis en él á medio mundo, que yo pueda obtener inmediatamente una audiencia de su majestad?

—¿Y para qué queréis vos una audiencia del rey?—preguntó con recelo Marcos Calderón—; pero sí, ya sé, comprendo... estáis tan soberbia con vuestra hermosura, habéis vuelto de tal modo el seso á grandes señores, que os parece cosa fácil enloquecer también á su majestad.

Brilló un relámpago en los ojos de Ursula.

—Por la primera vez—dijo—me sirve de algo una simpleza vuestra; no había pensado en ello; pero tenéis razón; me gustaría saber si alcanzaba sobre el rey tanto influjo como he alcanzado con otros grandes señores; vamos, mi buen Marcos, á vos os gustaría también encontraros de improviso y cuando menos lo esperábais maestro de gramática en la Universidad de Salamanca.

—¡Ah, señora Ursula! si vos me alcanzáis eso, os bendeciría: vería en vos mi ángel; sería vuestro esclavo.

—Pues bien; recomendadme, si podéis, á una persona tal, que pueda hacer que yo vea al momento á su majestad.

Marcos Calderón se puso un dedo en los labios y levantó los ojos al cielo como buscando una persona á propósito para satisfacer el deseo de Ursula.

—¡Ah!—exclamó—: ya la encontré.

—¿Sí?—exclamó Ursula.

—Sí—contestó Marcos Calderón—; pero yo no os presentaré á esa persona; yo no la he hablado nunca; os presentaréis vos sola.

—¿Y cómo, no conociéndola yo?

—No importa: es la grande de España más sencilla y más tratable del mundo; sólo hace cinco ó seis días que es dama de honor de la reina, y ya la quieren todos en palacio por la llaneza de su trato.

—¿Y quién es esa señora?

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¿Y tiene influencia con su majestad?

—¡Ya lo creo! Como que quien la ha presen-

tado en la corte es la princesa de los Ursinos.

—¿Y creéis que esa señora me recibirá?

—Indudablemente, si llamáis á la puerta de su cuarto y la pedís audiencia; venid, venid conmigo, y yo os haré pasar por algunos lugares en los cuales os detendrán si yo no os acompañase.

Y echó á andar, y seguido de Ursula se metió por la estrecha escalerilla de servicio que se llamaba de las Meninas.

Al llegar á un descanso, á una mampara por la que se penetraba en la galería de los Infantes, el suizo que estaba de centinela, y que sin duda conocía á Marcos Calderón, le dejó pasar; pero cruzó su alabarda sobre la puerta impidiendo el paso á Ursula.

—Es una buena beata, amigo mío—dijo Marcos Calderón—, á quien ha llamado la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Esta mentira produjo un efecto mágico: el suizo levantó su alabarda, y Ursula pasó.

—Ved, ved si yo puedo algo aquí—dijo con cierto orgullo impertinente Marcos Calderón—: es verdad que toda la influencia se reduce á esto, y que para obtenerla he gastado diez años, día por día, hora por hora en el alcázar; pero ved, ved lo que dice en ese tarjetón al lado de esta puerta.

Ursula leyó.

“Cuarto de la excelentísima señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, dama de honor de su majestad la reina.”

Marcos Calderón no redujo á esto sus servicios; abrió la mampara y dijo á un lacayo que se paseaba en el recibimiento:

—Señor Pertíñez, hacedme el eminente favor de decir á una de las doncellas de su excelencia, que el bachiller Marcos Calderón necesita hablarla para un asunto muy importante.

—Vaya en gracia si es muy importante el asunto—dijo el lacayo.

Y desapareció por una puerta lateral.

—Entrad, entrad, señora Ursula—dijo Marcos Calderón—: no os quedéis ahí fuera de la mampara como una persona ínfima.

Ursula entró.

—Ya veis, ya veis—dijo exagerando su aire de importancia el bachiller—; yo también tengo mi influencia en la corte; es verdad que esta influencia no pasa de la baja servidumbre: diez años me ha costado subir este pequeño escalón; pero los doy por bien empleados, aunque he sufrido mucho durante ellos, puesto que mi in-

fluencia, aunque pequeña, puede servir de algo: sin esta influencia no hubiérais podido pasar del suizo; vos no sabéis lo que es un suizo, esa especie de mastín á quien es necesario tratar mucho y aguantar mucho para que le conozca á uno y no le muerda. Pero ved, ved; ya sale el señor Pertíñez con una de las doncellas: ¡ah! es la Mariquita Pando; es una excelente muchacha á fe mía.

—¿Qué se ofrece, señor Marcos—dijo la Mariquita acercándose.

—Ya sabéis, señora Mariquita—dijo el bachiller—, que yo os estimo y os sirvo con muy buena voluntad.

—Sí, sí, ya lo sé; pero, ¿qué se os ofrece?—respondió la muchacha, que era muy joven y bastante agraciada, ruborizándose; lo que demostraba que era inocente y que Marcos Calderón la servía echándola las cartas ó dándole polvos amorosos, ó de cualquiera de las mil maneras con que engañaba á las doncellas, á los pajes y á las mozas de retrete para sacarles algunos maravedises.

—Esta señora—dijo Marcos Calderón—, es una buena beata muy conocida y muy estimada por su virtud, que desea ver á su excelencia para revelarlas cosas muy importantes.

—¿Os conoce mi señora?—dijo Mariquita sonriendo á Ursula, arrastrada por la poderosa simpatía que emanaba de la singular belleza de Ursula.

—Es posible que esa señora me conozca de nombre; porque me conocen muchas personas principales—respondió Ursula—: hacedme la merced de decirle que la beata Ursula Quiñones desea hablarla de un asunto importantísimo.

—Al momento, señora—dijo Mariquita.

Y entró por una puerta del fondo del recibimiento, abriendo una rica mampara de cuero de Córdoba estampado.

Casi instantáneamente volvió.

—Entrad, entrad al momento, señora—dijo con sumo respeto—: su excelencia os conoce.

Ursula siguió á Mariquita.

—¿Quién es esta grande—pensaba Ursula—, que me conoce, y á quien yo no conozco?

Mariquita hizo pasar á Ursula por dos antecámaras, por una cámara, y la introdujo en una recámara ó gabinete, mantuvo abierta la mampara mientras pasaba Ursula, y cuando ésta hubo pasado, la cerró y se retiró.

En medio del retrete estaba Azucena, senci-

lla, pero bella y elegantísimamente vestida. Tenía un ancho traje de damasco blanco con ligeros adornos azules; una cruz de oro con cuatro brillantes pendiente de una estrecha cinta de terciopelo azul, lo que hacía resaltar prodigiosamente la blancura de su garganta, y sin empolvar los cabellos, peinados en un sencillo erizón.

—¡Azucena!—exclamó retrocediendo asombrada al verla Ursula.

—Sí, yo soy—dijo dulcemente Azucena.

—¿Pero no érais hija de un gitano?—dijo Ursula—: al menos como estábais en el convento de las Trinitarias: ¿cómo es que os encuentro transformada en grande de España y dama de honor de su majestad?

—A lo que parece—contestó Azucena—, yo no soy hija de Bizarro, sino de una más alta persona.

—¡Ahl sí, sí, yo también me creía hija de un verdugo: esperad, esperad, señora: puede ser que en nuestro origen haya un mismo misterio vuestra repentina elevación... ¿sois tal vez hija bastarda?

—Callad—dijo Azucena palideciendo y mirando inquieta en torno suyo, como si hubiera temido que las paredes escuchasen.

—¡Ahl vuestra turbación... vuestra palidez...—exclamó Ursula, que se había puesto también densamente pálida—: sí, sí; vos, como yo, sois hija del rey don Carlos II.

—Vos podréis ser hija de un rey, señora—dijo Azucena, reponiéndose é inclinándose profundamente—; pero yo no soy hija de rey.

—Permitid, señora—dijo Ursula—, que yo os demuestre que necesito de toda vuestra lealtad presentándoos las pruebas de mi origen, que proviene del rey don Carlos II. Las señales naturales y artificiales que sobre mí tengo, responden á las que se indican en uno de estos documentos.

Azucena tomó los papeles que le daba Ursula, los leyó con una calma, con una serenidad perfecta, y se los devolvió.

—Y bien, señora—dijo—: yo os saludo como infanta de España, porque no dude de que estas pruebas son legítimas. ¿En qué puedo tener la honra y el placer de servirlos?

—En abrirme los brazos—contestó Ursula conmovida—; en besarme en la boca, y en decirme entre el beso: yo te amo, yo soy tu hermana.

—¡Oh, madre, madre mía!—exclamó Azucena, acreciendo con esta exclamación en Ursula la creencia de que eran hermanas.

Como si la exclamación de Azucena hubiera sido una evocación, se abrieron los tapices de una puerta, y apareció seria, grave, severamente vestida de negro, la princesa de los Ursinos.

Ya sabemos que el cuarto de Azucena se comunicaba con el de la princesa.

—¡Ahl!—dijo Ana María, retrocediendo como si la hubiera sorprendido encontrar acompañada á Azucena—: no estáis sola, acaso es inoportuna mi presencia.

—Vuestra presencia, señora, nunca es inoportuna para mí—contestó Azucena.

Ana María adelantó sonriendo hacia ella, la asió las dos manos que Azucena le había tendido, se las estrechó, y dijo mirando á Ursula, al parecer con la mayor indiferencia:

—¿Quién es esta buena beata, mi joven amiga? ¿Viene acaso en busca de vuestra caridad para alguna obra pía?

—No sé si debo revelar á la señora princesa de los Ursinos...—dijo Azucena mirando á Ursula.

—¡Ahl vos sois la princesa de los Ursinos—dijo con una altiva dignidad Ursula.

—Y vos, ¿quién sois?—dijo severamente Ana María, ofendida en su orgullo por la altivez de Ursula.

—Yo soy una sierva de Dios—contestó Ursula—que vengo á servir al rey nuestro señor, y he suplicado una audiencia de su majestad por medio de la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—El rey está gravemente ocupado, señora—dijo Ana María.

—Sí, sí, ya sé que el archiduque con los aliados viene sobre Madrid con fuerzas superiores á las que puede oponerle su majestad.

—¡Ahl vos sabéis...—dijo la princesa.

—Sí, sí señora, yo sé muchas cosas demasiado importantes para su majestad.

—Reveládmelas, pues—dijo la princesa.

—Perdonad, señora—dijo con voz firme Ursula—; pero vos no sois el rey: sólo el rey puede escuchar mis revelaciones.

—Decidme á lo menos de qué género son esas revelaciones.

—Ayer se ha dominado una conspiración contra su majestad—dijo Ursula—; pero los hilos de la trama de esa conspiración permanecen

ocultos: yo los tengo en mi mano; pero no los mostraré á nadie más que á su majestad.

—¿Conocéis, pues, todas las personas de esa conspiración?

—Sí, señora.

—Conspirábais, pues.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Me habéis dicho lo bastante para que yo me apodere, sirviendo al rey, de vuestra persona,

—¡Ah! vos no haréis eso, señora—dijo Ursula con acento fríamente acerado—: eso sería una indignidad de que os ereo capaz.

Palideció densamente la princesa.

—Creo además—continuó Ursula—, que habéis llegado á tiempo de oír lo que yo hablaba con mi hermana.

—¿Qué decís? ¿Estáis en vos?—exclamó la princesa—: ¿vos hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—Si queréis que no lo crea, decidme el nombre de los padres de la marquesa.

—¡Oh, por Dios!—exclamó Azucena.

—¿Con qué derecho me hacéis esa pregunta?—dijo Ana María.

—Si no lo habéis oído, oído ahora—dijo Ursula—: yo soy doña Esperanza de Austria.

—¿De Austria?

—¿Cuál queréis que sea el apellido de una hija bastarda del señor rey don Carlos II?

—¡La prueba, señora, la prueba!

—¿Y qué importa de todo esto á vos, princesa de los Ursinos?—dijo con una suprema altivez Ursula—: ó será cierto lo que dicen de vos.

—¿Y qué dicen de mí, señora?—dijo con un altivo desdén Ana María.

—Que os habéis hecho estimar tanto del señor rey don Felipe V, mi primo, que vos sois, no él, quien reina en España.

—Esto es incomprendible sin que haya nada que lo justifique—dijo conteniéndose á duras penas Ana María, sin atreverse á romper por todo; porque era demasiado experimentada para no andar sino con un gran tacto sobre un terreno que no conocía.

—Supongo—continuó Ursula—, que lo que de vos se dice no es otra cosa que el resultado de murmuraciones palaciegas; ninguna prueba tengo de ello, y no quiero ofenderos á bulto: hacedme vos la misma justicia: no dudéis de lo que puedo probar, y demostradme vuestra lealtad y

vuestra grandeza de alma procurándome una entrevista con su majestad.

—Permitidme, señora, os diga—contestó Ana María—, que se había encerrado ya en su diplomática reserva, que no necesito de grandeza alguna de alma para presentaros á su majestad; pero decidme: ¿no habéis podido ser engañada? Si sois en efecto hija bastarda reconocida del rey don Carlos II, secretamente sin duda, las pruebas de vuestro nacimiento deben existir originales entre los papeles reservados de la corona: ¿estáis segura de que existen esas pruebas?

—Segurísima.

—¿Y estáis también segura de que su majestad el rey don Felipe V querrá reconocer, aceptando una herencia de este género del señor rey don Carlos II?

—Espero que vos, camarera mayor de su majestad la reina, me abriéis camino.

—Indudablemente, señora: tened la bondad de decirme dónde se os podrá avisar del día en que haya de recibiros su majestad.

—Aquí, en palacio.

—¡En palacio!

—Sí, sí, señora: no tengo casa, y me aposento en el alcázar.

A pesar del dominio que la princesa de los Ursinos tenía sobre sí misma, pasó por sus ojos una rápida expresión de impaciencia.

—Bien, sí—dijo—; ¿pero dónde os habéis de aposentar? Se necesita una orden del rey.

—Sin ella me aposentaré aquí, señora; por mejor decir, estoy ya aposentada.

Azucena permanecía muda é impasible.

—¿Aquí ¿En el aposento de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?—dijo la princesa.

—¿Dónde mejor que en el aposento de mi hermana?

—¿De vuestra hermana? Veo, señora, permitidme que os lo diga, que vuestra razón es débil: tal vez el ascetismo, vuestras prácticas religiosas...

—¡Oh! sí, señora; sí Azucena es mi hermana—dijo Ursula, mirando fijamente á la princesa, y de tal manera que la desconcertó.

Creyó que Ursula estaba en el secreto.

—¿Qué pruebas tenéis de lo que decís?—exclamó.

—Azucena ha sido súbitamente elevada desde hija del gitano Bizarro á marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, grande de España y

dama de honor de su majestad la reina: ¿quiénes son sus padres? De eso nos ocupábamos, señora, cuando vos llegásteis: ¿sabéis vos quiénes son sus padres?

—Permitidme que no comprenda esta conversación — dijo ya demasiado estrechada la princesa —; no reconozco en vos el derecho de interrogarme.

—Ni yo en vos el derecho de oponeros á un justísimo deseo mío de ser presentada á su majestad, cuando os he dicho que tengo las pruebas de que soy infanta de España, bastarda, reconocida por mi padre el rey don Carlos II: respetarme debierais sin obligarme á que yo me haga respetar de vos: ¿qué sois aquí? la favorita del rey, ¿no es esto?

—¡Oh! ¿por Dios! —dijo Azucena interviniendo en la conversación, al ver que la princesa se ponía densamente pálida.

—Dejad, dejad, hermana mía — exclamó Ursula —: yo haré que esta loca me presente á su majestad.

Ana María se dirigió á la mesa con objeto de tomar la campanilla.

Ursula se interpuso.

—Os aconsejo evitéis una lucha conmigo — la dijo —: vos no me conocéis; me dejaré matar antes que consentir en ser atropellada, y me quedará alguna vida para poder decir quién soy.

—¡Pero por Dios! —se atrevió á decir Azucena —: es necesario que esto se termine, señora princesa, ¿por qué hemos de oponernos á que una señora que se dice hija bastarda del rey don Carlos II presente á su majestad las pruebas de su nacimiento? ¿qué mal hay en eso, ni en qué faltaremos sirviendo á esta señora á la lealtad que debemos al rey?

—Y bien, sí, no es eso —dijo aturdida la princesa, que había visto con miedo la grande hermosura de Ursula —; es una exigencia demasiado impaciente: á la verdad, yo no puedo presentar esta señora á su majestad, sin que su majestad me autorice; se necesita algún tiempo.

—Entre tanto, señora, permaneceré aquí —dijo Ursula.

—Con sumo placer por mi parte —contestó Azucena.

—Pues bien, si vos no os oponéis á ello, doña Esperanza...

—¡Ah! ¿os llamais también, como yo, Esperanza? —dijo Ursula.

—¿Esperanza os llamais? —dijo la princesa.

—Sí, doña Esperanza de Austria —contestó Ursula con altivez.

—Pero las pruebas, señora, las pruebas.

—No sois vos la que debéis conocerlas, sino el rey.

—Pues bien, señora —dijo la princesa violentándose para dominar su contrariedad —; voy á prevenir á su majestad.

—Prevenidle cuanto queráis, con tal de que presenteis.

—Pues bien, hasta dentro de media hora —dijo la princesa.

Y haciendo una reverencia y un besamanos á Ursula, por lo que pudiera suceder, salió.

—Esperad, esperad —dijo Azucena —; voy á desarmarla, la habéis irritado; la habéis tratado con demasiada dureza y ella lo puede aquí todo: ¡ah! no me detengais, señora; es necesario no perder el tiempo.

Y Azucena salió.

Quando hubo desaparecido entre los tapices de la puerta, Ursula se acercó rápidamente á ellos, los entreabrió y vió que Azucena desaparecía por entre los tapices de otra puerta.

Salvó la distancia que la separaba de aquellos tapices, y por entre ellos vió que Azucena atravesaba una gran cámara.

Era la cámara de la princesa de los Ursinos. No había nadie.

Ursula corrió y llegó á los tapices de otra puerta, por la que Azucena había pasado.

Miró por su abertura, y vió un dormitorio.

El dormitorio de la princesa, donde había pasado Azucena una noche.

Vió á Azucena de espaldas á ella, vuelta hacia la pared.

La pared se abrió, dejando ver una puerta secreta por la que desapareció Azucena, volviéndose á cerrar.

Ursula adelantó, llegó á la pared, buscó el resorte: la pared estaba entapizada de terciopelo rojo, con listas perpendiculares de franja de oro, á pie y medio de distancia la una de la otra.

En el centro del terciopelo contenido en estas dos franjas, había una línea perpendicular de abejas doradas, á pie y medio de distancia una de otra.

Ursula oprimió algunas de aquellas abejas, y al fin la puerta rechinó levemente, abriéndose.

Se encontró en un pasadizo estrecho, débilmente alumbrado por algunas saeteras.

Ursula cerró la puerta y adelantó.

Aquel pasadizo, abierto sin duda en el grueso del muro, se doblaba en un ángulo recto.

Ursula oía el roce del traje de seda de Azucena sobre las paredes del estrecho pasadizo.

Esperó antes de doblar el ángulo, aplicó el oído, cesó el roce, se oyó luego un ligero rechinar, y después nada.

Ursula adelantó entonces, recorrió el pasadizo, que por aquella parte era oscuro, llegó á su fin y encontró una puerta, y en ella un fiador de muelle, y abrió.

Se encontró en otro dormitorio.

Las grandes colgaduras de terciopelo del lecho estaban salpicadas de castillos y leones.

Aquel era el dormitorio del rey.

Ursula llegó á su puerta, miró por entre los tapices, y vió en su cámara á Felipe V hablando acaloradamente con la princesa de los Ursinos, y mostrándola unos papeles que tenía en la mano.

Azucena estaba á alguna distancia.

Ursula miró en torno suyo.

—Puesto—dijo—que por una casualidad he llegado aquí, no debo retroceder: de seguro no sospecharán que he encontrado la comunicación secreta: me buscarán en vano, porque yo me ocultaré bien; pero ¿dónde ocultarme? ¡ahl aquí, detrás del lecho.

Y temerosa de ser sentida, se ocultó entre la pared y las colgaduras interiores.

Diez minutos después, la princesa salió, llevando en el semblante todas las señales de un sombrío despecho y seguida de Azucena, por la puerta secreta.

—¡Ahl—dijo Ursula—, no me encontrarán y volverán: esperemos, no debo salir aún de mi escondite.

Poco después el rey entró en su recámara, esto es, en su dormitorio, se sentó en un sillón, junto á la gran ventana gótica, por la que penetraba la luz que iluminaba el regio aposento, á través de una magnífica vidriera de colores, y se puso á leer los papeles que tenía en la mano.

A poco se abrió la puerta secreta, y apareció la princesa. Venía sola.

—Y bien, don Felipe—dijo—; esa aventura ha desaparecido: ¿quién sabe si se meditaba un crimen valiéndose de un pretexto, y al conocer mi firmeza se ha desistido? La que se llamaba

doña Esperanza de Austria, que ha quedado esperándome en el cuarto de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, no está en él.

—Sin embargo, es muy extraño, mi buena amiga—dijo el rey—que al mandar que se me entregasen los papeles reservados de la corona, para llevarlos conmigo si nos veíamos precisados á evacuar á Madrid, encontrase entre ellos estas pruebas del reconocimiento del rey don Carlos II, de una hija suya, llamada también, como la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, doña Esperanza; y que esa señora haya venido á buscaros diciendo:—Yo soy doña Esperanza de Austria, hija bastarda del rey don Carlos II; tengo las pruebas de ello: presentadme al rey.

—Esas pruebas han podido ser introducidas en los papeles secretos de la corona—dijo con su insinuante audacia la princesa:

—Hay aquí una recomendación escrita de puño y letra de don Carlos II á sus sucesores, para que atiendan á su hija si se les presenta; este autógrafo es una buena recomendación, Ana María; ni ¿para qué debía haberse hecho eso, ni por quién? ¿con qué objeto? Está visto; ese buen rey á quien se creta incapaz de tener sucesión, la ha tenido secreta, fuera de palacio; ya conocemos dos hijas suyas, la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y esa doña Esperanza de Austria: según las fechas, hay un período de doce años desde el nacimiento de la una al de la otra: ¿quién sabe si en el transcurso de esos doce años, ese rey, incapaz de sucesión, según dicen, habrá tenido algunos otros hijos bastardos, que se nos irán presentando cuando menos lo esperemos? Y bien, ¿qué importa? mi abuelo, ya lo sabéis, tiene no sé cuantos hijos bastardos reconocidos y declarados príncipes de la sangre: ¿por qué he de negar yo á la memoria de Carlos II, el enfermo, el desventurado, el mártir, lo que se ha concedido á sí mismo mi gran abuelo, el magnífico rey Luis XIV.

—Y bien, señor—dijo la princesa—; pero es el caso que su alteza ha desaparecido.

—Temería que la prendiéseis, Ana María.

—Yo no me atrevería nunca á prender á una persona real.

—Pues yo conozco alguna real persona, á la que tenéis hace mucho tiempo presa, y á la que no queréis dar libertad.

—¡Ah, señor! dejad á la vejez en su tranquilidad—dijo la princesa con acento dulce.

—Esto es insoportable, Ana María—dijo Felipe V—; yo había creído que veníais convertida por el ejemplo de la Maintenon; decididamente, mi abuelo es más afortunado que yo.

—No es un misterio que madama de Maintenon está secretamente casada con vuestro abuelo; las posiciones no son iguales: madama de Maintenon no ofende á una reina; yo me veré obligada á hacer traición á mi protectora, á la noble Luisa Gabriela de Saboya.

—¿Y la señorita Lavalier?—dijo Felipe V.

—Yo no ocuparía nunca al lado de vuestra majestad el lugar que ocupó al lado del gran rey Luis XIV la señorita Lavalier; ni vos os encontraríais, respecto á mí, en la difícil situación en que se encontraba Luisa Lavalier, ni yo estoy en la situación de aquella desgraciada: permitidme que me retire, don Felipe; tengo que ocuparme mucho en vuestro servicio.

—Id, id—dijo el rey—; pero sated que por una vez más me dejais desesperado.

La princesa salió por la puerta secreta, y el rey quedó profundamente pensativo, sentado junto á la ventana.

CAPITULO VIII

DE CÓMO EL SEÑOR REY DON FELIPE V SE VIÓ EN UN GRANDE APURO

Ursula se quitó el manto y la toca, dejando descubiertos sus magníficos cabellos negros y su hermosa garganta.

Había resuelto presentarse á Felipe V, y quería causarle una gran impresión.

El manto y la toca quedaron entre el lecho y la pared.

Ursula salió de detrás del lecho, y tan distraído estaba el rey, que no se apercibió de su presencia.

Ursula adelantó, y al llegar á cierta distancia se arrodilló.

El rey se levantó: la había visto de improviso.

Su hermosura le había fascinado.

—¿Quién sois?—dijo con una agradable extrañeza.

—Doña Esperanza de Austria, señor—contestó Ursula.

—¡Ahl! ¿vos sois una doña Esperanza de Austria de quien me han hablado hace poco?

—Sí, señor—dijo Ursula—; acaba de hablarme de mí, y por cierto no muy favorablemente, la señora princesa de los Ursinos.

—Levantaos, levantaos, señora, y entendámonos.

Ursula se levantó, y el rey se sentó.

—Decid—dijo Felipe V.

—Por mí hablarán estos papeles, señor—dijo Ursula desdoblado los que había tenido doblados en la mano y presentándolos al rey: he aquí la prueba de mi nacimiento: por una casualidad afortunada, señor, tenéis en la mano los documentos de que éstos que os presentó son copia.

—En efecto, en efecto—dijo Felipe V—; pero según dicen estos papeles, debéis tener sobre vuestro cuerpo señales indudables.

—Las tengo, señor.

—Venid, venid; no quiero que hablemos de un asunto tan grave en un lugar en que podemos ser escuchados.

El rey se levantó, asió de la mano á Ursula, entró en su cámara, cerró la puerta afianzándola para que no pudieran abrirla por el otro lado, y llevó á Ursula á una recámara por cuyo mirador se veían el Campo del Moro y la Vega.

—¿Afirmáis que tenéis sobre vos las señales indicadas en estos papeles?—dijo Felipe V.

—Estoy dispuesta á probarlo, señor.

—¿De quién nos valdremos para ello?—dijo Felipe V.

—De la reina—contestó con resolución Ursula.

—De la reina... de la reina... la reina es toda de su camarera mayor, y no hará nada sin consultarla: nesgraciadamente, señora, la camarera mayor tiene contra vos una gran prevención.

—¿Y quién es la camarera mayor?

—¡Cómo! ¿no lo sabéis?—dijo Felipe V.

—No, señor—contestó Ursula—: he vivido completamente retirada de la corte.

—¿Y cómo es que habéis podido presentaros á mí en mi mismo dormitorio?

—Siguiendo por las puertas por donde han pasado, á la princesa de los Ursinos y á mi hermana la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Cómo!—dijo Felipe V contrariado—: pues qué, ¿sabéis que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves es hija de Carlos II? ¿quién os lo ha dicho?

—Vos mismo, señor, hablando hace poco con la princesa de los Ursinos.

—Entonces habréis oído algo más—dijo el rey verdaderamente azorado.

—Sí, sí señor; lo he oído todo, y me he con-

vencido de que la princesa de los Ursinos hace traición á vuestra majestad.

—¡Oh!—exclamó el rey, asombrado de la audacia de Ursula.

—Yo estaba escondida detrás de vuestro lecho—dijo Ursula.

—¡Oh!—repitió el rey, que no sabía qué responder.

—Y esto—continuó Ursula—, ha sido una fortuna para vuestra majestad, porque como no podrá dudarse de la verdad de mi origen, y vos no querréis faltar á la recomendación de un rey, me daréis en palacio el puesto que me corresponde, y mi hermana y yo velaremos de tal manera por vuestras majestades, que serán inútiles todos los amaños de esa vieja cortesana.

—Sentaos, prima, sentaos, dijo el rey, porque no quería callar y no tuvo otra cosa más á mano que decir.

Ursula se sentó de la misma manera que se hubiera sentado una infanta parienta del rey.

Conoció el apuro en que Felipe V se encontraba, y le aumentó esperando á que hablase.

Felipe V sabía demasiado que vacilar en una conversación importante era perder terreno y no quería perderle.

—Sois divinamente hermosa, prima—la dijo.

Ursula se inclinó con una seriedad que tenía mucho de dureza.

—Me habéis llamado dos veces prima—dijo.

—Os creo señora—contestó Felipe V—, y considerandoos hija de Carlos II, somos primos terceros por mi abuela la señora doña Ana de Austria; así, pues, contaos como de mi familia, y aclaradme el misterio de no haber venido antes á reclamar vuestro rango.

—Antes de que os responda á eso, señor—contestó Ursula—, es necesario que no tengáis duda alguna acerca de quien yo soy: llevadme, os lo suplico, á su majestad la reina.

—Bien, bien, no habéis de presentaros así; tiempo hay.

—Y vos, señor, queréis ganar tiempo...

—Perdonad, pero eso es dudar de mi buena fe, doña Esperanza.

—No dudo de vuestra fe, señor; pero temo la influencia de la princesa.

—La princesa es mi más fiel servidora, y la suponéis intenciones que no tiene: no la conocéis.

—Vos la amáis, señor, y ella os seduce.

—¡Eh, eh! ¿Que la amo yo?—exclamó Felipe V—; ¿estáis segura de ello?

—Lo he oído de vuestra propia boca, escondida detrás de vuestro lecho.

—¡Oh!—exclamó el rey, que empezaba á aturdirse.

—He comprendido la situación—continuó Ursula—; la princesa os disputa sus marchitos encantos que ha prodigado á tantos otros, y os envuelve en su coquetería francesa, en su astucia italiana; esa alta aventurera es una serpiente que se ha enroscado, no á vuestros pies, sino á los pies de la reina.

—¡Oh! ¡oh! esto es muy grave—exclamó el rey.

—En efecto, es gravísimo—continuó Ursula—; tan grave, que puede costaros la corona.

—Permitidme, prima, os suplique que no hablemos de esto; estoy cansado de política.

—Entre tanto, ayer estuvisteis á punto de ser preso con la reina, y dentro de poco os veréis obligado á salir de Madrid, porque no tenéis fuerzas para resistir á los aliados á cuya cabeza viene mi otro primo el archiduque; ¿y sabéis en quién consiste la difícil posición en que os encontráis? En la princesa; su favor, su dominio absoluto sobre vos y sobre la reina, ofende á los nobles españoles, que se ven alejados de los altos cargos los unos, é incluídos en ellos los otros. Monsieur Amelot asiste al Consejo de Estado, y pretende que en él predomine la política francesa; monsieur Gorry, otro francés, dirige la real hacienda, y se duda de su probidad, lo que tal vez puede ser una calumnia, que sin embargo encuentra un grande eco entre los españoles: tenemos en el ejército generales franceses, gentileshombres y altos dignatarios franceses en la casa real.

—Pero yo soy francés, señora—dijo Felipe V, mirando con cierta perplejidad á Ursula, que crecía á sus ojos.

—No, no, señor—dijo Ursula—; vos sois español, porque sois rey de España, y sólo siendo español podéis serlo; despedid á los generales franceses; entregad los cargos públicos á los españoles; cerrad al embajador de Francia las puertas del Consejo de Estado, ó haced que el embajador de España asista á los consejos del rey Luis XIV; despedid á esa aventurera princesa de los Ursinos, que no es otra cosa que una hechura de madama de Maintenon, excitada

por su ejemplo, y un peligro para vuestra buena, noble y valiente esposa.

—¡Eh! ¿qué decís?—exclamó Felipe V, del cual se iba apoderando bastante Ursula.

—Sí, sí, señor—dijo ésta—; la princesa es un peligro para vuestra esposa; no hace mucho que cuando vos la citabais á la Maintenon, os respondió ella: "Madama de Maintenon es, aunque secretamente, esposa de vuestro abuelo." La reina estorba á la princesa de los Ursinos, que se ha propuesto ser reina, y que lo será si vos no sois dócil á los consejos de la razón y de la lealtad.

—Concluyamos, concluyamos—dijo Felipe V—; nos hemos metido no sé cómo en una conversación demasiado grave; en una conversación que no quiero sostener, y en la cual no os conviene obstinaros, porque me obligaréis á desconfiar de vos, á creer que algún enemigo de la princesa os ha introducido en mi cámara.

—Pues me ha introducido en ella, como es lo he dicho, y sin saberlo, la princesa de los Ursinos.

—No más, no más, señora.

—¿Y de qué hemos de hablar?

—Es necesario que os retiréis.

—¡Ah, no! No he llegado hasta aquí para perder mis ventajas; ¿os negáis á llevarme á la cámara de la reina? Pues bien, señor, permaneceré aquí; no habrá medio de sacarme de aquí sino con escándalo.

—Sois terrible.

—Me defiendo como puedo, señor.

—Pero en fin, ¿qué queréis?

—Que me permitais probar que soy hija de Carlos II, reconocida por él, recomendada á vos por él, y que obréis respecto á mí según os aconsejen vuestro honor y vuestra conciencia.

En aquel momento el rey se puso violentamente de pie:

—Es necesario que salgáis al momento de aquí—dijo á Ursula.

—¿Y por qué?—contestó ésta tranquilamente y sin levantarse.

—Mi cuarto está en comunicación con el de la reina; la siento acercarse; ya no es tiempo; permaneced sentada.

El rey se sentó pálido y contrariado.

Se abrieron los tapices de una puerta, y apareció María Luisa Gabriela de Saboya.

Aquella reina niña, altiva, mártir de Felipe V y de la princesa de los Ursinos.

Al verla, Ursula se levantó, adelantó rápidamente y se arrojó á sus pies.

—¿Qué es esto?—dijo María Luisa—que había quedado inmóvil entre los tapices de la puerta, mirando con sorpresa, con una indignación muda, á una mujer hermosísima sentada á la par del rey.

Felipe V se había levantado también, y estaba confuso y aturdido.

—Protegedme, señora, protegedme—dijo Ursula—: habiendo logrado veros, nada temo ya.

—Alzad, alzad y explicaos—dijo la reina—que permanecía inmóvil.

Ursula se levantó y dió á la reina los papeles que había presentado antes al rey, y que el rey le había devuelto.

—¿Sois vos—dijo María Luisa Gabriela—la persona á quien estos documentos se refieren?

—Yo soy, señora.

—¿Lo sabe el rey?

—De esto nos ocupábamos—dijo Felipe V—cuando vos habéis llegado: habéis encontrado sentada á par mío á esta señora, lo que significa que he reconocido en ella á una parienta: estos papeles que he encontrado hojeando los reservados de la corona, están conformes con sus copias, que habéis ya leído: el color de los cabellos, de los ojos y de la tez de doña Esperanza, convienen con las señas exteriores que en estos papeles se indica: en cuante á las interiores, yo no podía ni puedo reconocerlas.

—Yo—dijo la reina—: hacedme la merced de salir, señor.

El rey salió.

La reina cerró las puertas y corrió los tapices.

—Perdonad—dijo llegando á Ursula—: me repugna tanto como puede repugnaros á vos este reconocimiento; pero es necesario: y tratándose de una infanta de España, sólo la reina puede hacer este reconocimiento.

—Doloroso es siempre, señora, para quien ha conservado su pudor sin mancha—dijo enrojeciéndose vivamente Ursula—; pero es preciso: no pretendo ni puedo pretender se me crea por mi palabra, cuando reclamo la alta posición que me corresponde: mirad.

Ursula se desdobló el cordón de su hábito, se desabrochó la camisa, y arrollando la reina estas dos prendas por la espalda, pudo ver las tres cicatrices circulares.

—Bien, bien, basta; os reconozco—dijo la reina.

—No, no, señora, no basta: esas son señales hechas par la mano del hombre, y es necesario que veais las que han sido hechas por la mano de Dios.

Ursula sacó bajo su hábito su blanquísimo pie izquierdo desnudo y calzado con una sandalia franciscana.

En la parte exterior de su talón vió la reina los lunares que se indicaban en el documento.

Eran indudablemente naturales.

—Aún hay más—dijo Ursula.

—Basta, basta: ni vuestro pudor ni el mío consienten que apuremos este reconocimiento; yo no tengo duda alguna, y os declaro doña Esperanza de Austria, infanta de España.

—¡Ah, señorial—exclamó Ursula arrojándose á sus pies conmovida.

—Esto es claro, indudable—dijo la reina—: vos sois doña Esperanza de Austria, nuestra prima, hija del señor rey don Carlos II.

Y dicho esto, con acento afectuoso, aunque grave, la reina besó en la mejilla á Ursula.

—¿Y en qué condición habéis vivido hasta ahora?—dijo María Luisa Gabriela.

—He sido beata, señora—contestó Ursula.

—¿Pero á quiénes habéis tenido por padres? Ursula era demasiado inteligente para revelar la verdad de su historia á la reina.

—Mi madre vive, señora; no he tenido padres supuestos.

—¿Y vive esta cómica, cuyo nombre consta en estos documentos?—dijo la reina.

—Sí, señora; pero mi madre ha muerto para el mundo como cómica; nadie la conoce ya: ha cambiado de nombre; se llama Magdalena.

—¿Y sabíais vos vuestro origen?

—No, señora: mi madre me lo ha revelado cuando me ha creído enamorada de un hombre.

—¿Y quién es ese hombre?—dijo con severidad la reina.

—Un gentilhomme que goza el favor de su majestad: monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¡Ah!—dijo la reina—, pues, ¿á cuántas mujeres ama monsieur de la Chaumiere?

—Creo que á muchas, señora; como creo también que tiene desgracia de no ser amado por ninguna de ellas.

—¿Cómo! ¿vos no le amáis y, sin embargo, á causa de los amores de monsieur de la Chaumiere y para apartaros de ellos, os ha revelado vuestra madre vuestro origen?

—Cuando he conocido mi origen he dejado de amarle, señora.

—Yo entiendo muy poco de amor—dijo la reina—: soy muy joven; pero extraño que hayáis podido dejar de amar, habiendo amado, porque yo, por nada del mundo, dejaría de amar al rey mi esposo.

—Doña Esperanza de Austria ha dejado de ser Ursula Quiñones—dijo con altivez Ursula—: es una criatura nueva: de todo lo que la ha pertenecido, de todo lo que ha sentido, no la queda más que su madre y el amor que la profesa.

—Y decidme: ¿por qué vuestra madre ha guardado tanto tiempo de vos ese importantísimo secreto?

—Porque temía perderme si me lo revelaba.

—¡Ah! el amor de las madres—dijo conmovida la reina.

Y luego, añadió, reponiéndose:

—Habéis dicho que monsieur de la Chaumiere ama á muchas mujeres.

—Me lo ha dicho mi madre, señora.

—Sin embargo, monsieur de la Chaumiere está próximo á casarse con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, por cuya suerte me intereso demasiado.

—Gracias, señora—dijo Ursula.

—¿Por qué me dais las gracias, por el afecto que profeso á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—Porque es mi hermana, señora.

Se enrojoció vivamente la reina.

—¿Quién os ha dicho eso?—exclamó con un vivo interés.

—Lo he conocido yo—contestó Ursula—: en el momento en que la vi me lo dijo el corazón.

—Os habéis engañado—dijo la reina—: la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves se hace interesante por su hermosura, por su bondad...

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves ha sido creada hace seis días grande de España, cuando todo el mundo la conocía como hija del gitano Bizarro.

—¿Así la habéis conocido vos?

—Sí, señora; los locutorios de los conventos son lugares muy frecuentados por las beatas, y en el de las Trinitarias he conocido á Azucena: yo que creía no conocer á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, cuando fui á verla, para que me sirviese de intermediaria para con vuestra majestad, me asombré al reconocer en

ella á Azucena: la elevación ha que se la ha encumbrado es muy extraña: la pregunté el nombre de sus padres y no supo decírmelo: se aturdió, y cuando arrastrada por un impulso de mi corazón la llamé hermana, acabó de aturdirse.

—¿Y os ha dicho ella que es hija de don Carlos II?

—No ha tenido tiempo de decírmelo, porque vino á interrumpirnos la princesa de los Ursinos, con la cual he tenido la desgracia de ponerme frente á frente.

—¿Por qué ha de ser para vos una desgracia el haberos enemistado con la princesa de los Ursinos?

—Dicen que vuestras majestades aman demasiado á la princesa.

—La princesa se ha consagrado á nosotros, merece nuestro cariño, y es necesario que os avengáis con ella.

—Ella, señora, ha de ser la que ha de avenirse conmigo; porque de ella ha venido el ataque: yo no he hecho otra cosa que defenderme.

—Y sin embargo, ya lo habéis visto: la princesa os ha traído á la cámara del rey.

—No, no, señora; yo he llegado á la cámara del rey siguiendo á la princesa.

—Pero autorizada por ella.

—No, señora; la princesa de los Ursinos no sabe que yo he penetrado en la cámara del rey.

—Explicadme eso, porque no puedo comprenderos.

—He entrado en la cámara del rey siguiendo á la princesa, sin que ésta lo supiese, á través de dos puertas secretas.

—¡Dos puertas secretas!

—Sí, sí señora, de dos puertas secretas que ponen en comunicación el cuarto de la princesa con el cuarto del rey.

Pasó algo extraño por el semblante de María Luisa Gabriela.

—La reina es mía—dijo para sí Ursula.

—¿Y os acompañaba la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?—dijo la reina dominándose y dando un sesgo á la conversación.

—No, señora; la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves siguió á la princesa, y yo, que me quedé sola, las seguí á las dos.

—Es decir, que también la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves conoce esas comunicaciones secretas—dijo la reina, por cuyo semblante volvió á pasar algo extraño.

—Sí, señora—dijo Ursula—; yo las conozco también.

—Pero ¿cómo hicisteis para que la princesa y la marquesa no se apercibiesen de que habíais entrado en la cámara del rey?

—La puerta secreta que corresponde al cuarto de su majestad, está en su dormitorio; cuando yo entré, la princesa y la marquesa estaban en la cámara hablando con su majestad; para que al salir no me viesen, me oculté detrás del lecho del rey; allí se han quedado mi manto y mis tocas.

—¿Y por qué os habéis desprendido de ellos?—dijo la reina.

—No sé por qué, señora; pero me fatigaba; estaba calenturienta, me ahogaba.

—Y bien—dijo Felipe V, desde detrás de un portier—: ¿no habéis concluído aun, señora?

—Os presento, señor—dijo la reina llevando de la mano á Ursula—, vuestra prima doña Esperanza de Austria, hija natural reconocida del señor rey don Carlos II.

El rey saludó con una inclinación de cabeza á Ursula, y antes de hablar permaneció algunos momentos perplejo.

Indudablemente le contrariaba aquella nueva parienta que se le venía encima.

—Yo me felicito—dijo—de todo corazón por encontrar en vos una parienta mía; pero á la verdad, por el momento me parece esta situación demasiado embarazosa.

—Como debí parecerosla, señor, la en que os puso hace seis días mi hermana la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Ah, ah!—dijo el rey—; ¿vos sabéis que doña Esperanza de Ayala es hermana vuestra?

—Lo he adivinado, señor.

—Y decidme: ¿cómo lo habéis adivinado? ¿La conocíais acaso?

—La he hablado muchas veces en el convento de las Trinitarias donde se ha educado.

—¡Ah, ah!—dijo el rey, á quien cualquiera conversación le parecía mejor que ocuparse del modo de dar una posición legal á Ursula—: ¿os conocíais!... ¡erais amigas!...

—Permitidme, señor—dijo la reina—; no tenemos tiempo que perder; las circunstancias son graves, el consejo nos espera; tomemos una resolución del momento acerca de vuestra prima, á la cual no podemos desatender, sea cualquiera el aspecto bajo el cual la consideremos.

—Y bien, señora, bien—dijo Felipe V—; de termidad vos lo que mejor os pareciere.

—Puesto que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y doña Esperanza de Austria se han reconocido como hermanas, lo que me parece mejor es que doña Esperanza permanezca por ahora en el cuarto de la marquesa.

—¡Oh! tendré un inmenso placer en ello, señora—repuso Ursula.

—Pues bien, vuestra prima la reina va á llevaros por sí misma al cuarto de vuestra hermana.

—¡Cómo!—dijo el rey—; ¿vais á entrar vos, señora, en presencia de la servidumbre en el cuarto de una de vuestras damas?

—No, al cuarto de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves se pasa por el cuarto de la princesa de los Ursinos—dijo fríamente la reina.

—Ignoro esa circunstancia—dijo el rey—; pero de todos modos, tendréis que entrar públicamente en el cuarto de la camarera mayor.

—¡Ah! no, no, señor—dijo la reina, que acrecía en severa crueldad—; de la misma manera que desde el cuarto de la princesa se pasa al de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, se pasa también del cuarto del rey al cuarto de la princesa.

Felipe V se puso pálido, se aturdió, y contestó con torpeza:

—Pues si eso es verdad, señora, yo lo ignoraba de todo punto; pero debéis engañaros; si hay una tal comunicación, será secreta; y en ese caso, os aseguro que no se ha hecho uso de ella.

—Vuestra prima puede deciros si se ha hecho uso de esa comunicación ó no.

—¡Cómo!—dijo el rey—que á cada momento se mostraba más contrariado, dirigiéndose á Ursula: ¿vos conocéis las cosas del alcázar?

—Perdonad, señor, si esto os contraría—dijo Ursula—: yo no tengo la culpa; todo ello ha sido una casualidad: la necesidad que yo tenía de ampararme de vuestras majestades.

—Bien, bien—dijo la reina—; tiempo sobrado tendremos para ocuparnos de esto. El consejo nos espera, señor; permitidme que lleve á vuestra prima junto á su hermana. ¿Dónde está esa puerta secreta, doña Esperanza?

—En el dormitorio del rey—contestó Ursula.

—Pues vamos, vamos cuanto antes—dijo la reina asiendo de la mano á Ursula y llevándola hacia el dormitorio.

El rey se quedó mudo é inmóvil como una es-

tatua viendo alejarse á su joven esposa y á su hermosísima prima.

Cuando entraron en el dormitorio, Ursula se desasíó de la reina y se dirigió resueltamente al lecho real.

—¿Adónde vais, señora?—dijo la reina con una viva contrariedad.

—Voy á recoger mi manto y mis tocas, que están detrás del lecho del rey, donde me oculté para no ser vista por la princesa de los Ursinos.

—De modo que el rey ha hablado aquí hoy con la princesa.

—Sí, señora; la princesa es vuestra enemiga, y por lo mismo es enemiga mía.

—Veamos dónde está esa puerta secreta—dijo la reina esquivando la conversación.

Ursula se fué á la pared forrada de terciopelo franjeado de oro y flordelisado, apretó una flor de lis, y se abrió una estrecha puerta.

Ursula se apartó para dejar pasar á la reina.

—No, no—dijo Maria Luisa Gabriela—: ese corredor es muy estrecho, y yo no sabría qué hacer, porque no le conozco; vos que le conocéis, servidme de guía.

Ursula, que se había puesto las tocas y el manto, entró por el estrecho pasadizo.

La reina la siguió.

Ursula adelantó, dobló el ángulo, siguió, y llegó á la otra puerta.

Al llegar á ella se detuvo; volvió el semblante hacia la reina, y se puso el dedo en la boca.

Ya hemos dicho que aquel trozo del pasadizo recibía una media luz por algunas saeteras abiertas en el muro.

La reina se detuvo.

Ursula aplicó el oído á la puerta y escuchó.

La reina no podía oír lo que escuchaba Ursula.

CAPITULO IX

LO QUE HABLABAN, CREYÉNDOSE SOLAS, LA PRINCESA Y AZUCENA

Ursula oía la voz irritada de la princesa, pero concentrada, opaca.

—No más réplicas—decía la princesa—: esa mujer puede sernos funesta; he descubierto en ella una fuerza de carácter á toda prueba, y una desmedida ambición: es, en efecto, una infanta de España, y por su manera parece educada en un palacio: ¿de dónde ha salido esa mujer? In-

dudablemente conoce desde hace mucho tiempo su alto origen.

—Hace un año hablaba conmigo de la manera más sencilla del mundo en el locutorio de las madres Trinitarias—dijo Azucena—: de seguro entonces no conocía su origen.

—¿Quién sabe lo que se oculta bajo un aspecto de sencillez?—dijo la princesa—: ¿acaso no tienes en ti misma la prueba de que es muy fácil engañar al mundo? ¿acaso no te creen hija de un rey nuestros buenos soberanos? De la misma manera has podido tú tomar á esa hija de rey por una pobre y oscura beata.

—Pero estas situaciones, estas falsas situaciones son insostenibles, madre mía; por eso me obstino en casarme con ese miserable de la Chaumière, á quien detesto; ha comprometido mi honra, y yo le acepto como instrumento para salir cuanto antes de la corte.

—No se trata ahora de eso—dijo con impaciencia la princesa—: lo que importa es esa mujer; ha desaparecido como un duende, puesto que ni está en tu cuarto ni nadie la ha visto salir: aquí hay una conspiración sin duda: esa mujer cuenta con alguien el alcázar: es necesario que consagres á este negocio toda tu atención; que esa mujer encuentre un muro impenetrable que la impida llegar hasta sus majestades. Necesito ganar tiempo: un día, sólo un día me basta para ponerla completamente fuera de combate: ¿habrán de ser inútiles mis sacrificios? ¿habré de exponerme á perder por un deseuído la influencia que ejerzo sobre Felipe V? No, Azucena, no; es necesario que tú y yo lleguemos á nuestro destino: es necesario que mi hija, la hija de mi amor, cña un día, como su madre, una corona: ayúdame, sé dócil á mis consejos; venzamos, atrayéndonos influencias, al archiduque Carlos; aseguremos la corona en las sienes de Felipe V, y cobremos luego nuestra recompensa; es necesario que un día seas tú solemnemente reconocida como infanta de España: esa mujer estorba: sería demasiado extraordinario el que apareciesen dos infantas hijas naturales reconocidas de un rey tenido por impotente: y sin embargo, Azucena, esa mujer es su hija; su sangre real se revela en ella: aparecen además en su semblante rasgos indudables de la casa de Austria, aunque embellecidos por una gran hermosura. Si vieses en Versalles el retrato de la infanta doña Ana de Austria, esposa de Luis XIV, encontrarías un gran parecido entre ella y esa

mujer, aunque esa mujer es infinitamente más hermosa.

—Y bien, ¿qué pensáis hacer, madre mía?—dijo Azucena.

—Hay un millón de medios sin llegar al crimen—contestó la princesa—: cuando se cuenta con hombres como Bizarro, es muy fácil hacer desaparecer á una persona: puede hacérsela lejos de aquí una fortuna; por ejemplo, en la corte de Francia: el crimen no ha manchado aún mi conciencia, Azucena, y no la manchará nunca: ¿para qué se necesita el crimen habiendo ingenio?

—¿Señora?—dijo una nueva voz con acento respetuoso.

—¿Quién os ha llamado, doña Beatriz?—dijo con impaciencia—pero sin acritud la princesa—: ya sabéis que no gusto de que se me interrumpa.

—Perdóneme vuestra alteza—dijo doña Beatriz, que era dama de honor de Ana María; pero el consejo está reunido, y monsieur Amelot ha venido en persona y se ha obstinado en que se os avise.

—¡Ah, bien!—dijo Ana María—: suplicad á monsieur Amelot que espere un momento.

—Muy bien, señora—dijo la dama.

Transcurrieron algunos momentos de silencio.

Al fin se oyó la voz de la princesa que decía:

—Los negocios de Es'ad nos impiden el que por ahora nos ocupemos más largamente de nuestros negocios particulares: voy á hacerte una sola recomendación: si esa mujer vuelve, como es posible, á ocuparse de ti, retenla á tu lado, entreténla, no la pierdas de vista, sedúcela con la irresistible gracia de tu palabra y de tu afecto: no te olvides de que esa mujer es un gran peligro para nosotros. Adiós, no quiero impacientar al quisquilloso monsieur Amelot.

Ursula oyó el roce de los trajes de seda de las dos señoras que se alejaban; permaneció durante algún tiempo inmóvil, atenta, con la mano puesta en el resorte de la puerta.

La reina estaba visible y fuertemente contrariada: se le hacía muy dura la situación equívoca en que se encontraba, detenida delante de una puerta.

—Y bien—dijo en voz baja—, comprendiendo por la actitud de Ursula que nada tenía ya ésta que escuchar: ¿aún no podemos pasar adelante?

—Es prudente, señora, esperar algunos minutos—dijo Ursula.

—Y bien; ¿qué habéis escuchado?

—Una conspiración contra mí de la señora princesa de los Ursinos, que estaba muy lejos de sospechar que yo me encontraba tan cerca de ella; pero la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves es una excelente joven, y no se prestará a la conspiración de la princesa: cuando gustéis, señora, podemos pasar.

—Pasemos—dijo la reina.

Ursula abrió la puerta, y ella y la reina entraron en el dormitorio, donde, como sabemos, había pasado una noche Azucena.

CAPITULO X

DE CÓMO LA PRINCESA SE VIÓ OBLIGADA A TRAGAR LO QUE NO QUERÍA, Y DE CÓMO MONSIEUR AMELOT TUVO ALGO MÁS QUE ESCRIBIR Á LA CORTE DE VERSALLES

Cuando estuvieron dentro, la reina dijo á Ursula:

—Es necesario obrar de frente; necesario de todo punto, puesto que la princesa conspira contra vos, que yo la haga responsable de vos: adelantemos cuanto antes; quiero coger en su cámara á la princesa.

—Si está aún en ella, señora—respondió Ursula—la acompañará sin duda monsieur Amelot.

—Pues mejor, mucho mejor: así tendremos un buen testigo, y el rey de Francia sabrá, aunque bajo la mayor reserva, que nuestra real familia se ha aumentado con una princesa: adelantad, adelantad, doña Esperanza.

Pasaron de allí á otro dormitorio, y de aquel dormitorio á una cámara donde estaban monsieur Amelot y la princesa de los Ursinos.

Al ver ésta á Ursula, pasó por sus ojos un relámpago de irritación; pero al ver á la reina, que apareció instantáneamente junto á Ursula, palideció densamente, y se puso de pie de una manera nerviosa. Monsieur Amelot se puso también de pie, y á pesar de su profunda reserva diplomática, no pudo reprimir un movimiento de grande extrañeza al ver allí á la reina en compañía de una beata tan hermosa como Ursula, y á la par tan altiva; porque había comprendido su papel y le dominaba.

La reina era más diplomática á pesar de su juventud, más reservada sin parecerlo, y más flexible que la experimentada y sagaz princesa de los Ursinos y que el viejo presidente del Parlamento de París.

Adelantó hacia la princesa sonriéndola, no sólo con afabilidad, sino aun con amor; y en cuanto al embajador de Francia, le dejó comprender un leal afecto.

—Buenos días, mi querida princesa—dijo—; buenos días, señor Amelot: me alegro de encontraros juntos aquí, donde nadie puede oírnos, donde os puedo revelar sin temor un secreto de Estado.

Y asiendo de la mano á Ursula, añadió:

—Os presento mi muy querida prima doña Esperanza de Austria, infanta de España, hija natural reconocida del señor rey don Carlos II.

La princesa y monsieur Amelot se inclinaron profundamente.

Ni Ana María ni el diplomático demostraron la menor contrariedad ni la menor extrañeza, á pesar de que la situación era perfectamente original para monsieur Amelot y demasiado grave para la princesa.

Estaban demasiado acostumbrados á los usos de corte, y para ellos, desde el momento en que la reina les había presentado á Ursula como infanta, Ursula era una infanta como otra cualquiera, pero con un inconcebible traje de beata.

Por lo demás, una infanta no hubiera podido contestar más ceremoniosamente que Ursula al profundo saludo rígidamente ajustado á la etiqueta de aquellos dos cortesanos.

—Por ahora—dijo la reina—, la categoría de nuestra muy querida prima quedará envuelta en el más profundo misterio, constituyendo este misterio un grave secreto de Estado: he querido, sin embargo, que vos lo conozcáis, mi querida Ana María, porque para vos no tengo yo secretos, y como os he encontrado con el respetable monsieur Amelot, no he tenido inconveniente en que conozca también este secreto, porque estoy segura de la discreción del sabio embajador de nuestro querido padre el señor rey Luis XIV.

Se inclinaron á su vez la princesa y el presidente del Parlamento de París.

—A vuestro lado—continuó la reina—, ó mejor dicho, al lado de vuestra amiga la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, quiero que viva esta señora, asistida y respetada, ni más ni menos que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¿Y con qué carácter, señora?—dijo la princesa.

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nie-

ves es un misterio en la corte—dijo la reina—: aumentemos ese misterio, suponiendo una hermana á la marquesa; vos no extrañaréis esto, monsieur Amelot, ni lo extrañarán los que conozcan vuestra corte de Francia, en la cual hay más de un misterio, siendo notable sobre todos el del hombre de la máscara de hierro: el rey mi señor y yo no hemos escondido á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, ni escondemos á doña Esperanza de Austria; pero las ponemos la máscara impenetrable de una historia desconocida; máscara que puede servir tanto como la de hierro del misterioso prisionero de Luis XIV.

La princesa y monsieur Amelot volvieron á inclinarse, resignándose á aquel misterio; pero resueltos interiormente á aclararle si podían.

—Creo—dijo la reina, que vuestro cuarto, mi querida princesa, está en comunicación con el de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: id por ella, traédnosla aquí.

La princesa se inclinó y salió.

La reina permanecía de pie.

De pie é inclinado con cierta elegante facilidad cortesana, monsieur Amelot: de pie, altiva y rígida, Ursula.

La reina se sentó en el sillón que había ocupado la princesa, quedando entre Ursula y monsieur Amelot, y apoyado un brazo en el precioso velador de mosaico con pie de bronce que estaba en el centro de la cámara.

—Y bien, monsieur Amelot—dijo la reina, con una lánguida y triste seriedad, que hace comprender cuán lastimado estaba el corazón de aquella reina casi niña—; decididamente nos abandona vuestro amo á nuestros propios recursos.

—Europa, señora, se coliga contra el gran Luis XIV, asombrada y temerosa de él; la política aconseja temporizar.

—Las contemporizaciones son muestras de miedo, señor presidente—dijo con energía la reina—, y no debemos tener miedo cuando están de nuestra parte la razón y la justicia; se nos sacrifica; no importa; mi mismo padre se coliga contra nosotros; no importa; yo cuento con el valor, con el corazón de mi augusto esposo y con mi propio corazón; nos vemos obligados á abandonar á Madrid; una conspiración miserable, una conspiración cobarde, que la Providencia ha hecho abortar, ha estado á punto de dar el triunfo al archiduque; escaso es el número de las

personas de quienes podemos fiarnos; sólo podemos oponer á los coligados que avanzan victoriosos sobre nosotros, algunos regimientos indisciplinados, minados por la traición; no importa; yo conozco á los españoles y hasta dónde llega la generosidad de su noble corazón; cuando ya no quede otro recurso, tomaré en mis brazos á mi hijo, iré á mezclarme entre ellos, les pediré ayuda, y á la voz de su joven reina, no quedará uno solo que deje quieta su espada en la vaina.

—Indudablemente, señora, indudablemente; el levantado, el heroico espíritu de vuestra majestad vale por cien ejércitos; este es un país en que se siente más que se piensa; en que la galantería y la lealtad son proverbiales; una reina y una dama tal como vos, puede ser y lo será la Juana de Arco de los españoles.

—Pero entre tanto se nos abandona, ó como vos decís, se contemporiza; pero ahí está la princesa, con doña Esperanza de Ayala; dentro de algunos minutos continuaremos en el consejo este asunto.

Ana María y Azucena acababan de entrar y adelantaban hacia la reina.

A cierta distancia de ella se detuvieron, é hicieron una reverencia.

—Doña Esperanza—dijo la reina—, os presento á otra doña Esperanza; á doña Esperanza de Austria, hija natural reconocida del señor rey Carlos II; pero cuya categoría, porque así conviene, se reducirá ahora, y durante el tiempo que sea necesario, á la de hermana vuestra.

—Yo lo tengo á grande honor, señora, y doy las gracias á vuestra majestad por procurarme el placer de ser considerada como hermana de su alteza.

—Os recomiendo el más profundo secreto—dijo la reina—; doña Esperanza de Austria, no pudiendo usar por ahora el apellido de su familia, llevará el vuestro y vivirá con vos, en vuestro mismo cuarto; haced de manera que doña Esperanza, vuestra hermana, sea provista cuanto antes de los trajes y de la servidumbre necesaria: podéis retiraros, señora.

Ursula se adelantó á Azucena, la asió la mano, saludó con afecto y con respeto á la reina, respondió de una manera rígida al saludo de la princesa y de monsieur Amelot, y salió con Azucena.

—Adiós, monsieur Amelot—dijo la reina.

El embajador de Francia se inclinó, y salió.

—¡Diablo! ¡diablo!—murmuró al salir—; me

parece que esta infanta de melodrama es un mal acontecimiento para la buena princesa de los Ursinos; será necesario que mi buen rey conozca este secreto para que tenga algo que pensar y algo que contar la vieja madama de Maintenon.

—¿Qué os parece de esta parienta que se nos ha venido encima cuando menos lo esperábamos, mi querida amiga?—dijo la reina, levantándose y asiendo cariñosamente las manos de la princesa.

—¿Qué queréis que me parezca, señora, una persona que acabo de conocer?—dijo la princesa.

—Vos, mi querida Ana María, tenéis un talento superior, una gran experiencia, y aun creo, Dios me perdone, que poseéis el don de la adivinación.

—¡Oh, señoral Vos teneis algo mejor que la experiencia y que la adivinación: tenéis el corazón: la razón se engaña con mucha frecuencia; pero el sentimiento no se engaña nunca; permitidme que á mi vez os pregunte: ¿qué habéis sentido vos al al conocer á su altez?

—¡Oh! Desconfío de ella.

Brilló una chispa de alegría que la princesa no pudo contener en sus ojos.

—¿Acaso—dijo—, duda vuestra majestad de la legitimidad del origen que se atribuye esa señora?

—No, no puedo dudar de él: la verdad de su origen está comprobada por señales físicas indudables; y además por tres señales artificiales convenidas: desconfío porque me parece ambiciosa, inteligente, audaz: yo hubiera podido alejarla, enviándola á Toledo, con la reina viuda, ó hacer que el rey se hubiera desentendido de ella; pero la he tenido miedo: nuestra situación es muy difícil; no he querido dejarla libre é irritarla contra nosotros: he preferido tenerla cerca, como presa, bajo vuestra vigilancia y al lado de su hermana, de cuya lealtad, de cuyo amor hacia nosotros no puedo dudar: así no es temible: estamos prevenidos, y de otro modo, ¿quién sabe? ¿no os sorprende la distinción, la grandeza, la altivez que se revelan en ella, realzadas por su magnífica hermosura? ¿no sospecháis que doña Esperanza de Austria está acostumbrada á recibir los homenajes que se rinden á una persona real?

—¿Nada os ha revelado esa señora?—dijo la princesa.

—Se ha encerrado en la mayor reserva; se ha

reducido á presentar al rey las pruebas indudables de su origen.

—¿Y cómo ha podido ver al rey? ¿quién la ha presentado?

—Mi querida Ana María—dijo la reina sonriendo con un candor infinito: tenéis que sufrir una queja mía, más que una queja, una acusación: ¿por qué me habéis ocultado que entre vuestro cuarto y el del rey, mi señor, hay una comunicación secreta?

Cogió tan desprevenida este ataque de la reina á la princesa, que se desconcertó.

—¡Ah! no, no—dijo María Luisa Gabriela—: yo no os acuso de otra cosa sino de haberme considerado como á una niña: ya sé yo que es necesario ocultar las influencias; ya sé yo que vos sois el alma del gobierno; pero ¿por qué no me habéis dado participación en esas secretas entrevistas para que yo hubiera aprendido en vuestra grande experiencia? Vamos, vamos, Ana María; yo no puedo salir de vuestro cuarto sino por donde he entrado: no conozco bien esa comunicación: guíadme: nuestro consejo espera y es necesario que no se impacienta.

Y la reina se dirigió hacia el lugar donde estaba la puerta secreta.

La princesa, engañada por la tranquilidad, por el aparente candor de la reina, se tranquilizó.

La creta ciega, niña, dotada cuando más de imprudentes arranques del corazón.

—Y bien—dijo—, abriendo la puerta—, su majestad y yo, que os amamos como merecéis, no hemos querido asustaros hablando delante de vos de cosas harto tristes, porque en verdad, las circunstancias son á cada momento más aflictivas.

Y abrió la puerta.

—Pasad, pasad delante, amiga mía—dijo la reina, siempre tranquila y candorosa—: guíad.

La princesa entró, recorrió el pasadizo angular y abrió otra puerta.

—Hasta dentro de un momento—dijo la reina—: id al consejo, porque las circunstancias son hoy como nunca, difíciles, y necesitamos de todo punto vuestro concurso.

Y estrechando la mano á la princesa y sonriéndola, cruzó rápida y gentil el dormitorio del rey y entró en su cámara.

—¡Ah!—dijo la princesa cerrando la puerta y volviéndose: ¡y para estas cabezas estúpidas hay coronas y grandezas! y yo he vacilado, yo he temido, y ha habido un momento en que me he

creído definitivamente perdida: ¡ahl no; yo lo domino aquí todo: y esa mujer... esa... hija secreta del rey... ¡ahl me la entregan: peor para ella: es fuerte, pero es imprudente: me aborrece ahora; me amará: ¡ohl sí, esa mujer es mía: yo sabré quién es esa mujer; yo la perderé.

Llegó á la otra puerta, la franqueó, llamó á sus damas, se hizo vestir de negro, y se trasladó á la cámara del rey, donde tenía lugar el consejo de Estado.

CAPITULO XI

DE CÓMO SE ADIVINA EN URSULA UN GRAN TALENTO PARA LA INTRIGA

Monsieur de la Chaumiere había abandonado la casa de Carlota, y llevándose siempre preso á Pommeferre en su carroza, se hizo llevar al alcázar.

Una vez llegado á él, recomendando á sus lacayos que no dejasen salir á Pommeferre, entro, subió á la galería de los Infantes, resuelto á ver á Azucena, á preguntarla por la beata y á salir de las dudas mortales en que se encontraba.

Porque es necesario tener en cuenta que el grande amor, que el único amor de monsieur de la Chaumiere, era Ursula.

Esta había ido al alcázar, y la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves debía saber lo que había sucedido.

Lo primero que vió fué al bachiller Marcos Calderón, echado de espaldas contra la pared, cerca de la puerta del cuarto de Azucena.

—¿Qué diablos hacéis aquí?—dijo monsieur de la Chaumiere—: ¿no os he dicho que cuando me veais os pongáis en fuga?

—¿Qué me importa á mí lo que hagan conmigo?—dijo metiéndose por primera vez á valiente el bachiller—: pues qué, ¿no estoy yo desesperado? La tumba, caballero, no es otra cosa que un hecho de reposo, y yo quiero descansar: quiero dormir un sueño profundísimo, durante el cual ni aun pueda soñar con ella.

—¡Ella! ¡ella! ¿Acaso estáis vos aquí porque ella está cerca?

—Vos lo habéis dicho: yo la he traído hasta aquí, valiéndome de las influencias que tengo en el alcázar; hace dos horas que Ursula ha entrado aquí, y aún no ha salido: ¿qué quiere decir esto, caballero? Las audiencias de estos grandes señores son siempre muy breves: ¿por qué no ha salido ya Ursula? Ella venía pálida, irritada, más

hermosa que nunca: ¿á qué ha venido aquí? ¿ha cometido alguna enormidad y se la ha tragado el alcázar? Estos alcázates tienen entradas y salidas ocultas... pero, señor, ¿con quién estoy yo hablando? Estoy solo; monsieur de la Chaumiere se ha perdido también.

En efecto, desde el momento en que monsieur de la Chaumiere había sabido que Ursula estaba en el cuarto de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, había penetrado en él, lleno de cuidado, dejando en el uso de la palabra al bachiller, que charlaba con la vista inclinada al suelo, por miedo á la mirada amenazadora de monsieur de la Chaumiere.

Este se hizo anunciar á Azucena, con toda la autoridad con que puede anunciarse á una dama el hombre que está próximo á ser su esposo.

Azucena hizo le contestasen que le suplicaba esperase, porque en aquel momento la llamaba la princesa de los Ursinos.

Monsieur de la Chaumiere esperó impaciente en la cámara de Azucena.

Al fin ésta le hizo anunciar que la dispensase aún, porque estaba gravemente ocupada.

Monsieur de la Chaumiere vió en esto una tempestad suspendida sobre su cabeza, y su impaciencia, y más que su impaciencia, su terror, se aumentó.

¿Estaba acaso encerrada Azucena con Ursula? Era lo más probable, puesto que Ursula había entrado allí.

¿Se explicaban las dos jóvenes? Era muy posible, cuando tanto duraba su entrevista.

En lo que se ocupaba Azucena era en ataviar por sí misma á Ursula, á la que convenían perfectamente sus trajes, á causa de la semejanza de estatura y de volumen que existía entre ambas.

Además de esto, las dos jóvenes que, como sabemos, se conocían desde hacía mucho tiempo, hablaban seriamente desde algún tiempo antes de que llegase monsieur de la Chaumiere.

A Ursula le era sumamente simpática Azucena: desde el momento en que se quedaron solas, Ursula, que había sorprendido el secreto del parentesco de la princesa y de Azucena, se propuso saber hasta qué punto podía ser la peligrosa su vida común con Azucena.

La tardaba probar si en Azucena había doblez.

La besó, la abrazó y la llamó hermana.

—No, no, señora—dijo Azucena—; yo no

puedo engañaros; pero os suplico guardéis un profundísimo secreto acerca de lo que voy á deciros: yo no soy hija del rey don Carlos II.

—Y bien, ¿qué importa eso para que no seais mi hermana? Me he engañado, suponiendo que sólo á una hija de rey, y porque conviniese ocultar su verdadero origen, podía levantarse adonde os han levantado sus majestades, adoptando un término medio para teneros á su lado; pero es el caso que sus majestades se engañan también, porque tengo la seguridad de que os creen hermana mía.

—Y vos, señora—dijo Azucena—, ¿me pagaréis con una franqueza igual á la que con vos he tenido?

—Sí—contestó dulcemente Ursula—: soy hija natural del rey don Carlos II: lo ignoraba hasta hoy; pero hoy mi madre me ha provisto de pruebas indudables que no han podido menos de reconocer sus majestades; pero si vos no sois hija de mi padre, ¿en qué consiste que la reina os cree tal?

—Dispensadme, señora—dijo Azucena, ¿que mientras hablaba ataviaba á Ursula—: ese secreto no me pertenece.

Ursula pudo muy bien decirle:—Yo conozco vuestro secreto: sois hija de la princesa de los Ursinos—; pero se abstuvo de ello.

No sabía hasta qué punto podía confiar en Azucena.

—Bien, guardad vuestro secreto—la dijo—; no pretendo seros enojosa, cuando hace tanto tiempo que os estimo, y especialmente ahora, que deseo conquistar todo vuestro cariño.

—Contad, no sólo con mi afecto—dijo Azucena—, sino con mi más profundo respeto.

—¡Ah! no, no; deseo encontrar en vos el amor de una hermana; yo soy hija de rey, es cierto: ahora comprendo mi altivez instintiva; pero hace tan poco tiempo que lo sé, que aún no puedo acostumbrarme á mi nueva posición: he sufrido, además, mucho; he sido muy desgraciada, y sé que lo único que hay de inestimable en el mundo es una amistad pura y sincera; ¿puedo contar con la vuestra, amiga mía?

—¡Oh, sí, sí, señora!—dijo Azucena—: no sé en qué me fundo, pero me pareceis buena, noble y generosa.

—He sufrido, y Dios me ha protegido; traigo á palacio una extraña historia; pero en la cual no hay ni una sola mancha: ¿podréis dispensar-

me vuestro aprecio, sin temor de que sea mal otorgado?

—¡Ah, señora! de vos exhala un perfume de castidad y de pureza indudable: siempre ha sido lo mismo: yo hablaba acerca de ello á las madres trinitarias, y siempre me decían:—La hermana Ursula es una santa.

En aquel momento una de las doncellas de Azucena la anunció la visita de monsieur de la Chaumiere.

—Oh, qué impertinencial—dijo á media voz Azucena, pero de modo que lo oyó Ursula—: ¿á qué viene ese hombre?

Y luego añadió en alta voz, dirigiéndose á la doncella:

—Decid á ese caballero que me dispense: que me llame la princesa de los Ursinos; que le suplico que espere.

La doncella salió.

—¿Por qué viene á visitaros monsieur de la Chaumiere, el hombre más despreciable que conozco?—dijo Ursula.

—¡Ah! ¿conocéis vos á monsieur de la Chaumiere?—dijo Azucena con más extrañeza que cuidado.

—¡Oh, sí! le conozco mucho.

—Pues si le conocéis, debéis haber sido objeto de sus galanteos.

—Objeto de la pasión más frenética que ha sentido un hombre por una mujer.

—¿Sí? ¿y por qué no os habéis casado con él, puesto que no conocíais vuestro origen? ¿ha sido acaso porque os lo impedía algún voto?

—Sí, ciertamente; durante mucho tiempo me ha impedido el escuchar las solicitudes de monsieur de la Chaumiere el voto que me había hecho á mí misma de no faltar nunca á mi dignidad.

—¿Pero tan indignamente os ha solicitado monsieur de la Chaumiere?

—Ha pretendido comprarme.

Se enrojeció cuanto puede enrojarse una mujer pura, al escuchar estas palabras Azucena.

—Si yo no os amara ya—dijo Ursula—, me obligaría á amaros la belleza de vuestra alma purísima; sí, sí, somos hermanas, Azucena: permitidme que os dé este hermoso nombre, con el cual os he conocido y os he estimado: somos hermanas, porque se parecen mucho nuestras almas; pero volvamos á monsieur de la Chaumiere: á tiempo he conocido mi origen, porque de otro modo, hubiera sido esposa de ese hombre.

—¿Le amais?—dijo tranquilamente Azucena, como si le hubiese importado muy poco que Ursula amase ó no á de la Chaumiere.

—No—respondió Ursula—; las circunstancias extraordinarias en que ayer me encontré colocada, hicieron para mí una conveniencia de monsieur de la Chaumiere; pero os lo aseguro: me hubiera unido á él con una gran repugnancia, y nunca hubiera podido estimarle.

—¿Y estais segura de que monsieur de la Chaumiere se hubiera casado con vos?

—Segurísima: en cuanto hubiera tenido celos; en cuanto me hubiera visto á punto de casarme con otro.

—Debe hacer algún tiempo que no veis á monsieur de la Chaumiere.

—Sí; hace algunos meses.

—De ese modo, comprendo que no sepáis que monsieur de la Chaumiere está gravemente comprometido á casarse, ó que por mejor decir, ha comprometido á una dama á que se case con él.

—¿Y quién es esa desventurada?

—Yo.

—¡Vos! ¡que estáis vos comprometida á casaros con ese hombre!—exclamó con un supremo interés por Azucena Ursula—: esto es imposible, imposible de todo punto: ¿habrá cometido alguna infamia monsieur de la Chaumiere?

—No—contestó con toda la altivez de la pureza Azucena.

—¿Y cómo es entonces que os veis comprometida á casaros con ese miserable?

—Por mi honor.

—No os comprendo.

—Hay falsas apariencias que me condenan: una carta mía en que yo citaba á monsieur de la Chaumiere á mi cuarto, á las doce de la noche, se perdió, y fué encontrada y leída en la antecámara de la reina.

—Permitidme si aún insisto en mis preguntas, lo que sólo hago por ver si puedo sacaros de la situación extraña en que os encontráis colocada.

—¡Ah! podéis preguntarme cuanto gustéis, sin que me enojéis por ello.

—Gracias: ¿y para qué citábais á monsieur de la Chaumiere á vuestro cuarto á las doce de la noche?

—Para servir á la princesa de los Ursinos, mi protectora; para adquirir noticias acerca de la conspiración que fracasó ayer.

—¡Ah! ¿y monsieur de la Chaumiere podría dáros las?

—Así á lo menos lo creía yo.

—¡Oh! esto es grave, gravísimo—dijo Ursula—; y ello es necesario ver cómo se os saca del apuro.

—Esperad, esperad un momento—dijo Azucena—: voy á mandar supliquen de nuevo á monsieur de la Chaumiere que aguarde.

Y salió.

—Es necesario salvarla—dijo Ursula—: es un angel, y su unión con ese infame la haría terriblemente desgraciada: su cuarto está en comunicación con el de la princesa: ¡oh!... sí, esto es; para algo grave había de servir alguna vez el buen bachiller Marcos Calderón.

Azucena entró.

—Decidme—le preguntó Ursula—: ¿por dónde debía llegar hasta vos monsieur de la Chaumiere? Esos balcones parece que dan á un patinillo; supongo que á las doce de la noche no debía entrar en vuestro cuarto por la puerta monsieur de la Chaumiere.

—Debía entrar por el patinillo para no ser visto: debajo de ese balcón hay una reja.

—Permitidme—dijo Ursula, que estaba ya completamente vestida con un bello traje de damasco leonado, con encajes negros.

Y se fué al balcón, le abrió, miró, y vió el pequeño patinillo triangular que sólo tenía en uno de sus lados balcones: éstos eran tres: cada uno de ellos tenía debajo, como hemos dicho, una gran reja.

—¿Son vuestros también esos balcones—dijo Ursula.

—Uno sólo de ellos—contestó Azucena; el otro corresponde al cuarto de la princesa: ¿por qué me habéis hecho esa pregunta?

—En verdad que no lo sé; por nada—dijo Ursula, retirándose del balcón y cerrándole—: ¿queréis darme recado de escribir?

—Con mucho gusto—dijo Azucena, yendo á una papellera, abriéndola y sacando de ella un precioso recado de escribir y poniéndolo sobre la mesa.

Ursula se sentó y escribió lo siguiente:

“Señora princesa de los Ursinos:

No quiero incomodaros con una visita, y prefiero escribiros. Paréceme que estáis mal prevenida contra mí, y sentiría mucho que siendo vos tanto de sus majestades, no existiese entre nosotros la mejor armonía.—Aguardo impaciente



vuestra respuesta, en la que espero me deis la seguridad de que estimáis y correspondéis el sincero afecto que os ofrezco con toda la lealtad de mi alma.—Vuestra, Esperanza de Ayala“.

Ursula cerró esta carta y dijo á Azucena.

—Hacedme el favor de mandar lleven esta carta á la princesa; transijo con ella; no quiero enemistades en palacio, y mucho menos con una persona tan influyente y tan querida de sus majestades como la princesa: á más de eso, por vos, á quien amo como á una hermana, quiero obtener, si no la confianza, la benevolencia de esa señora: á mi cargo queda el que quede satisfecha de mí.

—La princesa está en el consejo de Estado—dijo Azucena—: sin embargo, aunque la lea más tarde, haré que al momento la lleven esta carta.

—Gracias—dijo Ursula.

Azucena llamó á una doncella y le entregó la carta.

—Me parece que no tendréis necesidad de casaros con monsieur de la Chaumiere—dijo Ursula cuando se fué la doncella.

—¡Quisiéralo Dios!—dijo Azucena—; pero aquella inocente carta mía ha sido muy mal interpretada.

—Confíad en mí—dijo Ursula—: ¿quién sabe lo que yo puedo hacer por vos? Ahora, si os parece, no hagamos esperar más á monsieur de la Chaumiere; y digo “no hagamos”, porque me atrevo á suplicaros me permitáis os acompañe.

—¡Oh, sí!—dijo Azucena—: prefiero vuestra compañía á la de una dueña; y á más siento una gran curiosidad por ver el rostro que pondrá monsieur de la Chaumiere al veros junto á mí; si yo le amara, recelaría; porque estáis hermosísima, señora.

—Nunca tanto como vos: mis veintiocho años son una gran desventaja contra vuestros diez y siete.

—Vamos—dijo Azucena sonriendo y llevando asida de la mano á Ursula.

Salió del gabinete, atravesó una recámara, y entró en una cámara, donde paseando y sombrero en mano, esperaba impaciente monsieur de la Chaumiere.

CAPITULO XII

UNA TELA DE ARAÑA

Monsieur de la Chaumiere, que tenía inclinada la cabeza bajo el peso de sus cavilaciones, la

levantó deteniendo su paseo, al sentir el roce de un traje de las dos jóvenes sobre el pavimento.

Al ver á Ursula, se puso pálido y retrocedió.

—No, no puede ser—dijo de una manera involuntaria.

Y reprimiéndose, las saludó con una reverencia que no hubiera sido más profunda si hubiera tenido delante de sí al gran Luis XIV.

—Os presento mi hermana doña María de Avala—dijo Azucena, que mantenía asida de la mano á Ursula.

—¡Vuestra hermana!—exclamó monsieur de la Chaumiere—: indudablemente me he equivocado: aún me equivoco; esto no puede ser, como no sea yo objeto de una fascinación.

—Tal vez, monsieur de la Chaumiere: ¿conocéis á mi hermana?

Monsieur de la Chaumiere miraba cada vez con más insistencia, con más turbación á Ursula, que se le mostraba tan indiferente como si nunca le hubiera visto.

Monsieur de la Chaumiere, hasta entonces no había visto á Ursula sino con su traje de beata, cubierta la admirable garganta y los negrísimos y ricos cabellos con la toca.

Estaba transformada: parecía infinitamente más hermosa.

Monsieur de la Chaumiere tenía la seguridad de que Ursula había entrado en el cuarto de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y de que no había salido.

Era, pues, muy extraño le presentase Azucena, llamándola su hermana, una dama tan esbelta, tan ricamente vestida, tan bellamente prendida, tan altiva, tan severa, y cuyo semblante era tan parecido, mejor dicho, tan igual al de Ursula.

Esta le dejó por algún tiempo en su perplejidad.

—¿Qué os sucede, monsieur de la Chaumiere?—dijo al fin—: reconocedme: soy yo, ó mejor dicho, yo era Ursula Quiñones.

Esta salida aumentó la perplejidad de monsieur de la Chaumiere.

No podía explicarse el cambio de traje de Ursula y aquello de hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Ahl ¡yal—dijo al fin—: ¿habréis sabido mi próximo enlace con esta señora, y?

—Nada de suposiciones, amigo mío—dijo Azucena—: doña María es mi hermana: sentémonos, os lo suplico.

Las dos jóvenes se sentaron en el canapé, y monsieur de la Chaumiere, completamente aturdido, en un sillón junto á ellas.

—Decidme, Horacio—dijo Ursula—¿no sentís remordimiento por haber aprovechado una casualidad que ha comprometido á mi hermana á aceptar un enlace con vos, que detesta?

—¿Y qué medio me quedaba, señora?—dijo monsieur de la Chaumiere, que de pálido que estaba antes se había vuelto tan encendido como si toda su sangre se le hubiera subido á la cabeza —: no he sido yo quien ha producido el compromiso en que la marquesa se encuentra.

—¿Y qué habéis hecho de vuestra experiencia y de vuestro ingenio de cortesano? Sois un pobre hombre, monsieur de la Chaumiere, y bien sabía yo por qué no hacía caso de vuestras pretensiones: aún no hace dos horas que estoy en palacio, y ya he encontrado un medio para salvar de vos á mi hermana.

—¿Y qué medio es ese?—dijo vivamente monsieur de la Chaumiere.

—Permitidme, amigo mío—dijo Ursula—; vos no tenéis derecho á que yo os revele mis secretos: no os casaréis, yo os lo aseguro, con la marquesa.

Monsieur de la Chaumiere no se arrevió á contestar: temió cometer una torpeza.

Ursula, transformada, había crecido en encantos para él, y por otra parte, Azucena representaba su ambición.

—¡Ojalá—dijo Azucena—: cesemos en esto: ¿para qué me necesitabais, monsieur de la Chaumiere?

—¡Para qué! necesitaba veros; necesitaba repetirlos que me disculpaseis de lo que no soy culpable; de prestar me a sacrificaros... porque yo... bien lo sabéis... ninguna parte tengo...

—Me parecéis un novicio, de la Chaumiere—dijo Ursula—: yo sé por qué habéis venido aquí.

—Tal vez... sí... pero yo... dijo cada vez más turbado monsieur de la Chaumiere.

—Sí—dijo Ursula—; vuestro asistente, vuestro criado Pommeferre, que por su cualidad de mosquetero negro, no puede casarse sin la licencia de su capitán, de vos, os ha llevado esta mañana una carta mía en que yo os suplicaba le diéseis licencia para casarse conmigo.

—¡Cómo!—dijo Azucena—: tú, mi querida María, estás ó estabas en la situación de casarte con un criado de monsieur de la Chaumiere?

—Tú no conoces mi historia, Esperanza: aún

no he tenido tiempo de referírtela: la verdad es que aunque yo estaba muy lejos de casarme con ese pobre diablo de Pommeferre, le envié á su amo con una carta en que le pedía su licencia para casarme con él.

—¿Y por qué eso?—dijo con curiosidad Azucena.

—¿Por qué? porque amo á monsieur de la Chaumiere; y porque monsieur de la Chaumiere me ama tanto, que no podría resistir el que yo me casase con otro.

Y al decir esto, Ursula oprimió ligeramente la mano de Azucena que mantenía en la suya, como indicándola que sus palabras no eran otra cosa que un ardid.

Monsieur de la Chaumiere acabó de desconcertarse.

En aquel momento, una doncella anunció á Azucena que la princesa de los Ursinos la esperaba.

Azucena se levantó, y dijo á monsieur de la Chaumiere:

—Perdonad; pero ya veis: tenemos necesidad de retirarnos: adiós.

Y salió con Ursula por la misma puerta por donde habían entrado.

Monsieur de la Chaumiere, como si hubiera esperado algo, permaneció indeciso en la cámara.

En efecto, su instinto no le había engañado.

Volvió á aparecer Ursula: sola.

Adelantó grave, severa, altiva; se sentó en el canapé y dijo á monsieur de la Chaumiere:

—Sentaos.

Monsieur de la Chaumiere se sentó, dominado por Ursula.

—Vos habéis venido aquí—dijo—, temiendo que la pobre beata dificultase vuestra unión con la noble marquesa, y os habeis encontrado, en vez de Ursula, con la infanta de España doña Esperanza de Austria, hermana de otra infanta de España, que se llama también doña Esperanza de Austria, pero á quien se conoce con el nombre de doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Dijo de tal manera Ursula estas palabras, que monsieur de la Chaumiere se puso de pie.

Miró con ansia á la joven, y como si sus rodillas se hubiesen doblado por sí mismas, cayó á sus pies.

—¿A quién rendís ese homenaje?—dijo Ursula con un acento que hizo estremecer á monsieur

de la Chaumiere, por lo dulce, por lo insinuante, por lo sentido, al mismo tiempo que la mirada de la joven, entumecida, seductora, se fijaba en sus ojos: ¿á la infanta doña Esperanza de Austria, ó á la humilde beata Ursula Quiñones?

—Yo estoy loco—dijo monsieur de la Chaumiere—; tengo fuego en la cabeza y en el corazón; estoy deslumbrado, sufro mucho, tened compasión de mí.

—Alzáos, alzáoos y serenáoos, Horacio—dijo Ursula—; me lastima el veros sufrir de ese modo.

Monsieur de la Chaumiere se levantó se sentó, y miró con ansia á Ursula.

—Y sin embargo—continuó ésta—, merecéis vuestro sufrimiento, porque habéis sido muy cruel conmigo.

—¿Cruel con vos, señora?—exclamó monsieur de la Chaumiere—: ¿cruel con vos, y habéis sido la criatura á quien más he amado?

—¡Habéis amado á tantas, Horacio!

—¡Ah, no! Yo no sabía lo que era el amor hasta que vos me lo habéis inspirado.

—¿Será cierto?—dijo Ursula, mirando fija y grave á monsieur de la Chaumiere—: seréis completamente mío?

—Vuestro con toda mi alma.

—¿Por qué, pues, estáis á punto de casaros con mi hermana? ¿Por qué, si sabéis que ella no os ama y vos no la amáis, os habéis prestado á este enlace?

—Por ambición.

—¿Y habéis vendido á vuestra ambición vuestra alma, y no habéis dudado en sacrificar á una joven digna y pura, aprovechando un compromiso en que sin voluntad se ha encontrado envuelta?

—Yo no he sido el autor de ese compromiso.

—Habéis podido deshacerle.

—¿Y cómo, señora?

—Por medio de una intriga. ¿Para qué os habéis hecho palaciego, si no sabéis intrigar? Y si sabéis intrigar, ¿por qué habéis cometido la infamia de obligar al sacrificio á una criatura tal como mi hermana? A más de eso, ¿cómo habéis podido llegar hasta la crueldad de causar mi desesperación, y tal vez mi condenación por desesperada?

—¡Vos! ¿Desesperada vos por mi unión con otra? ¿Pues no me habéis despreciado siempre?

—Me veía obligada á despreciaros, porque me pedíais mi infamia; porque al pedírmela, me desconocíais y me despreciábais; porque habéis

llegado hasta el caso de darme dinero, que yo tomaba porque quería probaros que el dinero vuestro de nada me servía, y ha llegado el momento de que os lo pruebe; el tío Manzampulas, el verdugo de la villa de Madrid, os devolverá los dos mil ducados que me habéis dado en diferentes ocasiones, en tantos paquetes como cantidades me habéis entregado: yo no he tocado á ese dinero más que para envolverle y guardarle, pensando siempre en devolvérosle un día, y deciros al devolvéroslo: yo no puedo pertenecer sino legítimamente al hombre que posea mi alma; y mi alma no se compra con todos los tesoros del mundo.

—Esto es terrible—exclamó monsieur de la Chaumiere—: yo os amaba con toda mi alma; pero mi amor ha crecido hasta el punto de que no puedo explicaros la pasión que siento por vos.

—Vengamos, vengamos á lo que más importa, esto es, al compromiso en que se encuentra mi hermana, y que si buenamente no se rompe, causará mi desesperación.

—¿Y cómo romperle?

—Ayudadme, Horacio, ayudadme: empezad por iros á la antecámara del rey, á la antecámara de la reina, afectando de una manera tál, que engañéis á todo el mundo, una profunda tristeza, una gran desesperación: todos creerán que vuestra desesperación consiste en que habéis perdido el favor del rey, y os preguntarán con una cariñosa solicitud, con la buena intención de complacerse con vuestras quejas; decidles entonces que vuestra desesperación consiste en que os veis obligado á hacer pagar á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves culpas ajenas á causa de la natural interpretación que se ha dado á una malhadada carta perdida por un lamentable descuido en la antecámara de la reina, en la que la marquesa os citaba á su cuarto á la media noche.

—¿Y cómo destruir el efecto natural de esa carta?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Por medio de una mentira, á la que vuestro talento puede dar todas las apariencias de verdad.

—Explicarme, porque no comprendo.

—Todo el mundo sabe en palacio que el cuarto de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves se comunica con el de la princesa de los Ursinos.

—¡Ah!—exclamó, comprendiendo, monsieur de la Chaumiere.

—Sí, soltad el muerto á la princesa—dijo Ursula—y conseguiremos á la vez dos resultados importantísimos: en primer lugar habremos rescatado de la desventura en que la envolvería el ser vuestra á mi hermana, y habremos matado la influencia de la princesa para con el rey, que os lo aseguro, es funestísima.

—Pero al caer de su gracia la princesa por los celos del rey, caeré yo también de su gracia.

—Yo os sostendré haciéndoos feliz, y este es otro gran resultado de nuestra intriga, que es necesaria, justa y conveniente.

—De todos modos aparecerá la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves como un instrumento poco digno de la princesa.

—Salvemos por ahora su honra y su felicidad, que después salvaremos su dignidad: comprendedme bien; haced creer á todo el mundo que la marquesa os citaba, no por ella, sino por la princesa de los Ursinos: todos os creerán, porque todos en palacio, á excepción del rey, y empezando por la reina, aborrecen á la princesa, que dominando al rey, es el rey verdadero.

—¿Y creéis que sea fácil envolver en una intriga á la princesa de los Ursinos, que es el espíritu de la intriga?

—Preparad vos el terreno, que yo os daré tales pruebas, que nadie podrá dudar, que el rey se irritará, y la pérdida de la princesa será irremediable.

—Y la mía también.

—Yo os salvaré.

—Estoy viendo abrirse para mí, á pesar de toda la influencia que podáis tener, las puertas del calabozo de un castillo, donde me sepultaran en vida.

—Y del cual os haré yo resucitar para que lleguéis á la gloria de ser mío y de ser yo vuestra.

—Tenéis sobre mí un poder incontrastable: haré todo lo que queráis.

—Pues bien, empezad desde el momento, y no os olvidéis de que la recompensa excederá en valor al servicio; os advierto que nada de esta intriga conoce la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: no cometáis ninguna imprudencia respecto á ella, porque ella es mucha cosa de la princesa de los Ursinos, y de seguro echará á pique nuestra intriga. A propósito: la siento venir; idos: no conviene que os encuentre aquí.

Monsieur de la Chaumiere se levantó, asió la

mano de Ursula sin que ésta opusiese resistencia, se la besó y escapó.

Poco después entró Azucena.

Traía una carta en la mano.

—¿Qué carta es esa?—la preguntó con una amable curiosidad Ursula.

—La contestación de la princesa á vuestra carta—dijo Azucena, entregando la que tenía en la mano á Ursula.

—¿Y cómo ha acogido mi carta esa señora?

—Con extrañeza.

—¡Ahl pues no comprendo esa extrañeza: de mi deber era salvar todas las dificultades de trato y de buena inteligencia con una persona tan importante y tan influyente con sus majestades como esa señora.

—La princesa me ha encargado os diga que os contesta por escrito en vez de apresurarse á contestaros de palabra, porque no se cree autorizada para faltar á las consideraciones que se deben á vuestro rango, negándoos una contestación á esa carta vuestra.

—Veamos, veamos lo que me dice la princesa—dijo Ursula, abriendo la carta y leyendo lo siguiente:

“Señora: Después de daros las gracias por la inesperada honra que me concedéis escribiéndome, me apresuro á desvanecer vuestro temor de que yo esté mal prevenida contra vos. Natural era que yo extrañase vuestra repentina aparición, de la cual yo no tenía antecedente alguno; os suplico me dispenséis si en los primeros momentos me mostré con vos reservada. Es para mí una verdadera felicidad el poder expresaros mi adhesión y mi respeto; y tal haré, que vos me concederéis vuestra confianza. Concluiría aquí; pero reparo en que vuestra carta tiene por firma el nombre de “Esperanza de Ayala”: vuestra hermana se llama también Esperanza, y esto parecería demasiado extraño: la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves me ha dicho que obligada á presentaros á su prometido monsieur de la Chaumiere como hermana suya, os ha dado el nombre de María: me atrevo á suplicaros conservéis ese hermoso nombre que es siempre el vuestro, puesto que os llamáis doña María de la Esperanza. Dejad vos la Esperanza á vuestra noble hermana, y aceptad por nombre único y sin advocación el que llevó durante su santa vida la Virgen Madre de Dios.—Soy con el más profundo respeto vuestra más humilde y apasionada servidora, *Ana María de la Tremoille.*”

—¡Oh! ya lo sabía yo—dijo Ursula—: una mujer tal como la princesa de los Ursinos no podía descender á pequeñeces.

En los ojos de Ursula, fijos en la carta, brillaba una alegría inmensa.

—Os salvaré, os salvaré, mi querida Azucena—dijo Ursula—: yo os juro que no seréis esposa de monsieur de la Chaumière.

—¡Oh! ¡quisiéralo Dios!—exclamó la joven.

—¿Amáis á alguien, Azucena?—la preguntó con una viva y sincera solicitud Ursula.

—No, aún no he amado—contestó Azucena, poniéndose vivamente encendida.

—¡Ah!—exclamó Ursula—de hoy en adelante respetaré el misterio de ese amor ignorado que se revela en la sangre que asoma á vuestro semblante; tal vez, en un día no muy lejano, me abráis vuestro corazón: entonces yo seré para vos vuestra amiga, vuestra hermana, vuestra madre, todo.

—¡Oh! ¡gracias, señora! La verdad es que soy muy infeliz; que más valiera que nunca me hubieran sacado de mi oscuridad; que yo me hubiera creído siempre gitana é hija de Bizarro. Pero dispensadme, señora, no sé lo que sucede: la princesa me ha dicho que en cuanto os entregue su carta vuelva á su lado: me veo obligada á complacer á la princesa por amor y por deber. Adiós; hasta el momento en que la princesa me deje libre.

Y Azucena salió.

—¡Ah! la princesa es mía—dijo Ursula, mirando con creciente alegría la carta que aún tenía en la mano.

Y saliendo de la cámara y atravesando la recámara, entró en el gabinete, sobre una de cuyas mesas estaba aún el recado de escribir.

Ursula se sentó y escribió lo siguiente:

“Mi querido Horacio: Un descuido de una doncella de la marquezía de Nuestra Señora de las Nieves, ha hecho se perdiese en la antecámara de la reina una carta de la marquesa en que te citaba á su cuarto á la media noche; preveo las consecuencias; todos creerán que entre la marquesa y tú existen relaciones amorosas; y como la reina protege de tal modo á la marquesa, tu casamiento con ella es irremediable. Esto me desespera: en mal hora pensé yo en valerme de la marquesa para encubrir mejor nuestros peligrosos amores. Esta carta llegará de seguro á tus manos, porque me valgo de una persona de gran confianza. Ven esta noche después

de las dos por el patinillo; tengo ansia de hablar contigo.—Tuya, tuya hasta la eternidad, Ana María.”

Ursula metió esta carta dentro de la de la princesa, las guardó en su seno, volvió á la cámara, y llamó agitando la campanilla.

Se presentó una doncella.

—Salid á la puerta de este cuarto—la dijo Ursula—: en la galería debe estar un hombre alto, flaco, viejo, pobre, raro, que se llama Marcos; traedle con vos.

La doncella salió.

—De seguro, el buen Marcos Calderón—dijo Ursula—está ahí; porque si hubieran pretendido echarle, hubiera movido un escándalo tal, que el ruido hubiera llegado hasta aquí: ¡ah! cuando una mujer inspira generalmente el amor, cualquiera que sea el amor que inspire, tiene una fuerza imponderable: el hombre es esclavo sin condiciones de la mujer á quien ama, y no hay hombre, por despreciable que sea, que en una situación dada no sirva para mucho.

La presencia de Marcos Calderón, todo encogido, todo asustado, todo asombrado, en la cámara, cortó el monólogo de Ursula.

La doncella que había introducido hasta allí al bachiller, se retiró, y Ursula y él quedaron solos.

—¿Pero qué es esto?—dijo juntando las manos el menguado bachiller y mirando con una ansiedad risible á Ursula—¿que Ovidio es el autor de esta maravillosa metamorfosis? ¿qué cambio es éste? ¡desdichado de mí! ¿dónde está aquella humilde beata que era mi esperanza y mi alegría? ¡oh, y cómo habéis crecido en hermosura! ¡oh, y cómo he crecido yo en desdicha!

—Yo soy siempre vuestra amiga, mi buen Marcos—dijo Ursula—: en mi fortuna es cierto ha habido una gran transformación, que sin embargo en nada ha entibiado el afecto que desde que os conozco os profeso: tened por vuestra la escuela de gramática que deseabais en la Universidad de Salamanca.

—Ese era mi sueño, mi querido sueño: sueño que vos hacíais de color de rosa—exclamó compungido y lloroso el pobre bachiller—; pero yo también me he transformado, porque yo soy un satélite vuestro: porque vos me arrastráis con vos: sois mi centro: ¡oh, Dios mío, Dios mío!... y yo que había esperado pasar la vida á vuestro lado!

—La pasaréis, Marcos, la pasaréis.

—Pero ¿y cómo? ¿y la escuela de gramática?
—¡Ahl sí apreciáis más la escuela de gramática que á mí, idos.

—¡Irmel ¡irme sin vos! eso no puede ser.

—Pues quedaos.

—Sí, quedaos, quedaos á sufrir el martirio de verme enamorada de otro, casada con otro.

—Yo no amo á nadie, amigo mío.

—¿Cómo! ¿pues no ibeis á casaros?

—Ese ha sido un ardid que ha dado por resultado la posición en que me encontráis.

—¿Y qué posición es la vuestra? ¿la de doncella de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves? Vos no habeis nacido para ser doncella de nadie: vos habeis nacido para ser reina.

—¡Reina!—dijo con acento opaco Ursula.

Y quedó profundamente pensativa.

—Reina, sí, reina—dijo Marcos Calderón—: pues qué, ¿hay otra mujer tan hermosa como vos en el mundo? ¿no os ha hecho Dios reina de la hermosura; más que reina, diosa? ¡ahl no; vos no debeis servir á nadie: ¿por qué habeis de servir á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves es mi hermana.

—¡Vuestta hermana! ¿os ha dicho que os quiere como si fuérais su hermana? ya lo creo; como que vos tenéis el don de encantar á todo el mundo, hasta á las mujeres; pero no os fieis: estas grandes señoras están de buen humor un minuto al día, y el resto no se las puede resistir.

—Es mi hermana, por la sangre; hija de mi padre.

—¡Ahl ¡ya!—dijo abriendo enormemente los ojos y la boca el bachiller—; ¿pero cómo habeis descubierto esto?

—Eso es muy largo, amigo mío, y no tenemos tiempo que perder: os he llamado para un asunto importantísimo, y cuento con vos.

—Podéis contar con mi vida, y no digo con mi alma por no ofender á Dios.

—Tomad—dijo Ursula, sacando del seno la carta que había escrito á nombre de la princesa, y la que la princesa la había enviado por medio de Azucena, respondiendo á la que Ursula la había escrito—: esta carta es de la princesa de los Ursinos; miradla bien.

—Oh, señoral—dijo Marcos Calderón, poniéndose pálido á medida que leía la carta—: ¿quién sois que con tal respeto os trata la prin-

cesa de los Ursinos, la soberbia princesa de los Ursinos?

—Casi una infanta, amigo mío.

Marcos Calderón se puso malo.

—¡Oh! desdichado de mí—exclamó.

—¿Habeis visto bien la carta de la princesa?—dijo Ursula.

—Sí, sí, señora, demasiado bien: ¿pero para qué me habeis hecho ver esta carta?

—Vos falsificais la letra de cualquiera á la perfección.

—Sí, sí, señora; algunas veces, cediendo al poder que tenéis sobre mí, he cometido el delito de falsificación.

—Pues bien, cometedle de nuevo, si estais seguro de falsificar de tal modo la letra de la princesa, que la carta que vos escribais pase por suya.

—Sí, estoy seguro, segurísimo; letras más difíciles me habeis hecho falsificar: ¿pero qué he de escribir, señora?

—Copiad este borrador.

—Le copiaré; lo haré de tal modo que la misma princesa dudará de si lo ha escrito ó no.

—¿Y cuánto tiempo empleareis en ello?

—Dos horas.

—Pues bien, dentro de dos horas venid á buscarme y decid que necesitáis hablar conmigo, con doña María de Ayala; yo habré advertido que os reciban: ¡ahl me olvidaba: poned el sobre de la carta á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere: no perdamos el tiempo; idos.

Marcos, dominado por Ursula, salió.

Esta murmuró cuando se quedó sola:

—Esa mujer estorba, y es necesario librarse de ella.

CAPITULO XIII

DE GÓMO URSULA PUSO EN UN GRAVE COMPROMISO Á FELIPE V

Ursula fué presentada á la corte como hermana de Azucena, con el nombre de doña María de Ayala, y nombrada dama de honor de la reina.

Esto sucedió al día siguiente de su entrada en el alcázar.

Se la dió cuarto independiente como dama de honor, y se la pusieron dueñas, en atención á su estado de soltera.

La corte tenía á la vista un nuevo misterio, y se murmuraba mucho; particularmente monsieur

Amelot estaba vivamente preocupado y gravemente aburrido.

Todos y todas, particularmente la Torrejoncilla, estaban sobre él á propósito de las dos hermanas.

Monsieur de la Chaumiere había dicho á todo el mundo, bajo el más profundo secreto, que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves era hija de un rey, y que la clave de este misterio la tenían la princesa de los Ursinos y el embajador de Luis XIV, con los cuales había venido á Madrid la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Monsieur Amelot sudaba, trasudaba, se impacientaba, cuando la Torrejoncilla, con su viva y graciosa malicia, le decía:

—Vamos, caballero, reveladme en confianza el nombre de ese rey que nos ha enviado esas dos princesas incógnitas; yo guardaré el más profundo secreto: tened compasión de mí, monsieur Amelot, porque muero de curiosidad.

—Ese rey debe ser una especie de Salomón—decía monsieur Amelot— pretendiendo librarse con una contestación picante de la graciosa impertinente, y tener como él ochocientas concubinas, de lo cual han de resultar necesariamente infinidad de príncipes bastardos.

La Torrejoncilla contó á todo el mundo esta respuesta, en la que se encontró una alusión al gran Luis XIV, á cuyo rey, en cuanto al número de sus concubinas, nada había que pedir.

Se tomaron datos, y se encontró que Bizarro, que había pasado por padre de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, había estado en París por la época del nacimiento de la marquesa.

Averiguóse también que la princesa de los Ursinos había estado por aquel tiempo en Versalles y había sido objeto de grandes distinciones de Luis XIV.

Tomóse acta de que la marquesa había sido educada en el convento de Trinitarias de Madrid como una hija de casa noble, y ya no se pudo dudar. La marquesa era hija bastarda de Luis XIV, habida con la princesa de los Ursinos.

La situación de Azucena en la corte de España se explicaba, pues, perfectamente.

Felipe V se veía obligado á complacer por una parte á su abuelo, y por otra á la princesa de los Ursinos.

Todo esto era el resultado de una respuesta evasiva de monsieur Amelot.

Sabido es que los grandes diplomáticos, y monsieur Amelot pasaba por tal, nunca responden categóricamente á las preguntas graves. Pero cuando responden como había respondido monsieur Amelot, hacen lo que les es posible, porque á través de su ambigua contestación se vea la verdad.

Así son generalmente todos los chismes de los palacios: lo que se supone cierto está muy lejos de serlo.

Siendo hija la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves del gran Luis XIV, y hermana suya por parte de padre, como parecía haberse querido indicar dando á Ursula el mismo apellido que á la marquesa, era evidente que Ursula provenía también del gran Luis XIV; pero como tenía veintiocho años, y se averiguó que la princesa no había estado en Francia por la fecha en que debió acontecer el nacimiento de Ursula, se cogió el milagro á la señora de Lavalliere.

A Ursula, como sabemos, la habían conocido lajo el aspecto de beata muchos señores; pero ninguno podía contar nada en perjuicio de su honor, y sabido es que muchos secretos de Estado se han cubierto con las más humildes y groseras apariencias.

No había que extrañar que tuviese todo el carácter de una novela extraordinaria la historia de las hijas bastardas de un rey que, como Luis XIV, había tenido una larga progenie ilegítima, cuya gran parte había ocultado por temor al escándalo.

Sin embargo, no era pequeño el que había dado reconociendo como príncipes de la sangre á los hijos de la Montespan y de la Maintenon.

—Quién sabe—decían los cortesanos de Felipe V—, si la posición que el rey nuestro señor ha dado á sus dos tías bastardas, no es otra cosa que una preparación, un prólogo del reconocimiento por el rey de Francia de estas dos hijas suyas como princesas de su casa.

Todo esto se dedujo, se comentó, se aseguró y se creyó en muy pocas horas.

Pero no se comprendía el convenido casamiento de una hija de Luis XIV con un hombre de tan mala reputación como monsieur de la Chaumiere.

—¿Y qué queréis?—decía á esto le vieja marquesa de Salcedo—: monsieur de la Chaumiere es muy buen mozo.

—De lo que se deduce bien—salsaba la marquesa de Tres Ríos—, que doña Esperanza se

enamórase de él; pero lo que no se comprende, es que el rey y la princesa hayan consentido este casamiento.

—Olvidais, mi buena amiga—decía la otra—, que ha andado por ahí rodando una imprudente carta que compromete el honor de la marquesa; y cuando estas cosas suceden, hay que tener paciencia: además de esto, se dice que el bravo, el hermoso capitán de mosqueteros negros, era muy favorito de Luis XIV, y que éste le tiene como espión al lado de su nieto el rey nuestro señor: esperad, esperad á que se efectúe el casamiento, y nada tendrá de extraño que el buen rey Luis XIV convierta á su antiguo confidente en duque de Tal, par de Francia, etc.: cosas más raras se han visto: pues qué, ¿acaso no es poco menos que un Dios el gran Luis XIV?

Por supuesto, que todas esas murmuraciones no llegaban á los oídos del rey y de la reina, ni á los de la princesa, Azucena y Ursula.

Notaban estas dos últimas que se las trataba con un profundo respeto, que se las adulaba, que se las miraba con envidia; todo esto envuelto en algo que tenía mucho de acre, mucho de pesado.

El mismo monsieur Amelot había acabado por aturdirse, por embrollarse y por contaminarse de la creencia general.

Estaba muy lejos de creer que toda esta polvareda se había levantado por una imprudente respuesta suya á una joven camarista.

Se apoderó de él una terrible duda acerca de la conducta que debía seguir: parecía natural que cumpliendo como embajador con su deber de espía en la corte, junto á la cual se hallaba acreditado, pusiese todo lo que se decía acerca de las dos jóvenes en conocimiento de su soberano.

Pero como aquel era un alto negocio de Estado, monsieur Amelot no se atrevió á decir ni una sola palabra por miedo de que le enjasulasen en la tremenda Bastilla de San Antonio, ni pudo menos de aterrarse, puesto que un espía subalterno podía dar cuenta de todo á Luis XIV, y producir el que le encerrasen por haber guardado silencio.

Monsieur Amelot se encontraba, pues, en una situación verdaderamente difícil.

A los tres días de haber sido presentada á la corte Ursula, sobrevino un gravísimo acontecimiento.

La Torrejoncilla se había encontrado en la

antecámara de la reina una carta firmada *Ana María* y dirigida á monsieur de la Chaumière, en la que se hacía referencia á aquella otra carta perdida en el mismo sitio, firmada por la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y dirigida también á monsieur de la Chaumiere.

Esta carta había comprometido á Azucena; pero la carta de la princesa la libraba del compromiso: para esto era necesario que todos los que habían visto la carta de la marquesa vieses la carta de la princesa.

La Torrejoncilla, que amaba á su antigua compañera de convento, y que era un diablero enredador, hizo ver aquella carta á todas las azafatas, á todas las camaristas, á los gentileshombres, á los mayordomos, á los guardias de corps de servicio, á todo el mundo, en fin; porque así, decía, salvaba de ser sacrificada á su amiga la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; que todo lo que podía suceder era que por la influencia de la princesa la despidiesen de la servidumbre; que en su casa estaba muy bien, y que saldría de palacio con la gran satisfacción de haber salvado á un ángel.

Ursula dejó correr esta carta, de la que se sacaron algunas copias testimoniadas, y cuando se elevó á carácter de prueba indudable y casi pública, la carta de la princesa, que salvaba completamente el comprometido honor de Azucena, se llevó á la Torrejoncilla á una saleta solitaria y la dijo:

—Os doy las gracias, doña María, por el inmenso servicio que tan valientemente habeis hecho á mi hermana: esa carta tiene ya toda la publicidad posible; pero nada se habra hecho más que arrojar un escándalo en la corte que no conocerán ni sus majestades ni la princesa de los Ursinos, porque nadie se atreverá á hacerse-lo conocer, y se celebrará el casamiento de mi hermana con monsieur de la Chaumiere, fijado para dentro de ocho días. Es necesario que ese casamiento no se efectúe, y para conseguirlo os suplico me entregueis esa carta, segura de que no os comprometeréis.

—¡Comprometermel—dijo la audaz joven—; ¿y qué me importa? ¿qué pueden hacerme? á una hija del duque de Torrejón de Campo no se la arma así como se quiera una zancadilla; saldré de la servidumbre; ¿y qué más da? me alegraré; estoy cansada de estar de servicio; y luego, ¿qué tengo yo que ver con todo esto? yo no he escrito esta carta: tomadla, señora, y allá sal-

gan como puedan la princesa de los Ursinios y monsieur de la Chaumiere.

Y dió la carta á Ursula.

—No hay necesidad de que nos comprometamos ni vos ni yo—dijo Ursula—: esta carta caerá como llovida en la cámara del rey: olvidaos de que me la habéis dado, doña María, y adiós.

Acontecía que el rey no había visto con indiferencia la grande hermosura de su prima.

Joven, soberbio y poco acostumbrado á las lides de amor, le había escarmentado el mal éxito que habían tenido sus pretensiones respecto á Azucena; y temeroso de ser tratado de igual manera por Ursula, no se había atrevido á hacerla conocer su predilección por ella.

Pero ¿qué mujer no conoce que es deseada, por prudente que sea el hombre á quien agrada?

Ursula sabía que el rey se apresuraría á acudir á una cita suya: se fué á su cuarto, llamó á una de sus doncellas, y la mandó ir á decir á monsieur de la Chaumiere que estaba de servicio, que necesitaba verie para un asunto importantísimo.

Mientras venía monsieur de la Chaumiere, Ursula escribió la siguiente carta:

“Señor: Necesito veros sin que nadie sepa que os he visto; venid esta noche á las doce á mi cuarto: yo misma, que os estaré esperando, os abriré.—*María de Ayala.*”

Ursula cerró, perfumó y sobrescribió la carta: “Al rey mi señor.”

Poco después entró excitado, impaciente y lleno de perplejidad por aquella cita monsieur de la Chaumiere.

—Heme aquí á vuestras órdenes, señora—dijo á Ursula.

—Veamos si merecéis que yo os ame—dijo ésta.

—¿Que si lo merezco? pues qué ¿no os he servido hasta exponer mi vida, perdiendo en la antecámara de la reina esa terrible carta que me habéis entregado? ¿qué más prueba queréis, señora?

—De nada serviría esta carta—dijo Ursula—, si el rey no la conociese.

Se puso pálido como un cadáver monsieur de la Chaumiere.

—¿Ignoráis, señora—dijo—, que el rey está fascinado por la princesa, que la adora como si la princesa le hubiese dado hechizos, y que los celos de su majestad serán terribles para mí?

—O me amáis ó no me amáis—dijo profundamente Ursula.

—Os adoro; pero vos queréis matarme, y yo no quiero morir por no dejar de veros.

—Si queréis que yo no deje de amaros, no me hagáis comprender que sois cobarde: los cobardes sólo me inspiran desprecio: á más de eso, oid bien y sed feliz: os amo con toda mi alma: moriría si os viera esposo de otra, y deshaciendo el proyecto de unión de la marquesa con vos, desfiendo mi vida.

—¡Matándome!

—No, no moriréis: Felipe V no es un tigre como su abuelo: Luis XIV haría morir á oscuras en la Bastilla, despedazado por la rueda, á un amante de madama de Maintenon: Felipe V tiene el alma noble y generosa: se contentará con alejaros de sí: ¿pero qué os importa eso, si yo os recibiré con los brazos abiertos? Contra quien se irrite será contra la princesa.

—Y la princesa me matará; buscará un puñal entre el misterio, ó me hará envenenar.

—La princesa no os culpará; verá en toda esta intriga otra mano que pretenderá morder inútilmente. Por último, Horacio, ha llegado el momento de la prueba: ¿consentís en servirme ó no?

—O sois mi ángel ó mi demonio—dijo monsieur de la Chaumiere—, ¿qué queréis que haga?

—Tenéis entrada á todas horas en la cámara del rey; llevadle esta carta.

—¿Y qué le decís en esta carta, señora?

—Le cito para esta noche en mi cuarto á las doce.

Miró de una manera ansiosa monsieur de la Chaumiere á Ursula.

—Nada temáis—dijo ésta—: si yo pretendiese ser favorita del rey, no sería ciertamente de vos de quien yo me serviría; no perdamos el tiempo, Horacio: id y llevad esta carta á su majestad.

Monsieur de la Chaumiere besó una mano de Ursula y salió.

—Lástima que ese hombre no valga más, ó que yo no valga menos—dijo Ursula—, porque me ama con toda su alma.

Nunca las horas se hicieron tan largas para Ursula como las que transcurrieron desde que monsieur de la Chaumiere salió de su cuarto para llevar la carta al rey, hasta que sonaron las doce de la noche.

Había salido aquella tarde en carroza, había ido al Prado de San Jerónimo, y á pesar de que había recibido más de un homenaje á su hermo-

sura, y se habían arrimado á la portezuela, á caballo, muchos de los más altos personajes de la corte, prodigándola obsequios, su fastidio y su impaciencia no se habían aliviado.

De vuelta de paseo, la había recibido la reina y la había colmado de deferencias: luego había pasado la noche hasta las diez en el cuarto de Azucena, que se había apasionado de ella: por último, cuando se volvió á su cuarto, las dos horas que transcurrieron hasta las doce, tuvieron para ella la duración de dos siglos: se recogió para que su servidumbre se recogiese, y cuando estuvo segura de que sus dueñas, sus doncellas y sus criados dormían, se vistió, poniendo gran cuidado en que el aparente descuido de su traje fuese seductor.

Al sonar las doce, se dirigió á la puerta exterior de su cuarto que correspondía á la galería de los Infantes.

Cinco minutos después de haberse puesto en espera por la parte de adentro de la puerta, sonaron en ella tres golpes, dados recatadamente con la mano.

Ursula abrió, y entró un hombre completamente encubierto.

—¿Sois vos, señor?—dijo Ursula en voz baja.

—Sí, yo soy—respondió Felipe V.

—¿Venís solo?

—Sí, completamente solo.

Ursula cerró y asió la mano del rey para guiarle, porque el recibimiento estaba completamente oscuro.

—¡Qué manos tan admirables, tan encantadoras tenéis, prima!—dijo Felipe V.

—Vuestra bondad, señor, os hace ver en mí esos hechizos.

—Dios os lo ha dado, señora, y es necesario ser ciego para no verlos, y estúpido para no admirarlos.

Ursula no respondió, y continuó guiando al rey por la antecámara, que estaba á oscuras.

Cuando entraron en la cámara, iluminada por las bujías de dos candelabros puestos sobre una mesa, soltó la mano del rey.

Este se quitó el sombrero y una especie de redingot oscuro, los arrojó sobre un sillón, y quedó con casaca, chupa y calzón de raso color de violeta, con espadín de corte con puño de acero brillantado, y la larga cabellera cuidadosamente rizada.

Se comprendía que el rey pretendía parecer lo más bello posible á su hermosa prima.

—Sentáos, señor—dijo Ursula—, presentando un sillón al rey.

Este se sentó sin dejar de mirar con cierto éxtasis á Ursula.

Esta permaneció de pie.

—¿Y vos por qué no os sentáis, prima?—la dijo con acento insinuante Felipe V.

—Porque el vasallo no debe ni puede sentarse ante el rey.

—¡Ah!—exclamó desconcertado un tanto Felipe V, por el aspecto serio, grave y profundamente respetuosa de Ursula—; con que en fin, solos aquí, en medio de la noche, ignorándolo todos, y llamado por vos, somos... rey y vasallo.

—En cualquier lugar que yo me encuentre ante vuestra majestad, será como delante de la corte.

—¡Ah! ¿sí? ¿y para eso me habéis enviado una cita con de la Chaumiere?

—¿Qué habéis pensado de ese hombre, señor?

—Que me sirve bien.

—¿Y qué habéis pensado de mí al recibir mi cita?

—Que me habéis adivinado; que habéis comprendido que me sois harto querida.

—Los reyes han nacido para engañarse; permitidme que os lo diga, señor.

—¿Y por qué me decís eso, mi adorada prima?

—Porque tanto os habéis engañado considerando como un servidor leal á de la Chaumiere, como creyendo que mi cita era una cita de amor.

—¡Ah! ¡ah! yo no he dicho tanto; ó más bien, no he querido decir tanto: explicadme, explicadme eso, prima: pero para explicármelo sentáos, porque yo no puedo permitir que os canséis.

—Perdonadme si por respeto no os obedezco, señor.

—Bien, me pondré yo de pie, y así nos cansaremos de igual modo, señora.

Ursula se sentó á tal distancia del rey, que éste no pudo disimular su contrariedad.

—Veamos—dijo el rey por decir algo—, en qué os fundáis para decirme que monsieur de la Chaumiere me sirve mal.

—Ruego á vuestra majestad lea esta carta—dijo Ursula presentándole la falsificación que con una rara habilidad había hecho Marcos Calderón.

El rey se levantó, se acercó á la mesa donde estaban los candelabros, y examinó la carta.

A la primera ojeada exclamó:

—¡Ah! de la princesa.

Y no pudiendo contenerse, añadió:

—¿Y á quién escribe de este modo la princesa de los Ursinos?

—A de la Chaumiere—contestó audazmente Ursula.

El rey continuó leyendo en silencio la carta.

Ursula contemplaba profundamente al rey.

Su semblante, generalmente frío, se había nublado, dejando ver una irritación terrible aunque contenida: sus ojos arrojaban fuego, sus labios temblaban, sus manos agitaban trémulas la carta.

—¡Ah, ah!—exclamó, dejando de leer—: ¿conque éstas tenemos; conque todo es mentira; con que la princesa y de la Chaumiere?...

—El destino de los reyes es ser engañados.

—¿Pero cómo, cómo ha venido esta carta á vuestras manos?—dijo el rey, guardando la carta en un bolsillo de su chupa.

—La he recogido de entre la alta servidumbre.

—¡De entre la alta servidumbre!

—Sí, sí, señor: esta carta ha sido encontrada perdida, arrojada al suelo en la antecámara de la reina mi señora.

—Como se encontró otra carta de vuestra hermana, que por cierto causó un grave escándalo.

—Escándalo que ha cesado; porque esa carta de la princesa explica cumplidamente la carta de mi hermana.

—¿Y no creéis que una mano intencionada, tal vez la misma, ha perdido esas dos cartas en la antecámara de la reina?

—Sí, sí, señor; creo que esta mano ha sido la de la Providencia, que no deja sin castigo la traición.

—¡La traición, la traición! ¿de qué género de traición habláis?—dijo Felipe V, que había logrado dominarse.

—De una traición inconcebible contra vuestra majestad.

—¿Contra mí?

—¡A, sí! ¡contra vos!

—De modo—dijo el rey—que vos creéis que amando la princesa de los Ursinos secretamente á de la Chaumiere me hace traición.

—¡Oh, sí! porque vos, señor, seducido por la astucia de esa mujer, la amais.

—¡Que amo yo á la princesa! esto es grave, muy grave, prima, y acabaréis por enojarme: ¿quién os ha dicho tal cosa?

—Lo he oído á vuestra majestad.

—¿A mí?

—Sí, señor: hace cuatro días, cuando hablabais en vuestro dormitorio con la princesa, creyendo sin duda que de nadie érais escuchado, estaba yo oculta tras las colgaduras de vuestro lecho.

—¡Ah!—dijo el rey, poniéndose vivamente encendido.

—No es mía la culpa, señor—dijo Ursula—: yo habia seguido á la princesa, había pasado siguiéndola por dos puertas secretas, me encontré en vuestro dormitorio, me vi obligada á ocultarme, y conocí contra mi voluntad vuestros secretos amores con esa aventurera.

—Pero al mismo tiempo—se apresuró á decir el rey—habreis conocido que esos amores son completamente inocentes.

—No por vuestra voluntad, señor, sino porque no conviene á la princesa que dejen de serlo.

—Indudablemente—dijo Felipe V, no sabiendo por dónde salir—la princesa os ha hecho alguna mala pasada.

—Sí, sí, señor, la mala pasada de querer dominarlo todo; de ser más que el rey; de ocupar un día el lugar que ocupa una dignísima señora.

—¡Ah!—dijo Felipe V—: ¿para eso me habéis llamado?

—No; os he llamado para que sepais que se os engaña, para que no podáis tener duda de ello.

—Prima, la amistad de la princesa me conviene.

—¿A pesar de todo?

—Apesar de todo.

—¿Y si debiérais un día un remordimiento á la princesa?

—Un remordimiento! no os entiendo.

—La princesa no podrá mantener por mucho tiempo su juventud artificial; está impaciente; la reina es demasiado joven.

—Vamos, vamos, prima, me retiro—dijo el rey, asustado al ver que Ursula avanzaba sin miedo—: yo no puedo imponeros silencio; estáis demasiado predispuesta contra la princesa, á quien no conocéis bien, y si continuó oyéndoos, pretenderéis hacerme creer que la princesa es para nosotros un demonio: adiós; os suplico que no me detengáis, que no me obliguéis á huir.

—¡Ah, no! voy á guiaros, señor; porque habremos de salir á oscuras por prudencia: puede haber despertado alguno de los criados, y estas gentes son muy curiosas.

Y asiendo la mano del rey, le llevó hasta la puerta exterior del aposento.

El rey salió; pero antes de salir, besó á traición la mano de Ursula.

—Me parece—dijo, alejándose á lo largo de la oscura galería de los Infantes— que mi hermosa prima quiere ocupar en mi corazón el lugar que deje vacío la princesa: ¡ah! ¿conque la princesa ama á de la Chaumiere, y de la Chaumiere, que me debe todo lo que es, se atreve á engañarme? Y á pesar de todo, no me atrevo á romper con la princesa: mi razón me aconseja contra ella y mi corazón me arrastra á ella: ¡ah! en las cuestiones de corazón un rey no es ni más ni menos que otro hombre, y es á veces mucho más desgraciado que cualquiera: si mi prima se ha propuesto envenenarme el alma, lo ha conseguido, y Dios quiera que con su infinita audacia no hable de esto á la reina y me levante una polvareda: ¡oh, las mujeres! ¡y se las cree débiles, y nos atrevemos á decir que las protegemos!

A este tiempo el rey llegó á la puerta de su cuarto, junto á la cual le esperaba Lavalle, uno de sus ayudas de cámara en que el rey tenía más confianza.

—Señor—le dijo cuando hubieron pasado de la puerta y no podía oírle el guardia de corps que estaba de centinela—: ha acontecido una desgracia de casualidad:

—¿Qué?

—Su majestad la reina está en la recámara de vuestra majestad.

El rey se apresuró á llegar á la estancia donde le esperaba su esposa.

CAPITULO XIV

EN QUE SE VE QUE SE EQUIVOCABAN LOS QUE CREÍAN NIÑA Á MARÍA LUISA GABRIELA DE SÁBOYA

Felipe V, antes de entrar en su recámara, se había preparado para resistir una tempestad.

Pero con grande asombro vió á la joven reina completamente tranquila, sentada junto á la mesa de despacho y papeleando.

Aunque había sentido al rey, no dió muestras de ello, y Felipe V llegó hasta tocar la mesa, sin que la reina levantase la vista de un papel que tenía en la mano, para mirarle.

Luisa Gabriela tomó una pluma y escribió un decreto al margen del papel que había examinado.

Felipe V dió, de puntillas, la vuelta, se colocó detras de la reina, miró lo que había escrito, y vió que decía: "No ha lugar: Hemos visto con grande disgusto esta petición."

—¡Magnífico!—dijo el rey—: ¿y qué es lo que hemos visto con tan profundo disgusto, señora?

La reina levantó la cabeza, miró dulcemente al rey, le sonrió, y luego, recobrando la lánguida tristeza que le era natural, contestó:

—Hemos visto con el más profundo disgusto que la ciudad de Sevilla, á título de su lealtad, nos pida la alivemos de la carga de aposento.

—Habéis decretado bien, señora; no parece sino que nuestras ciudades quieren que las paguemos su lealtad.

—Lealtad que se vende no es lealtad, sino vil mercadería.

—¿Y qué queréis?—dijo Felipe V—: hemos comprado tantas lealtades, que nada tiene de extraño que cada vasallo que se cree algo, que cada corporación, que cada ciudad, ponga precio á su lealtad.

—En verdad, en verdad, que si no se tuviese á cobardía, á infamia, á una cesión vergonzosa é increíble de un derecho legítimo, debiéramos abandonar un trono que tantos sacrificios nos cuesta.

—Eso—dijo Felipe V con altivez—, cuando la hoja de nuestra espada se haya roto, cuando no nos quede ni aun el puño, ni brazo con que luchar, ni corazón con que vivir.

—Por supuesto, señor—dijo la reina.

—¿Por qué me llamáis señor, Luisa?—dijo con acento de queja Felipe V.

—Porque acabo de veros rey, como yo quiero que lo seáis, y me apresuro á ser la primera en rendiros homenaje.

—¿Y cuándo no me veis rey, mi adorada Luisa?

—Con mucha frecuencia, señor.

—¡Ah! ¡ah! veo que estáis predispuesta contra mí, y supongo me habréis buscado para algo, porque no acostumbráis venir á mi cuarto, y mucho menos á estas horas.

—Temo ser importuna.

—¡Importuna!—dijo palideciendo Felipe V, porque había visto brillar el primer relámpago de la tempestad.

—Sí; vuestro cuarto, Felipe, no está sólo en comunicación con mi cuarto: en vuestro cuarto puede entrar sin ser vista de nadie otra reina.

—¡Otra reina! ¿quién os ha dicho eso? esto

debe ser muy nuevo para vos, porque hasta ahora nada me habéis dicho: por lo que respecta á mí, esto me es completamente desconocido: no conozco á otra reina que á vos.

—¿Estáis seguro de que nadie puede escucharnos?—dijo la reina.

—Segurísimo.

—Me parece oportuno fuérais á vuestra cámara y cerráseis por dentro la puerta que corresponde á vuestro dormitorio.

—No creo haya necesidad de ello.

—Bien, iré yo—dijo la reina.

—Y se levantó y salió de la recámara.

Esta ausencia de la reina vino muy bien á Felipe V para hacer un esfuerzo sobre sí mismo, serenarse y prepararse para cuando arreciase aquella tempestad.

La reina volvió á poco; se sentó de nuevo, sacó de su bolsillo una copia de la carta falsificada de la princesa á monsieur de la Chaumiere, legalizada de una manera extraña, puesto que la legalización decía que el original de aquella copia era, comprobado con escritos indudables, de la princesa, de su puño y letra, y que aquella legalización se había pedido por un desconocido: firmaban tres escribanos.

—¿Qué os parece de esto?—dijo la reina—presentando aquel documento al rey, que le examinó.

—Lo primero que me parece—dijo el rey—es que la princesa tiene enemigos muy poderosos, puesto que han logrado que tres escribanos se expongan al odio de la princesa.

—Toda la corte la aborrece—dijo María Luisa Gabriela—; pero deseo me respondáis á la pregunta que os he hecho.

—Lo que me parece—dijo el rey—es que la Chaumiere ha vuelto loca á la princesa.

—Son dos miserables—dijo la reina.

—¿Miserables porque se aman?

—No, sino porque, amándose, os injurian.

El rey se cubrió de sudor frío, no podía huir de la reina como había huido de Ursula; y la reina avanzaba con mucha menos rapidez que aquella.

—Veo que las calumnias palaciegas llegan hasta vos, Luisa.

—Espero, mejor dicho, creo—contestó tristemente la reina—que no me creeréis calumniadora.

—¡Ah! ¡ahl pues qué, ¿sois vos la que suponéis?...

—No supongo, Felipe; veo, he visto; y lo que es más doloroso, veré.

—¿Pero qué es lo que habéis visto, lo que veis, lo que veréis?

—Que no satisfago, que no llevo el corazón de mi esposo: que soy la reina, y no más que la reina; en fin, que estoy sentenciada á un martirio, para el cual Dios me ha dado y me dará valor bastante, y del que no me hubiera quejado nunca, á no haber sobrevenido un escándalo.

—¡Un escándalo!—dijo el rey—aprovechando aquella palabra de la reina, y probando un nuevo giro á la conversación.

—Sí, un escándalo: hace algunos días una carta perdida en mi antecámara comprometía de tal modo á la pobre marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, que su enlace con de la Chaumiere se hizo indispensable: ahora esta otra carta, perdida también en mi antecámara, rompe el compromiso en que se encontraba la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, comprometiendo gravemente el honor de la princesa y el decoro de nuestra corte; por eso he venido; por eso al fin la amargura que llenaba mi corazón ha rebosado; por eso deseo me digáis qué partido os es posible tomar.

El rey quedó profundamente pensativo.

El amor, la juventud, la hermosura, la dignidad de María Luisa Gabriela de Saboya se sobrepusieron en su corazón á todo. Comprendió cuánto valía su esposa, cuán digna era de llenar completamente su corazón, y respondió:

—Enviad mañana á la princesa á que haga una visita á mi abuelo: en cuanto á de la Chaumiere, yo le daré el mando de la escolta que acompañe á la princesa, y hemos concluido:

—¿Y quién velará por nosotros? ¿quién deshará las conspiraciones de nuestros enemigos? ¿no recordáis cuánto hemos sufrido durante la ausencia de la princesa? ¿no hemos pedido como una gracia al rey de Francia nos la devuelva? ¿no la hemos recibido con alegría?

—Entonces era distinto, Luisa; no se os había ocurrido la peregrina idea de que yo me interesó, en agravio vuestro, por la princesa.

—Os engañáis—dijo la reina—: desde el momento en que visteis á la señora de los Ursinos, á quien yo conocí antes que á vos, como que había sido nombrada por vuestro abuelo mi camarero mayor, os prendasteis de ella: nada tiene de extraño: vuestra esposa os pareció una niña; carecía de la grande experiencia, del consuma-

do arte de la seducción que posee la princesa; desgraciadamente, aunque muy joven, era yo menos niña de lo que vos creísteis, y lo comprendí todo: vi en Ana María de la Tremoille, no sólo una rival, sino un peligro; pero vi también á la mujer de Estado, acostumbrada á los negocios, á la intriga; comprendí por qué el gran rey Luis XIV le había puesto á vuestro lado, y la esposa sacrificó hasta sus celos; la reina se sacrificó al rey: callé y sufrí sin que mi sufrimiento saliese á mi semblante, y apuré el horrendo sacrificio de dar la apariencia de amistad, de amor, al odio que me inspira la princesa.

—¡Ah! ¡Ah! y todo eso habéis hecho, suponiendo lo que no existe—dijo asombrado el rey—: habéis creído que la princesa tenía tales intenciones, y que yo amaba á la princesa, y sin embargo, habéis logrado engañar á esa vieja y experimentada cortesana, hasta el punto de que crea... que la amáis.

—Para todo eso me ha dado fuerza mi amor por vos: pues qué, ¿os serviría como os sirve la princesa, si no alentara la esperanza de ocupar alguna vez mi lugaa?

—¡Ah!—exclamó el rey—: ¿y habéis llegado á suponer tales intenciones en la princesa, y sin embargo la mantenéis á vuestro lado?

—La princesa al defender vuestro trono obra por interés propio: es ambiciosa; se ha propuesto ser reina, y cuenta con vos y conmigo para llegar al sueño de su ambición.

—Pero esto es horroroso, señora—exclamó el rey—: si tuviésemos la seguridad de que no os equivocabais, sería necesario tratar de una manera terrible á la princesa.

—No, no, señor—dijo la reina—: la princesa es incapaz de cometer un crimen: nada tenemos que temer; pero yo estoy enferma, gravemente enferma...

—¡Ah, no, no!—dijo el rey—: el doctor Morales asegura que lo que sufrís es una débil y pasajera afección del estómago.

—Producida por una afección del pecho—dijo la reina.

Y dejó oír al rey una tos leve y seca.

Felipe V palideció: aquella era la tos de los tísicos.

—Nunca os he oído toser de ese modo, Luisa.

—Porque durante los breves espacios que pasáis á mi lado, nunca toso.

—Nada me ha dicho la princesa.

—Porque no debía deciroslo; porque tanto á

ella como á los médicos de cámara he prohibido que os lo digan.

—¿Y por qué, Luisa, si habéis temido hasta ahora afligirme, habéis dejado de temerlo?

—Porque es necesario que nos entendamos: porque los sucesos se complican; porque los que nos rodean se hacen cada día más insoportables, más peligrosos: porque se hace una guerra á muerte á la princesa, y es necesario sostenerla; porque sin ella lo perderíamos todo.

—¿Tan necesaria creéis sea para nosotros la princesa?—dijo el rey, puesto por el momento de parte de la reina, dominado, arrastrado por ella.

—Sí, sí, señor—dijo María Luisa Gabriela—: necesaria de todo punto: ella intriga en favor nuestro, y nosotros no podemos intrigar; ella ve lo que nosotros no podemos ver. A propósito: ¿cómo sin ella se hubiera descubierto esa conspiración de los partidarios del archiduque, que estuvieron á punto de apoderarse de nosotros y de dar la corona á su amo?

—Tened en cuenta, señora, que el favor de que goza la princesa es tal vez la causa de esas conspiraciones por el descontento de muchos grandes señores; apartada de nosotros la princesa, el descontento cesaría, y la mayor parte de los amigos del archiduque se agruparían en torno de nuestro trono.

—Ansiosos todos de poder; queriendo todos ser reyes; todos sin lealtad y sin talento: dejemos, dejemos, señor, á esa reina de hecho con todo el poder que la damos, porque nos conviene dárselo: ella conoce á nuestros enemigos: ella los engaña, ella los debilita, poniéndolos en lucha entre sí; ella es nuestra providencia: ¿qué importa que nos sirva por ambición, si nos sirve bien? Antes cedía á las influencias de vuestro abuelo, ó lo que es lo mismo, á las influencias de la Maintenon: no tenía confianza en nosotros: ha vuelto irritada contra la Maintenon; porque ésta ha sido un obstáculo para sus proyectos respecto á vuestro abuelo: la princesa, que no ama á nadie, había soñado con la corona de Francia: Luis XIV había sido envuelto como vos por la irresistible seducción de Ana María; pero la Maintenon no es mujer que te deje arrebatar fácilmente una presa: intriga contra intriga, más fuerte por su posición en la corte de Versalles la Maintenon que la de los Ursinos, ésta fué vencida: pudo la Maintenon relegar á la oscuridad á la princesa; pero la tuvo miedo; prefirió enviarnosla para que la desesperada ambición de la princesa se

fijase en otro medio de acrecentamiento, en vos: ¿quién había junto á vos? una reina niña, una reina inexperta, con la que os unió, no el amor, sino la razón de Estado y la voluntad de vuestro abuelo: yo he debido parecer á la de Maintenon muy pequeño enemigo, muy débil obstáculo para la princesa de los Ursinos; y al enviárnosla aquí, se ha tenido la intención de sacrificarme, de infamaros, de empequeñeceros; esto, sin embargo, ha producido un gran resultado: esas dos grandes cortesanas, la Maintenon y la de los Ursinos, son enemigas á muerte. Ana María, por odio á la Maintenon, se ha hecho completamente antifrancesa: Luis XIV ve con una cólera sorda que ha perdido sobre nosotros toda su influencia, y se venga negándonos su apoyo, cerrándonos su bolsa, á pretexto de una política de transacción con las grandes potencias, á las que afecta tener miedo; como si dijéramos, Luis XIV nos deshereda, nos abandona á nuestros propios recursos, esto es, á la dudosa lealtad de los españoles, que ven en nosotros un trono extranjero, el pretexto de una influencia extranjera: los españoles no pueden perdonar ni olvidar la imprudente frase de Luis XIV "ya no hay Pirineos"; los españoles no quieren ni deben querer el dominio de la Francia; no quieren ni deben querer ser convertidos en una gran provincia francesa: Ana María, sirviendo la política de Luis XIV, era nuestra perdición; Ana María, antifrancesa, nos salva. Los españoles ven con alegría que Luis XIV levanta de sobre ellos su garra de león; y al abandonar á Felipe V á la sola lealtad de los españoles, le ha asegurado en el trono. Esta es una nación generosa é impresionable; una nación que todo se lo debe á sí propia, que ama á sus reyes y los defiende hasta el heroísmo cuando sus reyes son suyos; pero que se revuelve soberbia y sombría contra el rey que pretende imponerle una influencia extranjera: Francia no influye hoy sobre España; somos, pues, reyes, y esto lo debemos á la rivalidad, á la ambición de dos cortesanas: ¿qué importa que, sin dinero, sin tropas, sin amigos, nos veamos obligados á abandonar á Madrid? Los españoles nos verán desgraciados, abandonados, solos, sentenciados por Luis XIV, y se interesarán por nosotros. Saldremos de Madrid, y por donde quiera que vayamos, en nuestra huida iremos arrastrando en pos nuestro espadas y corazones; ¡no, no! los españoles no verán sin conmoción, sin entusiasmo, á un rey

joven, bravo y caballero, con la espada en la mano al frente de un puñado de valientes leales, ni á una reina niña que les pedirá su noble ayuda presentándoles su hijo: no lo dudéis, Felipe: la corona de España es nuestra; nuestra, porque nos la darán, porque nos la conquistarán los españoles; porque su vieja é inalterable altivez podrá deciros: la corona que ciñes es nuestra, te la hemos dado teñida con nuestra sangre: eres nuestro rey porque nosotros queremos que lo seas, porque no se nos ha impuesto por nadie tu dominio; pero para eso, señor, es necesario que el rey se convierta en soldado, que desnude la espada, que monte a caballo, que abandone el palacio por el campamento, que parta con el soldado, con su soldado leal, la fatiga, las privaciones, el peligro; que os vean como un héroe entre el humo y el polvo de la batalla: los españoles se entusiasman por el valor de sus reyes; un rey de España soldado es invencible, porque tras él irá, ebria de valor, la nación entera: sed digno de los españoles, y ellos os darán su sangre y su oro; y cuando nada les quede en el bolsillo, fundirán las campanas y el oro de los templos para acuñar moneda, que es cuanto puede decirse teniéndose en cuenta la religiosidad de los españoles: yo os conozco, Felipe, y porque os conozco, porque sé cuánto valéis, os amo con toda mi alma, os lo perdono todo, y espero, sin dudar de ella, la grandeza de vuestro reinado; grandeza que yo no veré, porque moriré pronto.

Y la reina, que se había ido transfigurando, creciendo, embelleciéndose durante su discurso á los ojos del rey, se arrojó en sus brazos, pálida, llorosa, anhelante, sublime.

—¡Oh, qué ángel!—exclamó el rey conmovido, besándola en la frente.

—¡Y qué felicidad para vuestro ángel, señor!—dijo la reina, separando su cabeza de la del rey y mirándole con un amor supremo—; pero no hagáis de modo, porque hayáis conocido al fin á vuestro ángel, que la princesa de los Ursinos vea que la miráis como á un demonio: sed cortesano á vuestra vez; mentid; encubrid, disimulad, engañad, como yo miento, engaño y disimulo; oid: yo aborrezco con toda mi alma á la princesa de los Ursinos, porque os seduce, porque os fascina, porque os empequeñece, porque hace creer á todo el mundo que sois un rey inútil, un rey de casualidad, un pobre hombre que no sabéis pensar, hacer ni decir más que lo que ella os manda penséis, hagáis y digáis; la abo-

rezco de tal modo, que no encuentro castigo bastante para su soberbia, para su ambición, para su traición; y, sin embargo, si alguien dijese á la princesa que yo no la amaba, le despreciaría por loco; yo se lo consulto todo, yo la sonrío, yo la trato, como si encontrara en ella una madre, y he conseguido todo lo que puede conseguirse de esa inteligencia astuta y experimentada: que me crea imbécil, niña, ignorante, confiada, despreciable para su ambición; y esta es mi fuerza: se descuida porque no me teme, y he logrado ver hasta el fondo de su alma; lo mismo me acontece respecto á Amelot: se descuida, y veo á través de él la cansada y vieja política de Luis XIV; imítadme, Felipe, imítadme: no cambiéis de conducta respecto á la princesa, no deis lugar á que sospeche, porque una sola sospecha podría ser el punto de partida desde el cual llegase á otro punto que la dejase ver claro lo que somos; dobleguémonos, callemos, mintamos, suframos hasta que podamos levantarnos como una tempesta, y cobrar en un día, en un momento, el precio de tanto y tan doloroso sacrificio.

—¡Oh, sí!—dijo el rey—: con una esposa como vos, no es posible dejar de ser grande: sufriré, callaré, combatiré, seré á un tiempo cortesano, rey y soldado, y... ó moriré por asegurar mi corona, ó llegaré á ser tan grande como necesito serlo para mereceros.

—¡Oh, gracias, señor! Había venido aquí llena de esperanza, y no me he engañado: mi felicidad es infinita. Pero vengamos á la situación del momento: el honor y el prestigio de la princesa de los Ursinos está comprometido por una carta perdida en mi antecámara, y de la cual se han sacado copias testimoniadas.

—Cuyo original está aquí—dijo el rey—, sacando de su bolsillo y presentando á la reina la carta que le había dado Ursula.

La reina pasó un largo espacio examinando la carta.

—No hay duda—dijo—: esta es la letra de la princesa—; y sin embargo, estoy segura, segurísima, de que esta carta es falsa.

—¡Falsa!—exclamó el rey, sintiendo un involuntario impulso de alegría, porque, siendo falsa la carta, resultaban falsos los amores de la princesa con monsieur de la Chaumiere: ¿y en qué os fundáis para creer falsa esta carta?

—En que si á alguien ama la princesa, no es ciertamente á monsieur de la Chaumiere.

—¿Es decir que la princesa ama á alguien?

—Sí; por lo menos á tres.

—¡A tres!

—Sí, á tres; porque la princesa tiene cabeza, corazón y brazo.

—Explicaos, señora.

—Vos llenáis su cabeza; su corazón, un guardián que se ha quedado herido en Taracena; su brazo es un gitano que ha pasado por padre de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Ah! ¿y quién os ha dado todas esas noticias?

Monsieur Amelot, que es un pobre diplomático que mira y oye para mí, y á quien yo, con la mayor candidez del mundo, saco cuanto piensa y cuanto intriga.

—Pero y bien: si esta carta es falsa, ¿quién la ha falsificado? ¿qué interés ha podido tener en ello?

—Para que os conteste es necesario que vos respondáis á un pregunta mía: ¿quién os ha dado esta carta?

—Doña Esperanza de Austria.

—¿Vuestra prima?

—Mi prima.

—¿Cuándo?

—Poco antes de que yo tuviera el placer de encontraros aquí.

—¿Dónde?

—En su cuarto, al que me había citado para un asunto de la mayor importancia.

—¡Una entrevista secreta!

—Sí; una entrevista secreta.

—¿Y por medio de quien os cito?

—Por medio de Prevaux de la Chaumiere.

—Habéis notado alguna intención hacia vos en doña Esperanza?

—No; sólo he notado que en nombre de la dignidad de la monarquía, es enemiga á muerte de la princesa.

—¡Enemiga á muerte de la princesa! ¿será ésta otra ambición que se levanta? ¿tendremos otra cortesana con quien luchar?

—No lo creo—contestó el rey.

—Peor, si tiene talento bastante para encubrir sus intenciones.

—Me parece doña Esperanza buena y leal.

—Esperad, puede ser: la marquesa de Nuestra señora de las Nieves, su hermana, se veía comprometida á casarse con de la Chaumiere: ¿amará á de la Chaumiere doña Esperanza?

—Le desprecia cuanto puede despreciar á un hombre una mujer.

—¿Será que las dos hermanas hayan tenido una franca explicación, y que doña Esperanza de Austria haya querido salvar á la otra doña Esperanza su hermana?

—No lo sé: esa nueva doña Esperanza es para mí un misterio: Bien, e-temos prevenidos; yo adoraré, mediante Dios, ese misterio, y sabremos antes de mucho á qué atenernos.

Y la reina quemó á la luz de una bujía la carta falsificada.

—¿Por qué hacéis eso?—dijo el rey.

—Destruyo un hilo que pudiera llevar á la princesa al descubrimiento de la razón de esta oscura intriga.

—¿Y qué hacemos?—dijo el rey—: esta carta se ha hecho pública, y ha producido un grave escándalo.

—Dejemos á la princesa la resolución de este negocio: yo me encargo de ello, como me encargo de la nueva doña Esperanza; yo os aseguro que la princesa no sabrá de dónde la viene el golpe, ó que por lo menos yo evitaré cuanto me sea posible que obtenga la prueba. Estoy fatigada, señor, y me retiro.

—Permitidme que os acompañe.

El rey asió de la mano á la reina, y entró con ella en su cuarto.

CAPITULO XV

EN QUE CONTINÚAN LAS INTRIGAS

Al día siguiente entró de servicio en la cámara de la reina, Ursula.

Ya sabemos lo que acerca de su origen pensaba el resto de la servidumbre, ateniéndose á una desventurada respuesta de monsieur Amelot, esto es: que era hija natural de Luis XIV, habida en la señorita de Lavalliere.

Tanto lo había oído decir á todo el mundo monsieur Amelot, y tan probable le parecía, atendida la extraña posición que se había dado en la corte á Ursula, que había acabado por creerlo, ó por lo menos de tener acerca de ello una duda tal, que en los resultados equivalía á la creencia.

Monsieur Amelot pasaba todos los días algunas horas en la antecámara de la reina, porque era uno de estos diplomáticos que saben puede verse mucho á través de la charlatanería y de la murmuración de las damas de palacio.

Monsieur Amelot era muy amable, hablaba muy bien y sabía contar con mucha gracia y sin

ofensa de los oídos más castos, anécdotas de la corte de Versalles, que hacían reír mucho á las señoras de la servidumbre.

Aquella mañana, monsieur Amelot acudió, como de costumbre, á la antecámara de la reina, y la primera dama con que se encontró fué con Ursula.

—Mucho han cambiado los tiempos desde Moisés acá—la dijo después de haberla hecho una profunda reverencia.

—Creo haberos visto alguna vez, caballero—dijo Ursula—; pero no recuerdo dónde.

—Vuestra alteza—contestó monsieur Amelot— me ha visto en la cámara del rey.

—¡Mi alteza! Para diplomático sois un tanto imprudente—dijo Ursula.

—¡Ah! tengo el placer de que hayáis reconocido en mí al ministro de su majestad el rey de Francia en España—dijo monsieur Amelot—: y en cuanto á lo de imprudente, permitidme contrararte vuestra opinión; nadie nos oye: esas señoras están demasiado lejos.

—Perdonad, monsieur Amelot; temía que alguna de esas señoras se hubiera colocado á mi espalda para escuchar lo que hablásemos, porque he notado que aquí todo el mundo escucha; por lo que sea duda nadie dice lo que siente, sino lo que le conviene decir; explicadme ahora qué conveniencia encontrais en que yo sepa que los tiempos han cambiado mucho desde Moisés acá.

—Indudablemente, señora, indudablemente; porque en los principios del Viejo Testamento se lee en más de un lugar que el pobre mortal que veía un ángel moría, y yo no he muerto al veros.

—Sois muy galante, caballero.

—¡Ah! no, no; soy un hombre que admira de buena fe.

—Gracias. Y á propósito: ¿os agradaría complacerme en alguna cosa, monsieur Amelot?

—¡Oh! sí, sí, señora: sería para mí una inmensa felicidad el seros grato de alguna manera.

Pues bien, monsieur Amelot, no me sacrifiqueis al placer que indudablemente os causará complimentar á esas otras señoras.

—¡Ah!—dijo monsieur Amelot—: me habeis dicho de la mejor manera posible que os molesto.

—No tal, amigo mío; no tal; no me habeis dejado concluir: complimentad á esas señoras; prodigad con ellos vuestra amable galantería;

entreteneos cuanto sea posible y venid luego á buscarme, porque tenemos que hablar mucho.

Se cruzó una inteligente mirada entre Ursula y el diplomático, y éste haciéndola una profunda reverencia, se fué adonde estaban las otras señoras.

Ursula se sentó en el hueco de un balcón.

Desde allí notaba que la conversación que monsieur Amelot sostenía con las damas, con las camaristas y con las azafatas, versaba acerca de ella.

Se abrió una mampara y apareció la princesa de los Ursinos, que atravesó con paso lento y con la cabeza lánguidamente inclinada, la antecámara; saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa á las damas, que se habían puesto respetuosamente de pie, y entró en la cámara.

La reina, que estaba sola, se levantó como si hubiera entrado otra reina, adelantó vivamente y asió las manos de la princesa, que se inclinó en ademán de arrodillarse, pero la reina se lo impidió.

—Estamos en un conflicto, mi querida Ana María—dijo la reina.

—¡Ah! no—contestó tranquilamente la princesa—; ¿qué conflicto puede ser ese, cuando yo, que sé todo lo que interesa á vuestras majestades, no le conozco?

—Vos tenéis enemigos terribles, mi querida Ana María—dijo la reina—; enemigos miserables que se ocultan en un infame misterio, á través del cual causan heridas profundas con armas envenenadas: necesito toda vuestra perspicacia á fin de que descubrais la mano que se ha atrevido á disparar contra vos un dardo ponzoñoso.

—El gran precio del favor de los reyes—dijo tranquilamente Ana María—, es la mordedura rabiosa de la calumnia; pero yo estoy muy acosada á ella, y ya no me causa dolor esa mordedura: se me ha calumniado tanto... ¿qué dicen ahora de mí?

—He encontrado este papel en mi tocador: allí no entran más que mis doncellas, y estoy segura de que ellas no son las que han puesto allí este papel; leed:

—¡Oh, qué infamial—exclamó con irritación la princesa, apenas hubo arrojado una mirada sobre el escrito. ¡Qué infamia tan horrible! ¿De donde sale esto? ¿Quién ha hecho esto?

—Ya os dije que debéis tener grandes enemi-

gos, Ana María, y me apresuro á deciros que yo veo en esto una calumnia.

—¿Y el original de esta copia, señora, ese original que se dice en este testimonio ha sido escrito por mi mano?

—No, no le conozco; es posible que no exista.

—Pero estos escribanos que han librado y legalizado este testimonio...

—¿Quién sabe si esos escribanos existen?

—Lo sabré; y por ellos, si existen, sabré la mano de donde proviene este alevoso tiro.

—Pero y bien, esta situación es muy difícil: el rey y yo hemos hablado mucho acerca de esto, y sólo hemos encontrado una resolución.

—¿Cuál?

—Que vos seáis la que determinéis lo que debe hacerse.

—He visto en la antecámara á monsieur Amelot: ¿me permite vuestra majestad que le llame?

—¡Oh! sí; ya os he dicho que os dejamos la resolución de esta situación.

La princesa fué á la puerta de la cámara, la abrió, y dijo desde ella:

—Señor embajador: su majestad la reina os llama.

Monsieur Amelot se apresuró á entrar en la cámara, preparado, receloso, pero sin dejar conocer su recelo: saludó á la reina y permaneció en una actitud profundamente respetuosa, á alguna distancia de ella.

Sin mirarla, veía á la princesa irritada, pálida, convulsa.

—¡Ah!—dijo para sí monsieur Amelot: el asunto de Prevaux de la Chaumiere... aquella infernal carta... En guardia.

—La princesa, caballero—dijo la reina—necesita haceros algunas preguntas, á las que os suplico respondáis lealmente.

—¡Oh! la señora princesa de los Ursinos—dijo monsieur Amelot—sabe demasiado que para que yo la sea leal, no es necesaria la alta mediación de vuestra majestad.

—Sí, sí; ya sé, monsieur Amelot—dijo la princesa—, cuánto me estimáis y cuánto interés os tomáis por mis asuntos: por lo mismo, creo que podéis decirme lo que de mí se murmura en estos momentos en la corte.

Se irguió monsieur Amelot, miró gravemente á la princesa, y contestó:

—Confíais en mi lealtad, y no daré ocasión para que dudéis de ella, ocultándoos que se os calumnia.

—¿Y qué dice la calumnia de mí?

—No dice: ha escrito.

—¿Y qué es lo que ha escrito?

—Os ha supuesto una carta, falsificada por una mano infame.

—¿Habéis visto esa carta, monsieur Amelot?

—La ha visto todo el mundo: la perdieron para que fuese encontrada en la antecámara de su majestad.

—¿Y qué decía esa carta?

—Aparecía en ella amante de monsieur de la Chaumiere: esto es absurdo, y sin embargo, lo han creído todos, porque no parece sino que los hombres han nacido para creer lo absurdo; aquello que es más absurdo, es en lo que en más fe tiene el vulgo, y el vulgo está en todas partes.

—¿Y por qué ha de ser absurdo que yo ame á de la Chaumiere?—dijo sardónicamente la princesa—: se dice de mí que he amado á tantos, que aunque soy vieja, salgo á más de amante por cada día de mi vida.

Las grandes personas son las más calumniadas: porque la grandeza irrita á los pequeños soberbios; porque nadie perdona á otro una pulgada más de estatura.

—¿Habéis visto vos esa carta, monsieur Amelot?

—Desde un poco lejos, porque como las señoras que la tenían saben demasiado cuánto soy vuestro amigo, temieron, si me la daban, la destruyese.

—¿Pero tan de lejos la habéis visto que no habeis podido juzgar si era ó no realmente mía?

—¿Ah! señora: la falsificación ha llegado á una perfección desesperante: la carta parecía vuestra.

—Y tal vez lo sea: ¿quién sabe?... á cierta edad empieza á flaquear la cabeza; se da en los desvaríos: ¿quién sabe, quién sabe si yo he visto al fin la felicidad en el amor de Prevaux de la Chaumiere? Decidme, monsieur Amelot: esa carta ha corrido de mano en mano, ¿no es esto?

—Sí, señora: la carta por palacio; fuera de palacio han corrido copias testimoniadas de esa carta.

—Es decir, que soy la amante pública de de la Chaumiere.

—Creo que todo el mundo comprenderá que esto es una torpe calumnia.

—Pero la calumnia es invencible; no es posible convencer á todos, ni todos tienen tan buena fe que quieran ser convencidos. ¡Ah! yo sabré de

qué pensamiento ha salido esa infamia: he sido calumniada muchas veces, pero nunca de una manera tan terrible.

—Os haremos justicia, princesa—dijo la reina que había escuchado con una atención, en que había gran benevolencia para la princesa, el diálogo entre esta y monsieur Amelot—: os haremos justicia; pero para ello es necesario que nos ayude vuestro buen ingenio, descubriendo al autor de esa calumnia.

—Le descubriré, señora, le descubriré—dijo dominando mal su cólera y su soberbia la princesa—: creo que le conozco ya: ahora os pido licencia para retirarme: me siento mal; este golpe imprevisto me ha causado una impresión demasiado dolorosa.

—Sí, sí, retiráos y tranquilizáos, Ana María—dijo la reina con suma benevolencia—: el rey y yo hemos visto en esta miserable intriga la mano de un enemigo; mano que romperemos si vos nos la mostráis.

La princesa se inclinó y salió llorando.

Hacía mucho tiempo, muchos años, que aquella soberbia mujer no lloraba.

Monsieur Amelot, comprendiendo que nada tenía ya que hacer allí, se inclinó, besó la mano á la reina, y salió tras la princesa.

Esta reprimió su llanto antes de llegar á la antecámara: le absorbió, le secó, compuso su semblante, se puso, por decirlo así, su antifaz de inalterable calma, y atravesó la antecámara, saludando con una leve inclinación de cabeza á las damas, y sonriéndolas dulcemente.

—La princesa es mujer perdida—dijo para sí al salir de la cámara monsieur Amelot—: la reina se alegra de esto, y el rey no se lo perdona: ¿quién diablos ha descompuesto de tal modo á la princesa? Una mujer sin duda. ¡Oh! ¡las mujeres!... ¡las mujeres!...

Y como estuviese ya en la antecámara, se dirigió al hueco del balcón donde estaba sentada Ursula.

—Me atrae á vos una fuerza irresistible, señora—dijo monsieur Amelot, tomando un sillón y sentándose junto á Ursula.

—Siento mucho no poderlo creer, monsieur Amelot—contestó la joven—: en vos la galantería es ya una costumbre que tiene, perdonadme, algo de vicio.

—¡Ah, señora! ¿y por qué desgracia inaudita no puedo yo alcanzar que creais en mi buena fe?

—No creo tengáis por una desgracia vuestra posición.

—¡Oh, señoral mi posición de embajador en la corte de España es para mí una verdadera fortuna, puesto que a ella debo la felicidad de conoceros.

—No me refiero yo á vuestra posición pública, sino á vuestra posición privada: debéis ser casado, monsieur Amelot.

—¡Oh, sí! casado, y con hijos.

—Ved ahí, pues, que vuestros galanteos me infieren una ofensa.

—¡Oh, qué desgracia, señoral ¡Y yo he podido ofenderos admirándoos!...

—Admiradme menos, sed más sincero conmigo, y habremos quedado bien: ¿qué ha sucedido en la cámara de la reina?

Esta pregunta cogió completamente desprevenido á monsieur Amelot.

—En las cámaras de los reyes no sucede nada, señora: se hace ó se deshace, y esto es todo.

—¿Y se ha deshecho algo, monsieur Amelot?

—Sí, por cierto: se ha deshecho en lágrimas una ambición.

—¡Cómol ¿ha caído desde lo alto de su favor la princesa de los Ursinos?

—Os responderé con una pregunta: ¿conocéis la nueva influencia que se levanta sobre las ruinas de la princesa?

—¡Oh! ¡yo, nueva en la corte!... ¡y me hacéis vos esa pregunta, diplomático consumado!

—Hay situaciones en que la diplomacia se embrolla, desconfía de sí misma, calla, observa, y no sabe qué partido tomar: la diplomacia no es otra cosa que la práctica de la intriga, y hay intrigas oscuras, endiabladas, cuyo origen, cuya causa se adivina de una manera vaga, de una manera tal, que por temor de equivocarse y de dar un golpe en vago, la diplomacia se encoge y se abstiene de tomar parte.

—Eso se llama torpeza—dijo sonriendo Ursula.

Monsieur Amelot miró casi con espanto á la joven: empezaba á adivinar, porque Ursula hacía cuanto era posible para ser comprendida.

—Me parece oportuno—dijo Ursula—, que cortemos nuestra conversación: se prolonga demasiado y sentiría que esas señoras creyesen os importaba mucho tener una larga conversación conmigo.

—Sera yo ciertamente muy pobre diplomático—dijo monsieur Amelot—, si no hubiera pre-

visto esto: como vuestra posición en la corte es un misterio, un secreto de Estado, y no se sabe sino que sois hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, que es otro misterio, todas están ansiosas por saber quién sois y de dónde venís, y me han encargado de hacer lo posible por averiguarlo: creerán que me ocupo de ello; podemos seguir sin temor nuestra conversación.

—¿Y de qué hemos de hablar, monsieur Amelot?

—De la princesa de los Ursinos.

—Y bien, ¿qué me importa la princesa?

—Con algo se ha de pasar el tiempo, y el escándalo en que se encuentra la princesa envuelta, da ocasión para hablar mucho.

—Creo que esa señora esté acostumbrada á estos escándalos: se dice que ha tenido una juventud licenciosa; que ha contraído malas costumbres, y que, aunque vieja, se resiente de ellas: se la acusa de una liviandad inconcebible: dicen que engaña á la reina, siendo querida del rey, y que engaña al rey, siendo querida de otros á quienes del mismo modo engaña; pero yo no lo creo: aquí no se dice ni una sola palabra de verdad, ni una sola palabra benévola. ¡Desgraciado del que goza el favor de sus majestades! Le acometerán, le despedazarán, no pararán hasta envolverle en una intriga y dar con él en tierra, cuando no en la prisión ó en el cadalso: todo esto es despreciable: siento mucho vivir en la corte, y haré todo lo posible para salir de ella.

—De modo que vos creéis que todo lo que de la princesa se dice es una calumnia.

—Creo por lo menos que hay mucha exageración.

—Pues yo puedo probaros que se dice muy poco de la princesa.

—¿Sí?—dijo afectando admirablemente una completa indiferencia Ursula.

—Sí, sí, señora—dijo monsieur Amelot—; la princesa es una especie de Satanás hipócrita, que sabe encubrir á las mil maravillas con una dulce apariencia lo terrible de su alma: necesita agentes decididos, y se los procura seduciéndolos, enamorándolos: tiene agentes de toda especie: considerad que el hombre de quien más se sirve es un gitano, una especie de bandido que siente por ella una pasión frenética: monsieur de la Chaumiere es sin duda otro agente suyo; pero el hombre á quien la princesa ama, por quien su-

fre, es un guardia de corps, un tal don Juan de Santibáñez, que está herido en Taracena.

—¡Ah! No queráis que os diga, monsieur Amelot, que estáis sirviendo á los enemigos de la princesa, y de una manera inútil: ¿qué me importa de todo eso? Además, caballero, las murmuraciones me hacen daño, las rechazo; y si queréis que os estime, no me habléis mal de nadie.

—¡Ah! os juro que no os comprendo; pero como me parece que os desagradaría el que yo prolongase esta conversación, me separo con sentimiento de vos, suplicándoos que en lo sucesivo no me privéis del placer de hablaros y de admirar vuestro ingenio.

—Gracias, monsieur Amelot

—Béseos los pies, señora.

El diplomático se separó de Ursula, y saludando á las otras señoras de la servidumbre, salió de la antecámara diciendo para sí:

—Me parece que ya sé quién es la autora del enredo en que se encuentra cogida la princesa; pero me guardaré muy bien de decirselo: esa mujer nos estorba.

CAPITULO XVI

DE CÓMO TAMBIÉN EL REY INTRIGA ZA

La princesa llamo a Bizarro, se encerró con él, y le dijo, mostrándole el escrito que le había dado la reina y que había conservado:

—¡Mira!

Bizarro leyó sombríamente aquel escrito.

—Y bien—dijo—: quisiera Dios que quien ha forjado esta torpe mentira obtuviese el resultado que desea.

—Es decir, la muerte de todas mis esperanzas; el malogro de una vida entera de sacrificios, de sufrimientos, de lucha.

—¡Ah! daría la mitad de lo que me queda de vida porque no tuvieses otra esperanza que yo.

—¿Y qué otro recurso que tú me queda ya en el mundo?

—¡Ah!—dijo Bizarro—: un escándalo más, y esto es todo: te crees arrojada de tu posición; ves perdido tu favor con el rey; vas haciéndote débil y torpe: Felipe V no puede librarse de tu influencia; la reina te ama, está ciega por ti, y no ve en este escrito más que una calumnia: Felipe V se pondrá un poco serio, puede ser que se irrite; llorarás y se habrá acabado todo: el rey te pedirá perdón por haberse irritado: tú te pre-

valdrás de la situación, y por último, habrás ganado más que lo que crees haber perdido.

—¡Ah! Felipe V es soberbio.

—¿Y qué soberbia hay contra el amor? ¿qué fiereza? ¿qué poder? Yo me tenía por terrible y, sin embargo, he sufrido por ti lo que no me hubiera creído capaz de sufrir nunca: soy tu esclavo sin condiciones; tengo celos y los devoro; sé que me amas desde el momento en que me viste, y he apurado veinte años de desesperación, de agonía; en otro tiempo te vi enamorada de un hombre, y aquel hombre murió: era que entonces empezaba mi amor; después, cuando se convirtió en pasión, en locura, no tuve más voluntad que la tuya: te he servido hasta un punto imposible; no tenías dinero, y yo he robado para ti.

La princesa se estremeció.

—Yo creía amar á mi esposa, á mi pobre Cinto; ha muerto de una manera desastrada, y por ti me he olvidado de ella: ¡si me parece que hace un siglo que murió, ó mejor dicho, que no ha existido nunca!... ¿Qué padre ha amado más á sus hijos que lo que yo he amado á Azucena? Y, sin embargo, he consentido en que uses de ella, en que la sacrifiques á tu ambición, y es que yo te amo más que á todo, más que á mi vida, más que á la salvación de mi alma ¿Y crees tú que el rey no te ama del mismo modo? ¿Crees tú que el rey, como yo, puede hacer otra cosa que respetar tu voluntad, que doblegarse á ella como un esclavo?

—¡Ah! ¡puede ser!—dijo la princesa—; pero mi enemigo es formidable: un enemigo contra el cual nada puedo; una mujer cuya hermosura llega hasta lo ideal, que por su alcurnia está á salvo de mis golpes.

—¿Quién es esa mujer?

—Una hija bastarda del rey don Carlos II: una dama que ha entrado en la corte como hermana de Azucea y bajo el nombre de doña María de Ayala.

—¡Ah! Ursula la beata—dijo Bizarro—, ¿estás segura de que esa mujer es tu enemiga?

—Sí.

—¿Pero qué pruebas tienes de ello?

—Mi odio: desde que nos vimos nos aborrecemos.

—Pero esa mujer se habrá valido de alguien.

—Indudablemente; y ya que nada puedo contra ella, quiero al menos vengarme de los viles instrumentos de que se ha servido: quiero que escarmienten por el terror. Toma, Bizarro; vete

á buscar los escribanos que han testimoniado y legalizado esta copia; que te digan quién ha sido el que les ha obligado á hacerla, porque aquí ha debido haber violencia.

Bizarro salió, y á poco volvió con una noticia aterradora.

Los escribanos le habfan presentado una real orden de puño y letra del rey, por la que se les mandaba testimoniasen y legalizasen aquella copia.

Un gentilhombre á quien no conoctan habfa llevado aquella orden.

La princesa se aterró: era indudable que se levantaba junto al rey una influencia enemiga suya.

¿Quién podía ser aquella influencia?

El nombre de doña Esperanza de Austria, esto es, de Ursula, acometió el pensamiento de la princesa; pero no tenía seguridad de ello, y temfa empeñarse en una lucha inútil y tal vez imprudente: antes de acometer era necesario observar: ¿pero habfa tiempo para esto? ¿estaba definitivamente sentenciada á perder en un plazo inmediato el favor del rey?

Nunca se habfa encontrado la princesa en una situación tan difícil: estaba deshonrada ante la corte por un escándalo demasiado grave, y no podía quejarse.

¿Acaso no habfa usado contra su propia hija de una supercherfa tan infame como la de que era victima? ¿A qué cuerpo pertenecía la mano que la habfa herido de la misma manera que ella habfa herido á Azucena? ¿Por qué se culpaba á Azucena en aquella otra carta perdida también en la antecámara de la reina? ¿Tendría parte en aquella contraintriga Azucena?

La princesa se volvía loca: estaba acobardada; más que acobardada, aterrada.

Por el momento se la habfa puesto fuera de combate.

Habfa temido el enamoramiento del rey por Azucena; habfa hecho necesario el casamiento de ésta con monsieur de la Chaumiere para hacer posible la salida de Azucena de la corte.

Aquel casamiento se habfa deshecho: habfa desaparecido á costa de la princesa la necesidad de efectuarlo.

La que estaba en la necesidad de casarse con monsieur de la Chaumiere para cubrir su honra, no era ya Azucena, sino la princesa.

Ni ésta pensaba en ello, ni por lo que sucedió inmediatamente pensaba en ello el rey.

Felipe V habfa llamado á monsieur de la Chaumiere: éste se habfa presentado tan tranquilo como le habfa sido posible al rey, que no se cuidó de ocultarle que estaba terriblemente irritado contra él.

—¡Eres un traidor, de la Chaumiere!—le dijo Felipe V, apenas su favorito habfa entrado en su cámara.

—Soy muy desgraciado, señor—dijo monsieur de la Chaumiere arrodillándose—: todas las negras fatalidades posibles caen sobre mí.

—Sí, ciertamente—dijo Felipe V, paseándose irritado, sin mandar á monsieur de la Chaumiere que se levantara—: sí, sí, llamas fatalidad negra á que todas las mujeres se enamoran de ti.

—Malhaya, amén, la primera, señor—dijo monsieur de la Chaumiere, que estaba acostumbrado á hablar con cierta libertad al rey.

—Vas á contestarme sin mentir, de la Chaumiere—dijo Felipe V, indicando con una señal á monsieur de la Chaumiere que se levantara.

—¿Cuándo no he sido yo leal á vuestra majestad?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—¡Cómol ¡Miserable!—dijo el rey—: ¿te llamas leal, y sin embargo te atreves á causar los graves escándalos de que se que ocupa toda mi servidumbre? Te llamas leal, y te atreves á ser amante de la princesa de los Ursinos, de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y de no sé cuántas mujeres más.

—Vuestra majestad me ha mandado que le diga la verdad y voy á hacerlo como lo he hecho siempre: ni he sido ni puedo ser amante de la princesa de los Ursinos, ni de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¿Y esas cartas perdidas, una después de otra, y en muy pocos días, en la antecámara de la reina?

—Una intriga de la princesa, la que comprometfa á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: intriga en la cual, aunque me favorecfa, yo no he tenido parte.

—¿Y por qué intrigaba de una manera tan cruel la princesa contra doña Esperanza de Ayala?

—Porque tenía celos de ella; porque los tiene; porque anhela apartar de la corte á la marquesa: como que la princesa cree—añadió audazmente monsieur de la Chaumiere—, que vuestra majestad está ciegamente enamorado de la marquesa.

—La de los Ursinos cree unas cosas muy singulares.

—Es ya vieja, señor: va perdiendo esos tenaces encantos que han resistido maravillosamente á los años, y tiene miedo.

—Y por qué tiene miedo ¿es también tu amante, de la Chaumiere?

—Os juro, señor, que la princesa y yo nos detestamos.

—Y si os detestais, ¿por qué te ha escrito de tal manera la princesa?

—No me ha escrito, señor: la carta que se ha encontrado en la antecámara de su majestad la reina es una admirable falsificación, pero siempre una falsificación.

—No parece sino que tú la has hecho, á juzgar por la seguridad con que lo dices—observó Felipe V, mirando profundamente á monsieur de la Chaumiere.

—No la hecho yo—dijo monsieur de la Chaumiere, procurando desesperado no perder el favor del rey—; pero puedo decir á vuestra majestad quién la ha hecho.

—¿Quién?—saltó el rey con un excesivo interés.

—La única mujer á quien he amado, á quien amaré, por la que moriré desesperado.

—¿La conozco yo, de la Chaumiere?

—¡Oh! sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Ursula Quiñones.

—¡Ursula Quiñones!

—Sí, Ursula Quiñones, hija del tío tío Manzampulas, verdugo de Madrid.

—¿Y dices tú que esa es la autora de la habil intriga que envuelve á la princesa, y aun añade que la conozco yo?

—Tanto la conoce vuestra majestad, que es muy posible que vuestra majestad esté enamorada de ella.

—Nada tenía de extraño este lenguaje en monsieur de la Chaumiere, porque, como sabemos, era confidente del rey y gozaba de toda su confianza.

—Pues te aseguro, de la Chaumiere—dijo Felipe V, mostrándose ya menos severo con su favorito—, que no conozco á esa mujer.

—¿No conoce vuestra majestad á la señora doña María de Ayala, hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—¿Y qué hay de común entre doña María de Ayala y la hija del verdugo?—dijo Felipe V, di-

simulando mal su interés—: ¿será doña María mujer de historia?

—Doña María, señor, es la mujer más pura y más noble del mundo: básteos saber que yo la he encontrado en la pobreza, que me ha amado, y que no he podido seducirla.

—¿Que has conocido tú pobre y oscura á doña María de Ayala!—dijo con disgusto el rey.

—Sí, sí, señor; he conocido á doña María de Ayala cuando se llamaba la beata Ursula Quiñones y pasaba por hija del verdugo de Madrid.

—¡Y tú amas á doña María!

—Con toda mi alma.

—Y dime, de la Chaumiere: ¿por qué doña María ha armado esa tempestad á la princesa de los Ursinos?

—Porque dona María me ama, señor: para impedir mi casamiento con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y para apartarme de la corte, á causa de los celos que vuestra majestad debía sentir creyendo en mis amores con la princesa de los Ursinos.

—¿Sabes, de la Chaumiere, que no es muy cómodo tener servidores como tú?

—Vuestra majestad hará lo que quiera de mí; pero vuestra majestad me ha mandado le diga la verdad, y se la he dicho.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, traidor?

—Porque no creía llegase un escándalo, ni servía en ello á vuestra majestad.

—De la Chaumiere—dijo el rey—: te prohibo que ames á doña María de Ayala.

—Perdonad, señor, pero no puedo obedeceros; porque no puedo dejar de amarla, por más que la ame sin esperanza.

—¿Y por qué la amas sin esperanza, de la Chaumiere?

—Porque vuestra majestad no puede consentir nunca en mi enlace con una infanta de España, por más que esa infanta de España, por altas razones de Estado, permanezca siempre desconocida.

—¿Y no has estado á punto de casarte con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, hermana de doña María?

—Si mi casamiento con doña Esperanza hubiera pedido causar mi desgracia, y acaso mi muerte, á causa de nuestra desigualdad de condiciones, ella persona real, y yo simple gentil-hombre, hubiera huido antes de verme obligado

á arrostrar un peligro indudable uniéndome á ella.

—¿Cómo, cómo!—dijo Felipe V—: pues qué, ¿conoces tú la historia de doña Esperanza de Ayala?

—Doña Esperanza, señor, es hija no del rey don Carlos II, sino de la princesa de los Ursinos.

—¿Cómo! ¿y tienes las pruebas de eso?

—Sí, señor—dijo monsieur de la Chaumiere—: y si vuestra majestad me lo permite, iré por ellas y se las presentaré.

—Ve, de la Chaumiere, ve, y vuelve al momento.

Monsieur de la Chaumiere salió, y volvió á la media hora, trayendo los documentos que poseía acerca de dos de las tres Esperanzas; esto es: de la doña Esperanza hija del almirante de Castilla, y de Azucena.

Era uno de los documentos la supuesta acta *in articulo mortis* del marqués de Castroviejo, en que se cohonestaba todo lo necesario para que Azucena, que había pasado por hijade Bizarro, fuese creída hija natural bastarda del rey don Carlos II; y la declaración legítima del marqués de Castroviejo, vendida por su mayor-domo á monsieur de la Chaumiere, que probaba que se había engañado al rey don Carlos II, haciéndole creer que era hija suya una hija natural de don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, almirante de Castilla.

El rey se asombró, se irritó, se conmovió, y por algunos momentos no se le ocurrió nada que decir.

Monsieur de la Chaumiere meditaba con cierto terror, en que por salvarse había ido quizá demasiado lejos.

—¿Conque es decir—exclamó irritado el rey—, que nada de lo que nos rodea es verdad! ¡que aquellos á quienes más hemos amado, á quienes más hemos favorecido, son los que más nos hacen traición! ¡conque es decir que la princesa de los Ursinos no ha vacilado en valerse de todo género de medios infames para hacernos creer parienta nuestra una hija suya; y que tú, que lo sabías todo, has callado!

—No me he atrevido á hablar, señor: la princesa de los Ursinos ha tenido, tiene y tendrá sobre vuestra majestad tal influencia, que yo no me he atrevido á hablar, sino cuando me he considerado perdido.

—Bien, perfectamente—dijo Felipe V—: nun-

ca te faltará una disculpa, y si se te deja hablar, acabaremos por convencernos de que eres la lealtad personificada.

—¿Y cómo dudar de mi lealtad y de mi amor á vuestra majestad? ¿no he dado bastantes pruebas de ella? ¿á quién se debe el que la conspiración del marqués de Leganés, tramada para apoderarse de las personas de vuestras majestades, haya fracasado? ¿puede dudarse de que si vuestra majestad hubiera sido preso, hubiera decididamente perdido la corona? ¿qué otro que yo ha descubierto esa conspiración?

—¿A medias!—exclamó el rey—: ni aun al marqués de Leganés ha podido probarse su deslealtad: en cuanto á los otros conspiradores, han quedado envueltos en el misterio.

—Todo consiste, señor, en que ha huido de mí una hermosísima mujer que tenía y tiene la clave de todo.

—¿Y qué mujer es esa, de la Chaumiere?

—Doña Esperanza de Ayala, la hija bastarda del difunto almirante de Castilla.

—¿Y dónde está esa mujer?

—Antes de anoche, señor, estaba en Maudes, pueblecillo cercano á Madrid: hoy no sé dónde estará; pero puedo saberlo.

—¿Y dices que esa dama?...

—¡Hermosa, señor, hermosa como una ilusión, como un sueño de enamorado!

—No, no me refiero á eso, de la Chaumiere—dijo el rey—, sino á las noticias que dices posee esa mujer acerca de esos desconocidos enemigos míos que trabajan en favor del pretendiente.

—Doña Esperanza de Ayala lo sabe todo.

—¿Y cómo eso?

—Porque doña Esperanza de Ayala conspiraba contra vuestra majestad.

—¿Y qué interés tenía en ello doña Esperanza.

—El de ser reina.

—¿Cómo!

—Sí, señor; el archiduque, engañado por el marqués de Castroviejo, creyéndola hija del rey don Carlos II y con pruebas bastantes para patentizarlo, la solicitaba por esposa.

—¡Ah, ah!—exclamó el rey—: ¿y dices que esa doña Esperanza es hermosísima?

—Como un arcángel, señor.

—¿Qué edad tiene?

—Diez y ocho años.

—Y si ella se creía hija natural del rey don Carlos II, ¿por qué no ha venido á mí?

—Ella ignora su origen, señor; el marqués de Castroviejo hacía con ella un doble juego.

—Necesito conocer á esa dama.

—La buscaré, señor, la encontraré y la conoceréis.

—Pero es el caso, de la Chaumiere, que yo necesito castigarte.

—¿Aún cree vuestra majestad, después de mis francas y leales explicaciones, que debo ser castigado por traidor?

—No; pero ha habido escándalo, de la Chaumiere: estoy entre tres fuegos: la reina, la princesa y la marquesa de nuestra Señora de las Nieves: eres una víctima: lo siento, porque me servías de mucho: estaba acostumbrado á ti y no sé cómo componerme sin ti; pero qué quieres, de la Chaumiere; no puedo hacer nada: las circunstancias me dominan, me anulan: de aquí saldrás preso: componete como puedas, haz de modo que yo conozca á esa nueva doña Esperanza.

—La conocerá vuestra majestad.

—Pues bien, concluyamos—dijo Felipe V.

Y tocó la campanilla.

Entró inmediatamente uno de los gentiles-hombres de servicio.

—Haced que se me presente un exento de guardias—dijo el rey.

El gentilhomme desapareció.

—Es decir, que estoy ya de viaje, señor.

—Sí, de la Chaumiere, sí; es necesario.

—¿Y puedo saber adónde me envía vuestra majestad?

—A Versalles: en ti consiste llegar ó no.

—Y si no llego, si me quedo en España, si soy preso en ella, ¿qué me acontecera?

—¡Ah, ahí procura no ser preso.

En aquel momento se abrió la puerta de la cámara, y dijo desde ella el gentilhomme:

—El exento de guardias de vuestra majestad, marqués del Valle.

Entró un hinchado personaje, que adelantó reverentemente y dobló la rodilla ante el rey.

Llevaba el uniforme del cuerpo de guardias de la persona del rey, con una sola charretera en el hombro izquierdo.

—Marqués—le dijo Felipe V—: tomad su espada á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere, mi gentilhomme, y capitán de mosqueteros de su majestad el rey de Francia.

Monsieur de la Chaumiere entregó su espada

al marqués del Valle, que la recibió gravemente y en silencio.

—Inmediatamente—continuó el rey—, llevad á de la Chaumiere á una de las torres del alcázar, donde le encerraréis, previniendo que no se le deje hablar con nadie: no permanecerá allí más que el tiempo necesario para que se prepare una silla de posta; cuando estuviere dispuesta, sacaréis á de la Chaumiere de la torre, le meteréis en ella, y acompañándole vos, le llevaréis á Versalles, le presentaréis á su majestad el rey de Francia, diciéndole que yo le envío preso; pediréis recibo de él, y os volveréis: para los gastos del viaje os dará de orden mía lo que sea necesario mi ministro de Hacienda, así como las reales órdenes para que se os sirvan caballos de posta y se os dé auxilio si lo necesitáreis. Salid.

El exento y de la Chaumiere salieron.

—¡Oh! se escapará—dijo el rey—: estoy seguro de ello: el pobre marqués del Valle va á pasar muy mal rato.

CAPITULO XVII

DE CÓMO EL SACRISTÁN DE TARACENA TUVO UN EXTRAÑO NUEVO HUÉSPED

—Pasaron algunos días.

Era el 20 de Agosto, quince después del en que empieza nuestra narración.

Era la caída de la tarde.

La villa de Taracena tenía ese aspecto solitario y triste que todos los lugares pequeños en un día de trabajo.

Por la plaza, donde estaban situadas la iglesia y la casa de la villa, no pasaba un alma.

Mas abajo, en la calle Real, se veía en la puerta del mesón una moza rolliza hablando con el mozo de paja y cebada.

La conversación era un tanto agría.

—Desde que los guardias—decía el mozo, pueden llamar, hablar y mandar, no te se puede resistir, Pepa; y mira tú lo que vas á sacar de esos señores: lo que has sacado de sus lacayos. Cuando las mujeres pierden la vergüenza...

—No, que cuando la pierden los hombres...

—Tengamos la fiesta en paz, Pepa, no sea que te ponga yo la mano algo más duramente que lo que te la puso el lacayo de don Juan de Santibáñez.

—Anda, anda á tener el estribo á ese viandante que llega—dijo la muchacha—y déjate de tonterías, Bartolo.

El mozo se volvió y vió á un hombre que venía jinete en un poderoso caballo, y con un traje demasiado característico, esto es, con un traje de gitano: porque aquel hombre era Bizarro.

Pero en vez de detenerse en el mesón siguió adelante.

—¡Eh! ¡compadrel!—le dijo el mozo de paja y cebada: ¿crees acaso que haya en el pueblo otro mesón que el del Zurdo?

—Yo no entro ahí como no sea para pegarle fuego—contestó Bizarro.

Y siguió en dirección á la plaza, que no era otra cosa que un ensanchamiento de la calle Real, que atravesaba todo el pueblo.

Bizarro siguió hasta la iglesia, echó pie á tierra, y llamó á la puerta de la casa del sacristán.

Salió una mujer avellanada, fea y curiosa, con esa grosera curiosidad de las gentes mal educadas.

—¿A quién buscáis?—dijo.

—Al sacristán—contestó Bizarro.

—Mi marido está en el campo—contestó la sacristana.

—No le hace—contestó Bizarro—; en todas las casas de los pueblos hay cuadra.

—¿Y bien? ¿y qué?—dijo la sacristana.

—Que en la cuadra se puede acomodar mi caballo: en cuanto á mí, con una cama de mala muerte y en un rincón, tengo bastante.

—¿Habeis creído que mi casa es posada?—dijo con una grosera altanería la sacristana.

—No, señora mía, no—dijo Bizarro—; pero como para mí en Taracena no hay posada, es natural que procure meterme en alguna parte.

—¡Pues á fe á fe que no es buena posada la del Zurdo!—dijo la sacristana.

—Sí, sí, señora; pero en esa posada murió hace quince días como un perro mi mujer, y no entro en ella aunque me maten.

—¡Cómol ¿sois vos el marido de la gitana que murió de un mal parto en el mesón del Zurdo? ¡Pues á fe á fe que no la hicieron buen entierro! Venta con ella no menos que una señora que dicen que se llama la princesa de los Ursinos, y que manda en España más que el rey; y detrás venían con las espadas en la mano siete señores guardias de su majestad.

—Sí, sí, todo eso es cierto, pero no viene al caso; lo que yo necesito es que me aposentéis.

Mirad, yo lo haría de muy buena gana; pero si sois el marido de la difunta no me atrevo: porque os prenderán, y tal vez nos prendan también

á mi marido y á mí por haberos hospedado.

—¿Y por qué han de prenderme?

—Porque heristeis malamente á dos caballeros guardias de corps, que aunque ya no están de cuidado, no pueden dejar el lecho.

—Si yo temiera que me prendiesen, no entraría en Taracena á la luz del día: no tengais miedo de eso, porque traigo el indulto de Su Majestad.

—¡Cómol ¿os han indultado?

—¡Ya lo creol como que me protege su alteza la señora princesa de los Ursinos: vos misma habeis recordado que la princesa acompañó el cadáver de mi pobre mujer hasta su sepultura, y que pagó el entierro:

—Ya se ve que sí, y muy bien pagado.

—Como yo pagaré el hospedaje que me deis.

—Vaya, pues aunque no está mi marido en casa, entrad: mi marido no tardará; cuando venga, él verá lo que tiene que hacer.

La sacristana guió á Bizarro á la cuadra, en la cual Bizarro acomodó su caballo.

Después volvieron á la cocina; á ese recibimiento que se encuentra inmediatamente después de la puerta en las casas de los pueblos.

—¿Y venís á ver dónde está enterrada vuestra mujer?—dijo la sacristana.

—Sí—contestó roncamente Bizarro.

—Debáis quererla mucho—insistió la habladora sacristana.

—Mucho—dijo Bizarro con acento más sombrío.

—Pues mirad, está enterrada como una persona rica: en un nicho para ella sola, y para siempre; en la boca del nicho hay una tabla pintada, y en ella este nombre: María de la Cinta.

—¡Ah, pobre Cinta mía!—exclamó Bizarro: ¡pobre hijo mío! Y decidme: don Juan de Santibañez ¿está ya completamente fuera de peligro?

—Sí, señor, y da algunos paseitos á la caída de la tarde; pero los médicos dicen que si se pone en camino puede abrirsele la herida, y por eso él y su amigo don Luis de Sandoval permanecen en el pueblo.

—¿Y qué médicos le asisten?

—Por el pronto le asistieron el cirujano y el médico del pueblo; pero á los tres días vinieron de Madrid dos médicos y dos cirujanos.

—¿Y no ha venido nadie más?

—Sí, señor; cada dos días viene un correo de Madrid.

—¿Y qué trae ese correo?

—Una carta para don Juan de Santibáñez.

—¿Ha venido alguna persona más de Madrid?

—No, señor; como no sea un hombre muy raro que tiene trazas de dómíne, que vino hace dos días, se aposentó en el mesón, y aún está en él.

—Vaya, pues, dadme un jarro de agua y vino, y decidme dónde puedo echarme á descansar, porque he hecho una jornada muy larga y estoy fatigado.

—Voy por agua fresca del pozo, y en seguida os haré una cama—dijo la sacristana.

Y salió de la cocina.

—Me parece—dijo Bizarro—que ya tengo el cabo del hilo que ha de llevarme hasta la mano que tan cobardemente ha herido á Ana María. Ese dómíne es sin duda el bachiller Marcos Calderón; es posible que la princesa no se engañe creyendo que el golpe ha venido de esa doña María de Ayala, de esa Ursula Quiñones, de esa infanta bastarda, de ese misterio.

Bizarro calló, porque volvía la sacristana con el agua en una limpsima jarra de cristal.

Bebió Bizarro: la sacristana sacó un colchón y dos almohadas á la cocina, y se acostó Bizarro: tan rendido estaba, que se durmió.

Probablemente en algunas horas no habría despertado, si no le hubieran obligado á despertar á la media hora de haberse dormido.

Había sobrevenido el sacristán, que volvía del campo de arar un rastrojo.

A primera vista no se hubiera comprendido en él al peón de campo, á juzgar por la hinchada prosopopeya de su aspecto.

Aquel hombre semieclesiástico, que sabía, aunque de memoria, latín, esto es, el latín del rito, protestaba con su aire de insuficiencia de su doble posición de labriego.

En los pueblos es muy común que el alcalde, el fiel de fechos, el sacristán y alguno que otro personaje, descendan de su posición oficial ó científica para consagrarse al materialismo de la agricultura.

Dónde generalmente se encuentran tipos más originales, es en las pequeñas poblaciones.

Sinforoso Aguadulce, que así se llamaba el sacristán, era un hombre como de treinta y cinco años, alto, seco, tieso, rígido, grave, de pocas palabras, y aun así rebuscadas, y como pudiera decirse, sesudas. No se refa nunca; no se prestaba fácilmente á la intimidad, y hacía cuanto le era posible por aislarse, porque creía que así se daba más importancia.

Al entrar por el portón del corral con la yunta, vió bajo el sotechado el caballo de Bizarro, y volviéndose hacia su mujer, que estaba allí porque había acudido á abrir el portón, la dijo, dejando caer, por decirlo así, cada una de las letras de sus palabras:

—Aquí hay algo que no es nuestro.

—Pues ya—dijo la sacristana—: tú quieres hablar de ese hermoso caballo.

—Eso es—contestó el sacristán, desunciendo su yunta, que se componía de un caballejo y de una mulilla; de seguro ese animal no habrá venido aquí solo.

—Pues ya lo creo que no: durmiendo en la cocina está su jinete.

—¿Cómo!

—Ya dije á ese hombre, Sinforoso, que tu casa no era posada; pero como le apadrina la señora princesa de los Ursinos...

—¡Ahl—exclamó el sacristán, conduciendo por el ramal sus dos bestias bajo el sotechado.

—Sí, sí, señor: es el marido de aquella pobre gitana que se enterró hace poco tiempo con tanto aparato; ya te acordarás: su alteza iba detrás del cadáver; detrás de su alteza siete caballeros de guardias de corps con las espadas al hombro, y el cura y tú, y el beneficiado, y el monaguillo, y el alcalde, y el ayuntamiento, y todo el pueblo, hombre, todo el pueblo; cuando te digo que ese gitano, aunque es gitano, es mucha persona...

El sacristán se enderezó más de lo que ya estaba, abandonó sus bestias, sin cuidar de darlas pienso, se dirigió á la puerta de la casa que correspondía al corral, atravesó un pasadizo, entró en la cocina, se dirigió al ángulo donde dormía Bizarro, se detuvo y miró gravemente al dormido.

Su mujer, que le había seguido, le miraba á él.

—¡Ehl ¡amigo!—dijo el sacristán—: hacedme el favor de despertar.

Tan profundo era el sueño de Bizarro, que no pudieron romperle las palabras del sacristán, aunque habían sido pronunciadas de una manera vibrante.

El sacristán repitió exactamente aquellas palabras; pero con más fuerza.

Entonces despertó Bizarro; vió al sacristán, se incorporó, y se levantó.

—Buenas tardes—le dijo.

—Son ya casi buenas noches—contestó el sacristán.

—Tanto da—dijo Bizarro—; ¿vos sois, sin duda, el marido de vuestra mujer? quiero decir: vos sois el sacristán.

Para serviros, en lo que sea razón.

—Yo soy José Díaz, alias Bizarro, marido de una infeliz que está sepultada en el panteón de la iglesia.

—Por muchos años—dijo el sacristán.

No sabemos si quiso decir que Bizarro fuese por muchos años marido de la difunta, ó que la difunta estuviese por muchos años enterrada en el panteón.

—Quiero verla—dijo Bizarro.

—Eso no puede ser—contestó con cierta concluyente energía el sacristán.

—¿Y por qué no puede ser?—contestó con calma Bizarro.

—En primer lugar, porque se necesita una orden superior de la autoridad eclesiástica para desenterrar á un muerto; y en segundo lugar, porque aunque lo mandase quien lo mandase, no me expondría yo á coger una enfermedad á causa del hedor.

Nunca había dicho tantas palabras seguidas el bueno de Sinfoso.

—¡Ah!... ¡ya!... ¡sí!...—dijo Bizarro—: no me he explicado bien: estoy muy lejos de querer verla; me causaría mucha pena ver, en vez de su hermosura, la horrible fealdad del cadáver: ¡ah! no, lo que quiero, amigo mío, es ver su sepultura.

—No es sepultura, es nicho—dijo gravemente el sacristán.

—Pues bien, sí; concluyamos por Dios—dijo empezando á impacientarse Bizarro—: quiero acercarme al lugar donde reposan mi mujer y mi hijo.

—Tráeme las llaves y el farol encendido—dijo el sacristán á su mujer.

—¿Pues para qué querías el farol si te lo trajera apagado?

—A tí hay que decirte las cosas todo lo más claramente que se pueda para que las entiendas: ¿y habéis venido á Taracena para esto tan solo?—añadió dirigiéndose á Bizarro y permitiéndose la libertad de hacer una pregunta á una persona con quien no tenía confianza, lo cual era en él muy raro.

—He venido para algo más, y cuento con vos.

—¿Conmigo?

—Sí por cierto, y no os pesará.

—¿A qué asunto?

Sinfoso se modificaba: preguntaba demasiado.

—Ya tenéis ahí el farol y las llaves que os trae vuestra mujer—dijo Bizarro—; vamos al panteón, que allí os dire lo que tengo que deciros.

El sacristán tomó el farol y las llaves, y dijo á Bizarro, dirigiéndose á una puerta situada en el fondo de la cocina:

—Seguidme.

Atravesaron un pasadizo, después la sacristía; por ella pasaron al presbiterio, bajaron sus gradas, y en un costado de la iglesia se detuvo el sacristán junto á una pequeña puerta que abrió.

Inmediatamente empezaban unas pendientes escaleras, anchas lo bastante para que pudiesen caber por ellas un cadáver y sus conductores.

Al fin de aquella escalera se encontraron en el panteón, que era pequeño, húmedo, de bóveda deprimida, con tres andenes de nichos en cada uno de sus cuatro lados.

El sacristán extendió su largo brazo y señaló con un dedo rígido un nicho, situado en un ángulo, y correspondiente al andén inferior, y dijo:

—Allí está sepultada vuestra mujer.

—Pues bien—dijo Bizarro, que había fijado una mirada candente en el nicho—: mientras yo rezo por su alma, subid y cerrad la puerta del panteón.

—No es necesario—dijo el sacristán.

—Si es necesario—dijo Bizarro—: vuestra mujer será capaz de venir silenciosamente á escuchar lo que hablemos.

—Mi mujer no se atreverá á tanto.

—Hay un móvil que impulsa á las mujeres contra todo temor: la curiosidad: id y cerrad.

Sinfoso, maravillado de que hubiese un hombre que le dominase, dejó el farol sobre el húmedo suelo terrizo del panteón, subió, cerró la puerta y volvió á bajar.

Encontró á Bizarro de pie é inmóvil en el mismo lugar donde le había dejado, con la mirada tenazmente fija y con una expresión terrible, en el nicho de María de la Cinta.

—Este hombre no se arrodilla para rezar—pensó el sacristán—; y si reza, parece que blasfema: así miraría el diablo una sepultura.

Bizarro se volvió y dijo al sacristán:

—Entended bien lo que os voy á decir: si no obedecéis ciegamente las órdenes que voy á daros, seréis considerado como reo de alta traición contra el rey nuestro señor.

—Eso no puede ser, porque yo no puedo ser

traidor—dijo el sacristán, procurando disimular por vanidad la expresión de terror que había asomado a su semblante y que le había hecho temblar de los pies á la cabeza.

—Sois un pícaro—dijo Bizarro al apercibir la palidez y el temblor del sacristán.

—¡Yol—exclamó éste.

—Sí; sois partidario del archiduque.

—Yo no soy partidario de nadie: yo no soy más que sacristán, hombre de bien; cumplo en todo con mi obligación.

—Pues procurad no sea vuestra obligación trabajar con un grillete.

—Señor mío, vos no me conocéis cuando me decís tales palabras—dijo el sacristán, que temblaba como un azogado.

—Aunque no os conozco, estoy seguro de que os gustan extraordinariamente los doblones de á ocho.

Y Bizarro sacó de entre su faja su bolsa verde de punto de malla con pasadores de acero, y de ella seis onzas mejicanas, que puso en la mano que el sacristán había extendido maquinalmente.

—¿Y por qué esto?—dijo el sacristán, guardando el dinero.

—Porque aunque bien podía mandárseos, vale más pagaros para que obedezcais con más gusto.

—¿Y qué hay que hacer?

—Ocultar esta noche mi caballo donde nadie le vea; decir á los del pueblo, que sin duda saben ya todos que estoy en vuestra casa, que me he ido á la media noche, y hacer de modo que nadie entienda que permanezco aquí: procurad además que vuestra mujer no sea imprudente.

—Me llevaré el caballo al campo y os encerraré en la cámara.

Sabido es que lo que se llama en los pueblos la cámara, no es otra cosa que el granero.

—Decidme—continuó Bizarro—, ¿qué forasteros hay en el pueblo?

—Un sobrino del señor cura, que ha venido á casarse con una sobrina del señor cura.

—¿Y nada más?

—Sí, sí, señor—se apresuró á decir el sacristán—; un padre de la Orden de San Francisco, que ha venido de orden de su general á hacer una visita á las monjas, y que está aposentado en casa del señor cura.

—¿Y quién más?

—El recaudador de la alcabala.

—¿Y nadie más?

El sacristán se quedó mirando aturdido á Bizarro.

—No sé que haya ningún otro forastero—dijo al fin—; ¡ah! ya, sí; como hay tantos forasteros en el pueblo, me había olvidado de los dos caballeros de guardias de corps que se quedaron aquí á causa de haber sido heridos por...

El sacristán se detuvo, no atreviéndose á continuar.

—Sí, heridos por mí—dijo Bizarro, concluyendo la frase: siento no haberlos enviado á la eternidad; me hubieran indultado del mismo modo.

El sacristán, que desde el principio había considerado á Bizarro como á un hombre temible, acabó por ver en él á un gigante.

—¡Conque os han indultado!—dijo—pues mirad, me alegro; porque, según se ha dicho, el tío Ciriaco el posadero, que lo vió todo, vos tuvisteis mucha razón.

—¿Y qué más forasteros hay en el pueblo?—dijo Bizarro.

—Los criados de esos caballeros—dijo Sinfrososo, contrariado porque Bizarro no se franqueaba con él.

—A más, á más de los criados—dijo Bizarro.

—Una especie de dómine que ha venido hace dos días de Madrid, y vive en la posada.

—¿Qué novedades ha habido en el pueblo desde que están en él heridos esos guardias?

—Han venido dos médicos y dos cirujanos.

—¡Ah! ¡Conque tenemos más forasteros!

—Sí, sí, señor; lo repito; son tantos, que por el pronto no se acuerda uno de todos ellos.

—Pues recordad bien, no sea que quede alguien.

Miró profundamente el sacristán á Bizarro.

—Lo que voy á deciros—dijo—es un gran secreto; pero yo no debo ocultaros nada.

—Y bien, ¿qué secreto es ese?—dijo Bizarro.

—No en el mismo pueblo, pero muy cerca de él, en la casa del santero de la ermita de la Luz, hay una dama muy hermosa á quien acompaña un hombre, que ó mucho me engaño, ó ha sido sacristán.

—¡Holal—dijo Bizarro—: es muy posible tengamos por aquí al amigo Lucas Cabezudo. Decidme, ¿es rubia la dama?

—Sí, señor.

—¿Blanca?

—Sí, señor,

—¿Con los ojos azules?

—Sí señor, azules, grandes y hermosos.

—¿Como de diez y ocho años?

—Vamos, vos la conocéis.

—Yo conozco á todo el mundo: el que la acompaña es de poca estatura, pero muy fornido, vestido de negro, mal encarado, y hombre de pocas palabras.

—Sí señor, eso es.

—¿Y cuándo han venido?

—Hace cinco días: en una hacienda que está á dos tiros de bala de la ermita de la Luz, hay un caballero muy buen mozo y muy principal; pero escondido, porque no se deja ver de nadie; y si se sabe que está ahí, es porque se han recibido órdenes de Madrid para que se le atienda y se le respete; esto se lo ha dicho el alcalde al cura, y el cura me lo ha dicho á mí en confianza.

—Y vos en confianza se lo habéis dicho á todo el mundo.

—Ya veis, los pueblos son muy pequeños, lo que no se sabe se huele, y como no hay de qué hablar...

—Por el momento hemos acabado de hablar nosotros: salgamos de aquí.

El sacristán tomó del suelo el farol, subieron las escaleras, y poco después se encontraban en la iglesia.

—Alguna desgracia va á pasar—dijo el sacristán, deteniéndose—: se ha apagado la lámpara del Santísimo: esto no ha sucedido desde que yo soy sacristán: es decir, desde hace quince años.

—Será lo que Dios quiera—contestó Bizarro, que era supersticioso—: corre viento de desgracias: id y traed aceite: vuestra mujer se ha descuidado sin duda creyendo que vos acudiríais á la lámpara: haced de manera que yo tenga una buena cama en un lugar donde no sea visto por nadie.

—¿Y os quedáis aquí?—dijo el sacristán con recelo, acordándose del copón y de los candeleros de plata del Sagrario, pero sin atreverse á expresar su recelo.

—Sí, me quedo aquí rezando por el alma de mi pobre mujer.

—¿Y no os da miedo de quedaros á oscuras?

—Yo no tengo miedo á nadie; id, id y no perdáis tiempo.

El sacristán no se atrevió á replicar y salió.

—Este imbécil me toma por un ladrón—dijo Bizarro—: ¡ahl en otro tiempo, tal vez... tal vez

mis desgracias provienen de mis crímenes. ¡Y aquí está mi compadre Lucas Cabezudo! ¡Y aquí está doña Esperanza de Ayala! ¿Y quién será ese caballero que vive oculto en una hacienda á dos tiros de bala de la ermita donde se culta doña Esperanza? Lo sabré esta misma noche.

En aquel momento entró el sacristán, miró con recelo al lugar donde había dejado á Bizarro, y se tranquilizó al verle sentado en la extremidad de un escaño.

—Mi mujer os está haciendo una buena cama en la cámara—dijo—, y después se os hará una buena cena.

—Escusad la cena; de lo que tengo más necesidad es de descanso: me he rendido; he hecho en muy poco tiempo y de un tirón el camino desde Madrid.

—Pues ya podéis decir que tenéis un buen caballo—dijo el sacristán, que se ocupaba en encender la lámpara del Santísimo—: habéis hecho de un tirón tres jornadas largas: no puede pedirse más al bicho.

—Todo lo que yo tengo es bueno—dijo Bizarro—; pero ya que habéis encendido la lámpara, vamos.

—Cuando gustéis—dijo el sacristán.

Y salieron de la iglesia.

CAPITULO XVIII

COMO HABÍA IDO Y PARAR MONSIEUR DE LA CHAUMIERE Á TARACENA

Como sabemos, Felipe V se había visto obligado á prender á monsieur de la Chaumiere y á entregarle preso al exento de guardias, conde del Villar, don Melchor Yañez y Aponte, el hombre más tieso, más grave, más hinchado y más estúpido que había en la corte.

Era lo mismo que haberle entregado á un perro de presa.

Pero al rey le convenía que monsieur de la Chaumiere se escapase, y había echado mano del conde del Villar, porque tenía la seguridad de que guardaría de tal modo á monsieur de la Chaumiere, y exageraría de tal manera las precauciones, que monsieur de la Chaumiere tendría mucha más facilidad de evadirse.

El bueno de don Melchor Yañez de Aponte se llevó á su prisionero á una torre del alcázar, y le encerró en ella, le puso á la puerta dos centine-

las suizas, y se fué á ver al ministro de Hacienda Orrí.

—¿En qué puedo servirlos, señor conde?—dijo el ministro.

—Gracias, caballero—dijo el conde—; pero en el asunto que me trae á veros no me servís á mí, sino á su majestad: ¿no tenéis ningún antecedente?

—Sí señor: se me ha mandado de real orden os entregue quinientos ducados para gastos de conducción de un preso á París, y que expida las órdenes necesarias para que se os sirvan caballos de posta. ¿A quién conducís, caballero?

—No puedo decirlo, señor ministro.

—Necesario será que me lo digáis, porque hay que justificar el libramiento de la cantidad que voy á entregaros.

—Sea como quiera, señor ministro—dijo el conde de Villar—yo no puedo faltar por vos ni por nadie á la confianza que de mí ha hecho su majestad.

—Vamos—dijo sonriendo Orrí—: me complace la lealtad con que servís á su majestad, pero aquí no hay secreto: á quien conducís es á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—No puedo decirlo—insistió el conde.

—Consta el nombre de monsieur de la Chaumiere en la real orden por la cual se me manda librar una cantidad para los gastos del viaje. Mirad.

Y Orrí presentó al conde una real orden proveniente de la mayordomía mayor, en que constaba el nombre de monsieur de la Chaumiere.

—En todo caso—contestó el conde, á quien era muy difícil apearse de la altura de su hinchada prosopopeya, he cumplido con mi deber.

—¿Y quién lo duda, señor conde, quién lo duda?—dijo Orrí—: sois uno de los buenos caballeros á la antigua, de los que quedan ya muy pocos ejemplares: y francamente, siento que el rey os haya dado esta comisión, que es muy comprometida: monsieur de la Chaumiere no llegará á Versalles.

—Se habrá quedado muerto en el camino—contestó el conde.

—No, no por cierto, amigo mío: monsieur de la Chaumiere no llegará á Francia ni á la eternidad por ahora.

—¡Oh! ¡oh! su majestad me le ha encargado á mí—dijo con altanería el conde.

—¿Queréis que hagamos una apuesta?

—Como gustéis: veamos los términos de la apuesta.

—Si antes de que contéis quince leguas fuera de Madrid no se os ha escapado monsieur de la Chaumiere, yo pierdo.

—¿Y qué hemos de apostar?

—Vos tenéis una querida deliciosa, señor conde; una chica que era doncella de la marquesa de Valdespino, en cuya casa la conocisteis: ese diablo de esa chica os es fiel á toda prueba, no porque os ama, sino porque tiene talento, y la convenís más que otro alguno: yo, que tengo capricho por ella, la he hecho proposiciones magníficas, y sólo he conseguido me prometa ser mía en el momento en que vos la dejéis libre.

El conde había puesto una cara de condenado; lo que demostraba que, respecto á su querida, su estupidez se había convertido en locura.

Sin embargo, su vanidad no le permitió rechazar el precio de la apuesta.

Convenido—dijo—: si ganáis, romperé con Estefanía; pero si perdéis ¿qué obtendré yo?

—Decidlo vos.

—La mano de vuestra hija, marqués—dijo el conde de Villar.

Tocóle su vez de apretar el gesto á Orrí; pero ya estaba lanzada la apuesta y no retrocedió.

Esto salvó á monsieur de la Chaumiere, como veremos más adelante.

Orrí ganó todo el tiempo que pudo, haciendo de modo que la silla de posta en que habían de partir el conde y monsieur de la Chaumiere no estuviese dispuesta hasta la entrada de la noche.

Orrí llamó á su ayuda de cámara de confianza.

—Piquard, le dijo—: es necesario que cometas un crimen de alta traición.

Piquard abrió enormemente los ojos y la boca, y se quedó mirando estupefacto á su amo.

—Se entiende—dijo Orrí—, que cuando yo te propongo esto, no corres en ello el menor peligro.

—¡Ah! de ese modo la cuestión varía completamente—dijo Piquard.

—Queda siempre el peligro de que te den una estocada ó un arcabuzazo.

—Eso importa poco, señor; ya procuraré que no me lo den: ¿y de qué se trata?

—Monsieur de la Chaumiere ha sido preso por el rey, que le ha entregado al buen conde de Villar para que le conduzca á Francia: es necesario que monsieur de la Chaumiere esté libre antes de que llegue á Guadalajara.

—¡Dinerol—dijo Piquard.

El marqués de Orrí dió su bolsillo á Piquard. Este se inclinó y salió.

Piquard, que era picardo como Pommeferre, y bravo y audaz como Malegarde, se fué á casa de monsieur de la Chaumiere á buscar á sus dos camaradas.

Pommeferre había al fin sido puesto en libertad por su amo, y andaba triste y pensativo, sin darse razón de lo que acontecía, porque se había enamorado como un loco de Ursula, y había sabido por su amo la transformación de Ursula en hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y su posición de dama de honor de la reina.

Desesperado y por no quedarse vacante, se había al fin resignado á los humildes amores de Petra Pica, que estaba completamente satisfecha, porque al fin nadie la disputaba á su adorado Pommeferre.

Se trataba de un casamiento inmediato.

Pero era el caso que Pommeferre, sobradamente gastador, no tenía ahorros, y que Petra Pica, aunque había ahorrado, había traspasado sus ahorros al hermoso paje de la princesa de Tilly, Perico Perea, que se había apresurado á gastarlos en hermosos trajes para parecer más bello.

Contaban los presuntos esposos con la generosidad de monsieur de la Chaumiere, para reunir al capitalejo que los garantizase contra cualquier apuro fortuito.

Pero monsieur de la Chaumiere estaba irritadísimo contra Pommeferre, por haberse atrevido éste á amar á Ursula, y era necesario desenojarle.

Piquard encontró, pues, muy dispuesto á Pommeferre para servir á su amo librándole del tremendo exento de guardias, conde del Villar.

Malegarde, por su parte, era hombre dispuesto á todo.

—Vuestro amo—les dijo Piquard—cuando los tuvo reunidos en el cuarto del portero, ha sido preso por el rey y entregado á un exento de guardias para que le lleve á Francia.

—¡Ah, por Dios!—dijo Malegarde—y qué hemos de hacer nosotros sin órdenes de nuestro amo y sin dinero?

—Esto me contraría—dijo Pommeferre—; desde hace algún tiempo se suceden cosas endiabladas.

—En vosotros consiste—dijo Piquard—hacer

un buen negocio; porque aunque el rey ha preso á monsieur de la Chaumiere, el rey no quiere que monsieur de la Chaumiere llegue á Francia.

—¿Y quién te ha dicho eso?—preguntó Malegarde.

—No me lo ha dicho nadie; pero lo supongo—contestó Piquard.

—Veamos en qué fundas tu suposición—dijo Pommeferre.

—En que el marqués de Orrí, mi amo, me ha mandado hacer de manera que antes de que esté á diez ó doce leguas de Madrid monsieur de la Chaumiere, se encuentre libre: ya veis que cuando mi amo me ha encargado esto, es sin duda porque el rey no quiere que salga de España monsieur de la Chaumiere: de otro modo, mi amo no se interesaría por la libertad del vuestro.

—Y dime, Piquard—preguntó Malegarde—, ¿cuándo sale de Madrid con el exento, nuestro señor?

—Esta noche.

—Irá en silla de posta—dijo Pommeferre.

—Por supuesto—respondió Piquard.

—Llevará escolta—dijo Malegarde.

—¿Y qué importa eso?—dijo Piquard—si no llevara escolta, el servicio que haremos, no á monsieur de la Chaumiere, sino al rey, no tendría mérito alguno: ¿no somos además bravos mosqueteros negros del gran Luis XIV? ¿De tal modo nos habremos cambiado que nos den ascualas espadas ó las lanzas de la escolta que asegure la persona de vuestro señor?

—¿Hay dinero?—dijo Malegarde.

—Sí, por cierto—contestó Piquard, sacando el bolsillo que le había dado el marqués de Orrí: aquí hay cincuenta buenos doblones de á ocho.

—No es mucho—dijo Pommeferre—; calculemos: necesitamos nueve caballos; podemos contar con cinco de la caballeriza de nuestro amo, porque los restantes no pueden sufrir la fatiga de una larga jornada á la ligera.

—¿Y para qué nueve caballos?—dijo Malegarde.

—Ocho para nosotros tres y otros cinco camaradas, y uno para que monte en él nuestro señor cuando le libremos.

—Son demasiado ocho hombres—dijo Piquard.

—No, porque la escolta se compondrá por lo menos de diez jinetes, para los cuales son de todo punto necesarios seis hombres bravos que los entretengan, batiéndose con ellos, mientras



Pommeferre y yo sacamos de entre las garras del exento de guardias á nuestro señor.

—Convenido—dijo Piquard—; á la calle y á procurarnos en diez minutos los caballos y los camaradas que han de acompañarnos; yo por mi parte me encargo de dos hombres y un caballo; buscad vosotros dos el resto; para ello tomad treinta doblones; no os olvidéis de proveeros de pistolas y arcabuces.

—¿Punto de reunión?—dijo Pommeferre.

—Fuera de Madrid—dijo Malegarde.

—El puente de Viveros—respondió Piquard.

Los tres lacayos se pusieron en marcha en distintas direcciones.

Tres horas después, esto es, á las tres de la tarde, estaban reunidos Piquard, Pommeferre, Malegarde y otros cinco buenos mozos, todos á caballo, con espadas y pistolas, y arcabuces pendientes del arzón.

Malegarde tenía de la brida un caballo.

En marcha y al galope—dijo Piquard, que se había nombrado á sí mismo jefe de la expedición; corramos cuanto nos sea posible para que cuando llegue la noche podamos esperar á la silla de posta en un lugar á propósito, á algunas leguas de Madrid.

A las cinco de la tarde pasaban por Torrejón de Ardoz: á las siete por Alcalá de Henares.

Los caballos se habían sudado, empezaban á fatigarse, y fué necesario tomar una hora de descanso en una venta á media legua de Alcalá.

Durante el camino nadie había dicho nada á nuestros expedicionarios, ni nadie había extrañado la reunión de aquellos ocho jinetes armados que llevaban un caballo de respeto.

El estado de guerra en que se encontraba España hacia lo más natural del mundo estos grupos de gente armada.

Piquard había contado con esto.

Ya de noche, emprendieron de nuevo el camino.

A las once de la noche atravesaban por Guadalajara, que se mostraba desierta, oscura, entregada al sueño.

Un cuarto de legua antes de llegar á Tarazona, se veía á la derecha del camino una gran espesura de álamos negros.

Piquard se detuvo y dijo á sus compañeros:

—Debemos esperar aquí; á mi amo le conviene que monsieur de la Chaumiere sea puesto en libertad á esta distancia de Madrid: entre la espesura podemos escondernos perfectamente;

la silla de posta habrá salido al obscurecer de Madrid, y llegará aquí cuando más tarde á las doce de la noche: son cerca de las once: esperamos.

Y seguido de los otros se metió entre los árboles.

No se había equivocado Piquard: á la media noche se oyeron á lo lejos los chasquidos del látigo del postillón, y poco después las campanillas de los caballos de posta, el ruido de su galope, el rodar de la silla, que adelantaba con rapidez.

—¡A caballo!—dijo Piquard—: cumpla cada cual lo mejor que pueda con su deber: á caballo y al camino: me parece que la empresa es más fácil de lo que creíamos: no oigo los caballos de la escolta: en todo caso viene muy detrás.

Estaban ya en el camino.

La silla de posta se acercaba con rapidez.

Cuando estuvo á cierta distancia de los que esperaban, Piquard gritó con voz terrible:

—¡Altos! ¡quién vive!

—El rey nuestro señor—contestó el postillón, deteniendo la silla.

—Viva el rey Carlos III—gritó Piquard.

Nadie contestó.

El conde del Villar y monsieur de la Chaumiere se habían avanzado á los cristales delanteros.

—Hemos tropezado con una avanzada del archiduque—dijo el conde con la voz trémula, más de cólera que de miedo.

Monsieur de la Chaumiere no contestó: sabía demasiado que aquella no era una avanzada ni mucho menos; el marqués de Orrí había encontrado medio de hacer llegar hasta él, á pesar de haberle encerrado el conde del Villar en una torre del alcázar, la siguiente lacónica carta:

“Id preparado, caballero: se os pondrá en libertad á diez ó doce leguas de Madrid: tengo empeñada una apuesta con el señor conde del Villar, y me importa mucho que os escapéis.—
El marqués de Orrí.”

Como era natural, monsieur de la Chaumiere apenas leyó esta carta se la comió.

Debía preverse un registro del conde del Villar, que sin embargo no tuvo lugar.

El exento se redujo á preguntar á de la Chaumiere si llevaba armas bajo sus ropas, y se satisfizo con una simple respuesta negativa: partieron sin escolta, porque el conde del Villar la desdoblaba.

Durante el camino, el guardián habló muy pocas palabras con el prisionero.

Este se había echado contra un rincón de la silla, y parecía dormir; pero iba prevenido: así es, que cuando Piquard detuvo la silla y el conde del Villar dijo que habían tropezado con una avanzada del ejército del archiduque, monsieur de la Chaumiere en vez de contestarle se apoderó de las dos pistolas que el exento llevaba al cinto, se las puso al pecho amartilladas, y dijo riendo:

—Habéis perdido la apuesta que tenéis empeñada con el marqués de Orrí: procurad no perder más, señor conde.

Al mismo tiempo el conde se había sentido sujeto por detrás, por la espalda: Pommeferre y Malegarde habían abierto la portezuela de la derecha, y sujetaban al exento.

Piquard había abierto la de la izquierda, y los otros cinco amenazaban al postillón y al zagal.

Monsieur de la Chaumiere salió fuera y montó en el caballo que le presentó Piquard.

Malegarde y Pommeferre habían quitado su espada al conde del Villar, que rugía de cólera.

Monsieur de la Chaumiere se ciñó la espada del exento.

—Me habéis tomado la mía esta mañana—dijo—, y justo es que esta noche os tome yo la vuestra. Adiós, señor conde; gracias por lo mal que me habeis guardado; hasta la vista.

—¡Ah!—exclamó el conde—: cuando nos veamos, yo os guardaré de tal modo que no podáis escapar.

Y dirigiéndose al postillón, añadió:

—Vuélvete á Madrid, si esos señores te lo permiten.

—¡Pues nol—dijo monsieur de la Chaumiere—: dejad libre la silla; y vos, señor conde, descargaos con el rey diciendo que habéis tropezado con una avanzada del archiduque, y que yo me he pasado al enemigo con vuestras armas.

Y de la Chaumiere soltó una larga y burlona carcajada.

—¡Os mataré!—gritó el conde, mientras el postillón revolvía los caballos para volverse á Madrid.

La silla de posta partió al galope un momento después.

—Vaya en paz el buen conde del Villar—dijo monsieur de la Chaumiere—; pero ganem

tiempo: Guadalajara está cerca, y, como si lo viera, el conde pedirá auxilio á la justicia y saldrá en nuestra busca.

Y monsieur de la Chaumiere lanzó su caballo á la carrera, seguido por los otros ocho jinetes, pasó media hora después por Taracena y tomó el camino de herradura que, desde la carretera, conducía al pueblo de Pozofrío.

Recordaba el rancho de carboneros situados en aquel camino, entre un bosque, á la distancia media de la carretera y de Pozofrío.

Llegaron al rancho á las dos de la madrugada.

Junto á los hornos encendidos velaban algunos carboneros.

—Soy un gentilhombre del rey nuestro señor—les dijo monsieur de la Chaumiere—, y en servicio del rey me quedo aquí algún tiempo; dadme, pues, una cabaña, y acomodad lo mejor que sea posible á mis criados.

Los carboneros, que lo hubieran recibido y ocultado aunque hubiera sido un ladrón fugitivo, con tal de que les hubiera pagado, al saber que se trataba de un gentilhombre del rey, se esforzaron por servirle y le acomodaron lo mejor que pudieron, así como á su gente y á sus caballos.

—Señor Piquard—dijo monsieur de la Chaumiere al bravo picardo—, os doy las gracias por lo que habéis hecho en mi favor, y me obigo á recompensaros.

—Sobradamente recompensado estoy—contestó Piquard—con haber desempeñado bien un encargo de mi amo.

—Marchad en cuanto descanséis—dijo monsieur de la Chaumiere—: dad mis más cumplidas gracias al noble marqués de Orrí, y suplicadle, en nombre mío, ponga en conocimiento de su majestad lo que ha acontecido y el lugar en donde estoy esperando órdenes.

Piquard descansó cuatro horas, partió, y el día siguiente, á las seis de la mañana, volvió y se presentó á monsieur de la Chaumiere, á quien entregó una carta del rey.

Aquella carta decía lo siguiente:

“Mi querido de la Chaumiere: Orrí me ha dado cuenta de todo lo que ha acontecido, que no ha podido ser más satisfactorio; yo he salido del apuro en que me encontraba, prendiéndote y encerrando al excelente conde del Villar en la torre de los Lujanes, á causa de tu fuga. Me importa mucho que te vayas al pueblo de Tarace-

na y que, oculto en él y encubierto, espíes á mi guardia de Corps Santibáñez, que está herido en ese pueblo, y á quien se dice envía cierta dama un correo diario desde Madrid.

Apodérate de uno de esos correos y envíame la carta que le encuentres.

No te olvides de la rubia doña Esperanza, de quien me hablaste, y cumple cuanto antes el encargo que te doy para poder buscar á esa señora; creo inútil decirte quemes esta en el momento que la leas. "

Esta carta no tenía fecha ni firma; pero estaba escrita por el rey.

De la Chaumiere se guardó muy bien de quemarla.

Llamó á Pommeferre.

—Estaba gravemente disgustado de ti—le dijo—; pero el servicio que me has hecho coadyuvando á mi libertad, me desenoja.

—¡Ah, señor!—exclamó Pommeferre—: acabais de hacerme feliz; porque no sabía cómo salir del apuro en que me encontraba.

—¿Y qué apuro es ese?

—Es el caso, que yo he comprendido que por más de una razón debo casarme con la Petra.

—Has pensado prudentemente, Pommeferre—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Pero es también el caso—continuó Pommeferre—que para tomar mujer es necesario contar con algo positivo, con algo sólido: los hijos no tardan en venir, y es necesario tener con qué criarlos, con qué educarlos.

—Tus hijos corren de mi cuenta—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Ya lo sabía yo—dijo Pommeferre—, y por ello me tengo por feliz: ahora, señor, podéis disponer completamente de mí, hasta de mi vida.

—Necesito que me busques en Taracena, ó muy cerca de este pueblo, un lugar donde pueda vivir bajo el más riguroso incógnito y sin causar sospechas.

—No tengo un solo maravedí, señor—dijo Pommeferre.

—Afortunadamente tu buen camarada Piquard me ha traído algunos cientos de doblones: Dios se lo pague al rey; y sobre todo al buen ministro de Hacienda, Orrí, que es el bolsillo de su majestad.

Pommeferre partió.

Monsieur de la Chaumiere pagó y despidió con Piquard á los cinco hombres que habían

ayudado á su libertad, y se quedó solo con Malgarde.

Dos días después, se acomodaba cerca de Taracena, en la casa de campo vecina á la ermita del Cristo de la Luz, donde el sacristán le había conocido, pudiendo citarle como uno de los forasteros que se encontraban en el pueblo ó cerca de él, á Bizarro.

CAPITULO XIX

DE CÓMO BIZARRO TUVO TRES CONVERSACIONES MUY SERIAS, Y AVERIGUÓ MÁS DE LO QUE ESPERABA

A la media noche, Bizarro, que después de descansar se había desvelado, á causa del estado de su espíritu, sintió que llamaban á la puerta de la cámara.

Se levantó y abrió á tientas, porque estaba á oscuras.

Es verdad que le había servido de medio para dar sin vacilar con la puerta, el reflejo de una luz que se veía á través de sus rendijas.

Apareció el sacristán con un farol en la mano, y tras el sacristán un antiguo conocido nuestro: Marcos Calderón.

El bachiller venía como perplejo y asustado.

—Aquí tenéis á este señor—dijo el sacristán: no quería venir; pero como me encargásteis, yo le he dicho que si no venía, sería considerado como reo de alta traición, y esto le ha decidido á venir.

—¿Y por qué se me ha de considerar á mi reo de alta traición?—dijo el bachiller.

—Idos y dejad la puerta abierta, á fin de que yo vea que no escuchais—dijo Bizarro al sacristán.

Este dejó el farol sobre una mezquina mesa, y salió, haciendo crujir, al bajar ella, la escalera de manera por la que se subía al desván.

—Yo os conozco; yo os he visto en alguna parte—dijo Bizarro, mirando con su terrible fijeza habitual á Marcos Calderón.

—Me habréis visto en el alcázar, adonde, como pobre pretendiente, concurre todos los días—respondió Marcos—: yo creo haberos visto también alguna vez en el alcázar.

—Es posible—dijo Bizarro—: ¿cómo os llamáis?

—Marcos Calderón.

—¿Y qué pretendáis?

—Una escuela de gramática en la Universi-

dad de Salamanca, porque yo soy bachiller en letras humanas.

—¿Y á qué habéis venido á Taracena?

—Desesperado de no obtener nada, me he venido á este pueblo á pretender del Ayuntamiento la escuela.

—¡Mentís!—dijo Bizarro.

—¡Cómo que miento yo!

—Sí; no sabéis mentir, y se os conoce en la cara la mentira.

—Decidme entonces, pues, á qué he venido yo al pueblo.

—En deservicio de su majestad.

—Eso no es cierto: yo soy incapaz de hacer traición al rey mi señor.

—Se la hacéis, sin embargo: vivís en el mesón.

—¿Y dónde he de vivir, si no tengo parientes ni aun conocimientos en el pueblo?

—En el mesón viven, con sus criados, dos guardias de corps; el uno de los cuales, don Juan de Santibáñez, es amante de la princesa de los Ursinos.

Estas palabras fueron para el pobre Marcos Calderón un disparo á quema ropa: le cogieron desprevenido y se aturdió.

—Pero vos lo sabéis todo—dijo.

—Sé más que lo que creéis—dijo Bizarro, aventurando á bulto su respuesta—: os envía la infanta doña Esperanza de Austria.

—No conozco á esa señora, ni creo haya tal infanta en la casa real.

—Bien, tanto da; os envía doña María de Ayala, dama de la reina, hermana de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Tampoco conozco á esa señora.

—Veamos si conocéis á la beata Ursula Quiñones, la que pasaba por hija del tío Manzampulas, verdugo de Madrid.

—Decididamente, vos lo sabéis todo—dijo Marcos Calderón.

—Esperad—dijo Bizarro—: vos sois muy práctico en esto de falsificar.

Acabó de aturdirse Marcos Calderón.

Bizarro había deducido á la ventura; pero había deducido bien: la turbación del bachiller se lo demostró.

—Habéis comprometido el honor de una gran dama por servir á una enemiga suya—dijo severamente Bizarro.

—¿Que yo he comprometido el honor de una dama?

—Sí; el honor de la princesa de los Ursinos.

—No he sido yo—dijo Marcos Calderón, estremecido de terror por la sombría expresión que había tomado el semblante de Bizarro.

—Sí; vos habéis falsificado, por orden de doña María de Ayala, una carta en que la princesa aparece como amante de monsieur de la Chaumiere: oid, Marcos Calderón: si no os prestáis á todo lo que voy á exigir de vos, morís.

—¡Tened compasión de mí!—dijo el bachiller, aterrado por la ferocidad de Bizarro—: yo he sido seducido, engañado; yo soy una víctima, un infeliz!

—¡Confesad!

—Es cierto: yo amaba á Ursula Quiñones; yo la amo: me había prometido casarse conmigo: se ha convertido después, sin saber cómo, de la noche á la mañana, en una gran señora, haciéndose imposible para mí; y sin embargo, no he dejado de amarla, no puedo negarme á nada de lo que ella me pida, y por eso me veo en este durísimo conflicto: yo os suplico os pongáis en mi lugar: ¿no habéis amado nunca, amigo mío? ¿no os habéis vuelto nunca loco por una mujer? Si no os ha sucedido eso, habéis sido muy afortunado, porque las mujeres son terribles.

—Eso, cuando más, señor bachiller—dijo Bizarro—, puede servir de disculpa; pero no os obstinéis en negar lo que me es conocido, porque no tendréis disculpa alguna: ¿á qué habéis venido al pueblo?

—A conocer á don Juan de Santibáñez; á dejar en su aposento, sin que nadie se aperciba que la he dejado, una copia testimoniada de la falsa carta de la princesa de los Ursinos á monsieur Horacio Prevoux de la Chaumiere.

—Pues vuestra beata—dijo Bizarro—, es un verdadero demonio y os perderá.

—Es mujer; ¡y qué mujer, Dios mío!

—Una mujer insensata, que se cree demasiado fuerte, cuando se ha atrevido á una intriga tan Peligrosa contra la princesa. Y decidme: ¿habéis hablado con don Juan de Santibáñez?

—Sí, señor—respondió el bachiller, á quien había aterrado completamente Bizarro, y no se atrevía á negarle nada.

—¿Y qué dice el señor de Santibáñez?

—Jura y perjura que en yendo él á Madrid, le ha de acontecer algo terrible á monsieur de la Chaumiere.

—¿Por qué permanecéis aún en el pueblo?

—¿Por qué? Porque Ursula quiere apoderarse

de una de las cartas que escribe la princesa á don Juan de Santibáñez.

—¿Y por qué no os habéis apoderado ya de alguna?

Ya he enviado dos á Ursula—contestó con cierto orgullo el bachiller.

¡Cómol—exclamó Bizarro—: os habréis valido de la astucia, porque vos no podéis valeros de la fuerza.

—¿Quién os ha dicho que yo no puedo valerme de la fuerza? ¿creéis que no sea una gran fuerza el oro?

—¡Ah!—contestó Bizarro—habéis sobernado á algún criado de Santibáñez.

—Justamente, amigo mío: á Pelegrín Ranilla, ayuda de cámara de don Juan.

—¿Y por qué no os habéis vuelto á Madrid?

—Porque aún no he recibido órdenes para ello; por el contrario, se me han enviado hoy doscientos doblones, y se han puesto á mi disposición cuatro hombres bravos, que viven en un ventorrillo á un cuarto de legua de Taracena: ya véis si os lo confieso todo; ya véis si sirvo bien al rey nuestro señor.

—Seguid, seguid; ¿para qué ese dinero y esos hombres?

—Se me ha enviado además una cajita de estaño en que hay unos polvos.

—¿Tenéis esa caja?

—Sí.

—Mostrádmela.

Marcos Calderón sacó de su bolsillo la caja, cuidadosamente envuelta en un papel, la desenrolló, y la presentó á Bizarro.

Este la abrió y examinó, durante algunos segundos su contenido.

—Opio en polvo—dijo—: se pretende aletargar á alguna persona ó matarla; porque esta cantidad de opio es bastante para matar.

—Se me ha mandado que solo use la tercera parte; pero esto es muy difícil; no están fácil comprar una persona para que eche unos polvos en un plato, como comprar una ayuda de cámara para que robe dos cartas á su amo.

—¿Y para qué se pretende aletargar á esa persona?

—Para acometer con los cuatro hombres la casa donde habita, y llevársela aletargada á Madrid.

—Pero asaltar una casa es muy expuesto: á poca resistencia que hagan en ella, acudirán los vecinos de las inmediatas.

—Es una casa aislada fuera del pueblo.

—¡Yal la persona que se trata de aletargar es una dama rubia, joven y hermosa, que acompañada de un hombre vive desde hace poco tiempo en la ermita del Cristo de la Luz.

—Pero vos lo sabéis todo: ¿por qué, pues, preguntarme?

—Porque quiero saber si me contestáis lealmente.

—Ya lo podéis ver.

—Continuemos: ¿cómo habéis sabido vos que la tal dama moraba en la ermita?

—Porque tengo órdenes de vigilar los pasos de don Juan de Santibáñez.

—¿Órdenes de doña María de Ayala?

—Órdenes de Ursula, que es lo mismo; yo no la llamaré nunca más que Ursula, aunque mañana sea reina.

—¡Reina!—murmuró roncamente Bizarro.

—Bien pudiera ser—dijo Marcos Calderón—: supongamos que la reina, cuya salud es muy delicada, se muere; que el rey, á causa de la hermosura de Ursula, se ha enamorado de ella antes de ser viudo; y como Ursula es infanta...

—Sí, sí; bien pudiera ser—dijo Bizarro—continuad.

—Cuando envié á Ursula las dos cartas que había robado su ayuda de cámara á don Juan de Santibáñez, al día siguiente recibí una carta de Ursula en que me decía sobre poco más ó menos: "He sabido que don Juan de Santibáñez es muy dado al amor; y como vos me habéis informado que está ya casi curado de su herida, y entra y sale, deseo saber si tiene en ese pueblo alguna aventura amorosa."

—¡Yal y á consecuencia de esto, vos os habéis hecho el espía del señor de Santibáñez.

—Sí, señor; porque todo lo que Ursula me manda es para mí un precepto sagrado: le seguí hace tres tardes, y ví que salía del pueblo, que tomaba una vereda, y continuaba por ella hasta una ermita junto á la cual se detenía y se sentaba entre los árboles. Permanecía allí algún tiempo, y yo dije para mí: ¿qué buscará en esta ermita este señor? Yo le observaba escondido entre la arboleda. Al fin se volvió al pueblo. Aquel debió ser un paseo casual, porque don Juan no ha vuelto á la ermita. Al día siguiente por la mañana me fuí á ver al santero de la ermita, le convidé á almorzar en un ventorrillo, le embriagué, le pagué, y supe que el santero es un bribón que se trata con mala gente, y que uno de

sus camaradas, que se llama Lucas Cabezudo, había venido á ampararse á él y á esconder en su casa á una dama que anda huída, y que se llama doña Esperanza, según la nombra el Lucas, y que es blanca, rubia, joven y hermosa. Todo esto lo puse en conocimiento de Ursula, y me envié dinero, estos polvos y esos cuatro hombres, para apoderarme de la dama y conducirla á Madrid.

—Lo cual es difícilísimo—dijo Bizarro—: porque el hombre que acompaña á esa dama no se deja sorprender fácilmente, y es bastante bravo para defender á doña Esperanza de esos cuatro hombres, y aun de ocho que fueran.

—Ya lo había pensado yo—dijo Marcos Calderón—, y así lo he escrito hoy mismo á Ursula.

—Es decir, que esa señora os envía todos los días un correo.

—Sí, señor.

—¿Y cómo no se han apercebido de ello en el pueblo?

—Porque todas las mañanas, á pretexto de dar un largo paseo para hacer ejercicio, me voy á una espesura situada á un cuarto de legua del pueblo, donde me espera ya el correo.

—Todo esto cuesta muy caro—dijo como hablando consigo mismo Bizarro—; doña María de Ayala es pobre: ¿de dónde saca este dinero?

—¡Oh, amigo mío! vos no lo conocéis: es una de esas hermosuras que embriagan, que envenenan; y como el rey tiene ojos y corazón...

—Decís bien: hace muchos años no se ha visto en la corte una mujer tan hermosa; y á lo que parece, tiene tanto talento y tanta agudeza para la intriga, como hermosura: con mala enemiga ha dado la princesa de los Ursinos; pero ella tiene la culpa: sus liviandades, sus amores con ese Santibáñez, su ciega confianza en el rey, que la ha hecho ser imprudente.

Bizarro guardó silencio después de haber pronunciado sus últimas palabras, que fueron tan roncadas, que no pudo entenderlas el bachiller.

—Ahora bien—dijo dirigiendo la palabra á Marcos Calderón—; ¿qué hago yo con vos?

—Dejarme en paz; porque ya veis, yo no tengo la culpa de nada de lo que sucede.

—Teneis razón: sin embargo, seducido por Ursula habéis cometido un gran crimen: habéis comprometido gravemente para con el rey á la princesa de los Ursinos, falsificando una carta en que esta señora aparece amante de monsieur

de la Chaumiere, lo que es completamente falso; y es necesario, de todo punto necesario, que destruyais el mal que habéis hecho.

—¿Y cómo?

—Ya se os dirá: y no es esto solo; se os pagará regimiento la reparación del daño.

—¿Y esas cartas escritas por la princesa á don Juan de Santibáñez, adquiridas por mí y enviadas á Ursula?

—Se hará de modo que aparezcan también como falsificaciones vuestras.

—Me enviarán á presidio.

—Yo os aseguro que en vez de echaros un grillete, se os echarán en el bolsillo algunos cientos de doblones, y se os dará la escuela de gramática que deseais en la Universidad de Salamanca; pero os advierto que si no me obedecéis ciegamente, si se me os escapais, os busco, os encuentro, y os aniquilo: idos.

—¿Y os quedáis con esa cajita?

—Sí por cierto; porque no hay necesidad de hacer uso de ella; idos, y decid al compadre Sinforoso que cuando os haya puesto en la calle se me presente.

Marcos Calderón no se atrevió á insistir, y salió, bajando lentamente las escaleras.

Bizarro se ciñó su espada, se colgó en el cinturón un par de pistolas, se puso la capa y el sombrero, y esperó á que subiese el sacristán, que no tardó en aparecer.

—Ese pobre hombre va más asustado que un conejo corrido—dijo al entrar.

—Pues bien, compadre—dijo Bizarro—: procurad que yo no os asuste del mismo modo.

—Ya sabéis que yo me apresuro á complaceros.

—Pues bien, llevadme ahora mismo á esa hacienda donde está el caballero desconocido con dos criados, y procurad que yo pueda entrar en ella.

—Vamos, pues—dijo el sacristán, tomando el farol de sobre la mesa y saliendo del granero delante de Bizarro.

En el piso bajo, Sinforoso se puso una capa y un sombrero, abrió la puerta de la casa, salió con Bizarro, cerró, guardó la llave, y se pusieron en marcha, tomando por la calle Real hacia la salida del pueblo por la parte correspondiente á Guadalajara.

El pueblo estaba sumido en el más profundo silencio y completamente desierto.

Nadie había visto salir de su casa al sacristán con Bizarro.

La noche era oscura y algo fría, porque ya iba vencido el mes de Agosto.

El reloj marcó la una de la madrugada.

Al salir del pueblo anduvieron algún espacio por la carretera hasta llegar á una cruz de piedra, mal alumbrada por la luz agonizante de un farol, pendiente de la cruz por un pescante de hierro.

Sinforoso torció á la izquierda por un sendero que empezaba en la cruz y seguía por medio de tierras de sembradura.

Anduvieron por él en silencio durante media hora, el sacristán delante, y detrás Bizarro.

La noche era tan cerrada, que Bizarro apenas veía el bulto del sacristán, que le precedía algunos pasos.

De repente el sacristán se detuvo, asió de la mano á Bizarro y le dijo, arrastrándole consigo:

—Echémonos fuera de la senda: ¿no habéis oído?

—Sí—dijo Bizarro—: oigo el ruido de las pisadas de muchos caballos.

—Son por lo menos veinte jinetes—dijo el sacristán.

—Así me parece—contestó Bizarro—, y nada podemos hacer contra ellos.

—Ya están encima—dijo Sinforoso—: échemonos á tierra, no sea que á pesar de la noche nos vean los bultos y nos suceda alguna mala aventura.

Bizarro comprendió que era necesario seguir el consejo del sacristán, y se echó en tierra.

Poco después, y á corta distancia de ellos, pasó al trote una tropa de jinetes.

Eran soldados, á juzgar por el ruido que producían sus espadas de montar.

Pasaron.

Se alejaron.

Bizarro y el sacristán se pusieron en pie.

—Yo no sé—dijo Sinforoso—, si vendrán de la hacienda adonde vamos; pero han venido por aquella dirección.

—Adelante, adelante—dijo Bizarro—, y de prisa. ¿Qué será esto?

El sacristán se puso en marcha, y Bizarro tras él, guardando un silencio que el sacristán no se atrevió á interrumpir.

Como al cuarto de hora, Bizarro vió delante de sí una masa oscura más densa que la sombra de la noche.

—Hemos llegado á la Hacienda de los Colmenares—dijo deteniéndose Sinforoso—: ¿qué queréis que haga?

—Vos debéis conocer á los que en ella habitan.

—Sí, señor.

—Sacadme afuera al que haga cabeza.

Sinforoso se acercó al caserón, y tocó á una ventana baja.

Al segundo llamamiento respondió una voz áspera.

—Abre, Matías; soy yo—dijo Sinforoso.

La ventana se abrió al momento.

—¿Qué quieres?—dijo una voz alterada.

—Aquí hay un amigo—respondió Sinforoso—, que quiere hablarte.

—¿Quién es?

—No le conoces; pero yo te aseguro que te conviene oírle y responderle la verdad acerca de lo que te pregunte.

Matías cerró la ventana.

—Poco después se abrió la puerta del cortijo y salió.

La circunstancia de encontrarse vestido á aquellas horas fué un indicio para Bizarro.

—Aquí está el amigo que quería hablarte—dijo Sinforoso á Matías.

—Y bien, ¿en qué puedo servirlos?—dijo Matías, acercándose á Bizarro.

—¿Han salido de aquí algunos soldados de caballería?—preguntó Bizarro.

Matías vaciló.

—No entiendo lo que me preguntais—dijo.

—En la manera de contestarme comprendo que de aquí han salido esos soldados.

—Yo no he dicho eso—dijo Matías.

—Para mí es lo mismo que si lo hubiérais dicho: ahora bien: ¿ha ido con ellos el caballero que está aposentado hace cinco días en vuestra casa?

—No os entiendo tampoco.

—Cumplís perfectamente con vuestra obligación, y os doy las gracias en nombre de ese caballero; yo soy de los suyos: me esperaba. ¿Está en la casa? Decidle que le traigo un mensaje de la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Obedece á este amigo—dijo Sinforoso—, porque te conviene mucho, Matías.

—En efecto—dijo Matías, cambiando de tono: ese caballero está.

—¿Y han estado también aquí esos soldados?—dijo Bizarro.

—Sí, señor.

—¿Cuántos eran?

—Treinta, del regimiento de Saboya, según he oído.

—¿Y quién los mandaba?

—Un capitán.

—¿Venta alguien más con ellos?

—Sí, señor: un alcalde de casa y corte en una mula.

—Ese alcalde ¿ha hablado con ese caballero?

—Sí, señor: han estado encerrados más de media hora.

—¿Y quién os manda á vos, miserable—dijo una voz enérgica á espaldas de Matías, la voz de monsieur de la Chaumière que se había acercado sin ser sentido, quién os manda contar á nadie lo que habéis visto?

—¿Y quién os manda á vos—dijo Bizarro—, ser un infame monsieur de la Chaumière?

—¡Ah!—exclamó éste—¿sois vos? Me alegro: tenemos que explicarnos.

—Pues venos conmigo donde nadie nos oiga, y nos explicaremos cumplidamente.

—Me place—dijo monsieur de la Chaumière.

Y tomando del brazo á Bizarro, rodeó con él la casa, se alejó de ella, y se metió entre unos árboles. Al poco espacio se detuvo.

—Todo lo que me sucede—dijo monsieur de la Chaumière—, que por cierto no es agradable, me acontece por haber sido envuelta en una intriga la princesa, vuestra señora ó vuestra amante; que no estoy bien seguro si la princesa es para vos lo uno ó lo otro: ¿queréis darme alguna luz?

—Yo no he venido aquí para responder—dijo Bizarro—, sino para interrogar; no á dar satisfacciones, sino á pedir las; no á disculpar á nadie ni á disculparme, sino á castigar: os lo había dicho, señores Prevaux de la Chaumière: tened mucha cuenta conmigo, y temedme; porque el despreciarme puede costaros muy caro.

—Os advierto que estoy muy mal templado—dijo monsieur de la Chaumière—, y que me encontráis muy desprovisto de paciencia.

—¿Habéis enviado á prender á doña Esperanza de Ayala, á un alcalde de casa y corte con treinta soldados del regimiento de Saboya, mandados por un capitán, sí ó no?

—Y bien, sí—dijo monsieur de la Chaumière

—el rey tiene empeño por conocer á doña Esperanza de Ayala.

—¡Siempre miserable! ¡siempre infame y siempre bajo!—dijo Bizarro—! habéis comprometido á mi hija; habéis comprometido á la princesa: sois un reptil que es preciso aplastar: tengo prisa, y voy á aplastaros: entre vos y yo no hay ahora ningún ángel que os defienda: el rey está celoso de vos, por más que de vos se valga; los celos del rey perjudican á la princesa; y es necesario que ese rey niño, ese rey á quien de tal manera manejan sus cortesanos, deje de tener celos: defendeos.

Y Bizarro tiró de su espada.

—En buen hora—dijo monsieur de la Chaumière—: nunca se me ha insultado de la manera que vos lo habéis hecho, sin que yo haya castigado la injuria: si en otra ocasión os sufrí, me obligaban á ello las circunstancias; ahora es distinto: no volverás á insultarme, gitano.

Y monsieur de la Chaumière, que había tirado de su espada, acometió bravamente á Bizarro.

Pero las había con una terrible espada.

El combate fué corto, rápido, terrible.

De improviso Bizarro quedó inmóvil, retiró su espada y dijo:

—Un infame menos.

La espada había atravesado el corazón á monsieur de la Chaumière, que no había tenido tiempo para pronunciar una sola palabra.

Vaciló un instante y cayó de espaldas.

Bizarro se inclinó sobre él y le examinó.

—Sí, eso es—dijo—: no resucitará.

Y se alejó á campo traviesa, llegó al pueblo, buscó las tapias de la casa del sacristán, las saltó, y en silencio, sin ser sentido, subió á la cámara y se puso á pasear por ella á oscuras, sumido en sus graves cavilaciones.

—Si—dijo—; he hecho bien: al deshacer la intriga en que se encuentra envuelta Ana María, vuelve á encontrarse comprometida Azucena: su casamiento con ese hombre la hubiera hecho horriblemente desgraciada: bien muerto está monsieur de la Chaumière: ya veremos cómo salimos de esto.

Y Bizarro, algo más tranquilo, se quitó el sombrero y la capa: se descifró las pistolas y la espada, y se acostó.

FIN DEL TOMO TERCERO

La libertad

de la Catedra

A cargo de la Universidad de Madrid

597 la política en 1884